

El exorcismo de Van Gogh y otros cuentos



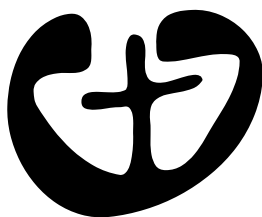
NORBERTO ZINGONI



Círculo Rojo

EL EXORCISMO DE VAN GOGH

EL EXORCISMO DE VAN GOGH



NORBERTO ZINGONI



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: junio 2017

Depósito legal: AL 629-2017

ISBN: 978-849160-600-0

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Norberto Zingoni

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: 123rf - captainvector

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

CUYANITO SOY SEÑORES

A los vendedores ambulantes

*Cuyanito soy, señores
Cuyanito de San Juan
Y como soy cubanito...*

La cabecita rubia se dormitaba al compás de una canción popular que el padre le cantaba cada noche. No importaba demasiado si la coplita original se refería a los hombres de la zona del Cuyo mendocino o, si era una deformación *murguera* como se cantaba en las cantinas porteñas. Sólo importaba el sonido articulado del cariño; la letra de la canción, que el padre deformaba cada noche, era apenas un pretexto entre la música y la ternura que vencían a Cyntia de su vigilia de hija única y mimada. El padre cambiaba una letra: del *cuyanito* original a *cubanito*, que era un canuto relleno de dulce de leche que les gustaba mucho a los niños:

*“Cuyanito soy señores,
cuyanito de San Juan
y si compran cubanitos...”*

Una madre hogareña, que no veía más que por los ojos de la niña, y un padre que llegaba muy tarde por las noches, gastado de trabajar, acunaron los primeros años de Cyntia. El co-

legio primario, de delantal siempre blanco, impecable, se le fue sin sobresaltos ni sorpresas. Para eso estaban la mamá previsora y el padre trabajador. Tampoco faltaron las vacaciones anuales; aunque siempre la niña fuera sola con la madre: “Papá no puede venir en estas vacaciones con nosotras, tiene mucho trabajo”, era la justificación repetida.

Todo en ellos era sólido. O por lo menos así lo sentía Cyntia; sólido como la casita de Caseros, un barrio suburbano de Buenos Aires, donde vivían, y que el padre había construido cuando ella era muy pequeña. (“Con sus propias manos”, repetía la madre, orgullosa, contándole la construcción de la casa). Cyntia nunca vio los esfuerzos que realizaron. Tampoco se lo hicieron notar. Sólo cariño y cuidados que simbolizaban una madre protectora y aquella coplita nochera del padre.

El ingreso a primer año del Caseros North School (uniforme de pollera azul, blusa blanca y suéter rojo) eran suficiente recompensa para los desvelos de sus padres. Apenas un: “¿por qué trabaja tanto papá?” o “¿dónde trabaja papá?”, sin respuesta, inquietaban por un momento la felicidad de la niña ante la evasiva de la madre. Cyntia añoraba esas caricias y ese *arroró* de la niñez, un tiempo que se le estaba yendo demasiado rápido. A los dos. Muchas noches, adormilada, creía escuchar los pasos del padre velando su sueño y acomodando su pelo entre las sábanas, como antes.

Nunca había podido entablar con su padre una relación afectiva profunda. Lo sentía un poco hosco y lejano, como encerrado en sí mismo. Salía muy temprano de casa y cuando volvía por las noches, el diario y la televisión le gastaban la poca energía que traía. Pero la expectativa de Cyntia estaba puesta en sus amistades, en las primeras fiestas de la adolescencia, en un torbellino de esperanzas, miedos y deseos. Eso sí, la casa estaba segura.

Un mediodía de octubre, florecido como los quince años de Cyntia, el ómnibus del Caseros North School transitaba por el centro de Buenos Aires, por la calle Leandro Alem, rumbo al

bajo, repleto de las alumnas del Caseros, cuando en medio del intenso tránsito, un semáforo detiene al ómnibus y por la puerta abierta del mismo se oye una bocina estridente accionada por un vendedor ambulante que trepa de un salto al interior. Se acallan las risas y los gritos de las chicas atraídas por el pintoresco personaje disfrazado con un sombrero ridículo y con una gran bocina enroscada al cuello, que sonaba a cada momento para llamar la atención; y una gran bandeja sostenida por unas manos callosas. Comienza a ofrecer su producto, unos cubanitos rellenos de dulce de leche, “al módico precio de tres por cien”, grita, mientras entona una coplita picaresca:

*“Cuyanito soy señores,
cuyanito de San Juan
y si compran cubanitos...”*

No termina de ofrecer su mercancía el vendedor ambulante cuando se queda petrificado en medio del pasillo, mirando una cabecita rubia del fondo que se tapa los ojos, helada, y ante el incómodo silencio del micro. Parece que allí estuvieran ellos dos solos: el vendedor ambulante y la chica rubia del fondo. El vendedor retrocede, aturdido, y se lanza del ómnibus tropezando la caja de cubanitos con el pasamanos. Ya nadie se ríe

Cuando Cyntia vuelve por la tarde a su segura plataforma de Caseros se invierte la imagen de la mañana en el ómnibus: en el fondo de la casa ve una cabeza semicalva, hundida entre las manos y, al lado, su madre. El tiempo se detiene un instante, hasta que una vocecita adolescente y entrecortada se acerca a su padre entonando una coplita:

*“Cuyanito soy señores,
cubanito de San Juan...”*

y unas manos jóvenes acarician por primera vez la cabeza paterna aunque no alcanzan a detener el cariño que, en forma de lágrimas, van mojando otras manos, curtidas y viejas, todavía hundidas en su rostro.

EL EXORCISMO DE VAN GOGH

—¿Quién se comió mi fainá?

Los amigos de la mesa se miran; Pedro tuerce un poco la boca, adelanta el mentón y extiende hacia adelante la palma de la mano izquierda; es el gesto característico de quien dice no saber algo. Pero lo conozco bien a Pedro, es de hacer esas bromas; es mi amigo de toda la vida y es abogado como yo; y el dueño del Estudio Jurídico en el cual trabajo por las mañanas; a tiempo compartido con mi tarea de periodista.

—Analía, traéle otra fainá a este pesado—dice Pedro. Analía, la camarera de la pizzería Borello, de la Boca, es también nuestra amiga. Es bonita y enigmática, aunque pareciera que esconde algo. Nunca le preguntamos. Los integrantes de la mesa no somos muy dados a la confidencia. A lo mejor somos como los viejos porteños: reservados, observadores y parcos. Esos viejos porteños que tienen siempre a flor de labios una respuesta socarrona... quizá para ocultar la intimidad.

Analía tiene un ritual que aceptamos mansamente; ella y nosotros: cuando trae la pizza se para junto a nuestra mesa y describe ceremoniosamente la pizza que ella decidió traer ese día. Esta que nos había traído era una fugazzeta con queso. Estaba recitando el ritual.

—Yo paso de la pizza. A mí traéme un café con leche— dice Josué otro integrante de la mesa. Josué anda siempre con espiritistas, tiradores de tarot y adivinos. Es flaco, alto, con manos huesudas y

dedos increíblemente largos. Un mechón de pelo negro que casi siempre se le resbala hacia la frente. No se sabe bien de que trabaja. Dicen (muy de oídas ya dije que la confidencia no es nuestro fuerte) que fue un empresario importante y que perdió todo en uno de los cambios de gobierno. Casi siempre anda con un libro de tapas negras: “I Ching”. Pantalón negro y una camisa color beige son su vestimenta habitual. En invierno usa un abrigo, también negro, que no le llega a las rodillas. Con los bolsillos a un lado. Tipo marinero. Le gusta caminar por la Boca. Se lo ve muchas veces por el viejo puente abandonado. O sentado frente al Riachuelo. Otras veces se lo ha visto subir -trabajosamente- a los barcos semihundidos que están en el río y quedarse horas en cubierta.

Esta noche los muchachos comentan la anécdota del Inventor de una máquina de borrar recuerdos dolorosos, que cuento en otra parte, y otros artículo míos, y luego comentamos el partido de Boca.

—Vos te estás llenando de guita con los reportajes que nosotros te damos —dice Pedro, mitad en serio y mitad en broma una vez resuelto lo de la fainá.

—Falta que te de alguno el Rata —dice Pedro—: El Rata, así lo conoce toda la Boca es el otro personaje de la mesa. Estuvo preso un par de años. Vive de lo que rapiña o le dan en el mercado de frutas. Hace algunas changas para los feriantes, limpia los estantes, saca la basura. Y es nuestro amigo desde hace muchos años.

—A propósito —digo— hace varios días que no viene el Rata.

Analía no sabía nada de él: “hace días que no viene”, fue lo único que pudo decirnos. Empezamos a barajar posibilidades. No era fácil localizarlo. Nadie sabe mucho del Rata. Ni nosotros. Pero averiguamos la dirección y decidimos ir con Pedro a su casa. Llegamos a un conventillo en San Telmo. Pasamos dos patios y subimos por una escalera de hierro. Preguntamos a uno de los vecinos. Nos señala la pieza dónde vive el Rata. Golpeamos. Silencio. Golpeamos de nuevo. Se oye un ruido adentro. El Rata sale

con un equipo de gimnasia tan viejo como él. Se lo ve angustiado. Nos quedamos tiesos y sorprendidos: el Rata que siempre se movía nerviosamente, como eso, como una rata, estaba ahora con un brazo paralizado atado con un pañuelo largo. La boca torcida hacia la izquierda. Y caminaba con dificultad.

—Enthrrreen —nos dice con la boca medio cerrada.

—Pero Rata, qué te pasó, ¿por qué no avisaste que estabas enfermo? —preguntamos ayudándolo a sentarse.

—Baanhooó me cahhó—nos dice. No entendemos. Nos miramos preguntándonos con un gesto que quiere decir. Nos indica, siempre con esa media lengua, que llamemos al sobrino que vive en la habitación de al lado. Viene, es un muchacho alto y flaco. Tiene un parecido con el Rata con unos movimientos nerviosos y también los ojitos de rata. Nos cuenta que hace un par de semanas vino un amigo del Rata y estuvieron hablando hasta la madrugada. Que se habían tomado un par de botellas de vino. Y que al otro día cuando vino a traerle la comida como hacía siempre encontró a su tío tirado en la cama y casi sin poder moverse. Estaba peor que ahora. Como si hubiera tenido un ataque cerebral; le había quedado paralizado todo el lado izquierdo. Nos cuenta que lo había llevado al hospital. Que le hicieron radiografías y hasta una tomografía pero no encontraron nada. Y al final nos dice que tenía entre las sábanas algo que parece que le dejó el amigo que lo visitó; y el joven extiende una carta escrita a máquina:

“Rata: hace muchos años que no nos vemos, desde que estuvimos presos en Devoto tengo un asunto que me cayó de casualidad pero que seguro nos paramos es un asunto internacional me tuve que ir de París ayer y esta noche voy a tu casa ojo cuidá mucho lo que te llevo. El Francés”.

—Creo que esa noche vino de nuevo el tipo, yo los oía hablar y cuando se fue es cuando el Rata se descompuso— el sobrino duda un poco en lo que va decir a continuación—: Y puso su dirección en la parte de atrás de la carta.

Allá vamos los dos. Más el sobrino del Rata. La dirección que había detrás de la nota era en Turdera. Nos bajamos en la estación de tren y caminamos bastante. Nos costó encontrar la casa. Estaba al final del pueblo. Hay una escalera que sube por fuera del edificio de dos pisos. La pared tiene humedad por todos lados. Encontramos el departamento. Golpeamos. No sale nadie. La puerta está desvencijada y deja una abertura entre la puerta y la pared. “¡Hay un tipo tirado en el piso!”, digo. Decidimos forzar la puerta. No se necesita mucho, estaba solamente apoyada, sin cerradura. El tipo está boca abajo y un charco de sangre seca le sale a la altura del abdomen. Estamos aterrados. Pero decidimos darlo vuelta con el pie. Todos en silencio. “Es el tipo que vino a ver al Rata”, dice el sobrino. Es un hombre de edad mediana, con barba, y con una herida en la parte derecha del abdomen. Nos miramos. “Rajemos”, dice Pedro acompañándose con un ademán de su mano derecha. “Pará”, le digo, “revisemos un poco esto que seguro que tiene algo que ver con el Rata, no te olvides que por este tipo el Rata está enfermo”.

Revisamos los pocos muebles que rodeaban la cama y la mesa. El departamento es muy pequeño. Hay un armario que tiene una radio encima. El sobrino toca el estante en el cual está apoyada la radio. Se desprende un listón de madera disimulado y cae un librito que estaba escondido entre las dos maderas. Más que un librito es un cuaderno. Un cuaderno chiquito y de pocas hojas. Lo abrimos. Lo que empezamos a leer nos convence de qué allí debe estar la clave de todo este lío. Casi sin hablarnos decidimos que, ahora sí, había que “rajar” como había propuesto Pedro. Todos sentimos el mismo miedo. Salimos. Decidimos ir al Estudio de Pedro. No sé. Creíamos que estaríamos más protegidos. Allí abrimos el librito. Tiene hojas en blanco al principio y al final, sólo están escritas las hojas del medio. Hay un mapa:

Y unas líneas escritas en francés.

—¿Quién mierda va a traducir esto del francés y con un muerto tirado, y el rata enfermo por esto y...? —Pedro no termina la frase. No hacía falta. Ya estamos bastante asustados y confundidos.

—Sí. Y no podemos pedir ayuda a nadie. Nos van a endilgar al muerto.

Al final decidimos comprar un diccionario Francés-Español y esto es lo que resultó:

Museo planta superior

1.- Gases en planta baja

2.-Cohetes que simulen tiros

3.-Golpe al custodio de la planta superior

4.-Reemplazo del cuadro

5.-Huida de Francoise disfrazado de policía con el cuadro

6.-Mensaje al Museo grabado con anterioridad. 3 millones de euros.

—Estos tipos se robaron algo —dice Pedro—: Y seguro que eso es lo que le trajeron al Rata. ¿Pero cómo llegó acá esto desde París? Vamos para la casa del Rata a ver si nos dice en su media lengua como llegó esto.

Otra vez lo mismo “Baanhooó me cahhó” . Lloriquea. La verdad da lástima. Pobre Rata. Nos señala con la cabeza un armario. Abrimos; apartamos las pocas ropas y algunos trastos pero no vemos nada. El Rata nos señala con la cabeza que busquemos más a la izquierda. Tocamos la madera del fondo lateral. El Rata aprueba con la cabeza. Igual no podemos encontrar nada. El Rata agarra un destornillador y nos hace la seña de forzar la madera. Lo hace Pedro. Se desprende el listón lateral entero. Hay un plástico duro pero maleable. Lo retira Pedro. El Rata mira para otro lado. Está asustado. Retiramos lo que hay adentro del plástico.

¡Un cuadro! Un cuadro original. Lo estiramos sobre la mesa. Nadie habla; un silencio tenso. El cuadro es casi todo azul. Precioso.

—¡Pero creo que este es un cuadro famoso! —dice Pedro.

—¡Este es un cuadro de Van Gogh!, si no me equivoco —digo— ¿eso quieres decir Rata con eso de “Baanhooó me cahhó” que no se te entiende. ¡Van Gogh me cagó!, quisiste decir, ¿es eso, no?

—El Rata asiente con la cabeza y una media sonrisa del lado bueno de la boca.

Volvemos a poner el cuadro donde estaba, disimulado con la doble madera del lateral del mueble y bien envuelto con el papel poroso. Y a su vez todo envuelto en un plástico duro. Para preservar el cuadro.

Nos vamos, pero llevamos al Rata a mi casa. No quiso quedarse ahí. Cerramos la puerta de la casa con un candado nuevo y nos llevamos las llaves.

Analía se planta frente a nuestra mesa con las dos pizzas: “ahora les cuento cómo se hace esta de...”.

—No, gracias Analía —decimos casi a coro, no estamos de ánimo. Igual nos da pena y le dejamos que haga el ritual—: Mientras se mezcla la masa, espolvoreo con el orégano y la albahaca. Lo dejo que se mezcle por 15 a 30 minutos y dejo descansar la masa por unos 25 minutos. Precaliento el horno bien caliente. Estiro la masa con palote y coloco sobre una pizzera rociada con aceite de oliva. Cubro la masa con los ingredientes Y llevo al horno por 12 a 15 minutos, hasta que se haya dorado.

—¡Burros! —nos dice mientras se va fingiendo enojo.

—Algo no me gusta de lo del Rata —dice Josué esa noche en la pizzería apenas llega y se sienta y casi como adivinando lo que estaba pasando. Nos miramos sorprendidos. Decidimos contarle todo lo que había pasado. Josué levanta y apoya la mano izquierda sobre la mesa, luego se pone tres dedos en la frente y se frota en círculos la sien con el pulgar. Mira para abajo. Hace un pequeño silencio.

—Cuéntenme todo lo que pasó, desde el principio—inquiere, muy serio, y le comentamos todo lo que pasó. Pregunta por el cuadro. Y en especial sobre la enfermedad del Rata. Luego de un momento en silencio dice:

—Le han hecho un mal. El Rata está embrujado. Tenemos que ayudarlo. Tiré el I Ching antes de que ustedes vinieran; para todos nosotros; y salió algo jodido: La Oscuridad de la Luz, el número 36,— y lee de un libro negro, con voz sombría: “aquí el sol se hundido bajo la tierra, todo se ha oscurecido, eclipsado...”...

—¡Basta Josué— le pedimos casi a coro—: Con los kilombos que tenemos, un tipo muerto que no sabemos quién es y que nosotros como boludos fuimos a ver, el Rata que no puede hablar ni caminar, el robo de un cuadro famoso y ahora vos que venís con eso chino...

—...“en tiempos de tiniebla es necesario ser cauteloso y reservado...”—continúa leyendo impertérito.

—Entonces nosotros también tenemos el mismo mal del Rata...estamos todos embrujados— dice Pedro.

—No, Pedro, el mal si hay algún objeto embrujado, es sólo para los que quieren manipular o hacer mal con ese objeto, los que lo quieren usar para alguna maldad. El tipo muerto y el Rata son los objetivos de la brujería. Ellos quisieron usar el cuadro embrujado.

—¿Pero qué maldad va a tener el Rata que es un pan de Dios? —digo—. Quizá ese francés lo metió en este lío.

Josué hace silencio, le encanta hacer una pausa antes de contestar. Y creo que ya le sale naturalmente. Respira hondo antes de contestar—: ¿Y el muerto que apareció en esa casa?, ¿y el cuadro que encontraron y que parece que otros también estaban buscando? —respira hondo otra vez, abre un poco las fosas nasales—: Tenemos que llevar al Rata a que vea de nuevo el cuadro a ver si tiene alguna reacción.

Allá vamos todos de nuevo con el Rata a la pieza del conventillo. Parece como si nada se hubiera movido. Habíamos venido con miedo a que se repitiera lo de la casa del muerto o que hubiera alguien buscando ese cuadro. El Rata se agita, se contrae un poco la comisura de los labios. Y de nuevo, con mucha dificultad dice: “Baanhooo me cahhó”.

—¡Otra vez se jodió el Rata!, ese cuadro está embrujado, tiene razón Josué —dice Pedro.

—Saquémoslo al Rata de aquí—digo.

Josué pide que le mostremos el cuadro y pide quedarse solo en la pieza. Lo esperamos abajo un buen rato. Nos hace una señal de que ya había terminado. Subo a poner el cuadro dónde estaba escondido y cierro con el candado.

Notamos que Josué se había ido transformando a medida que avanzaba la historia. Ahora tenía una actitud de lejanía. Como ensimismado. Se empezó a vestir todo de negro, con camisolas y con una pequeña cruz colgante del cuello con cadenita de oro. Y traía un rosario de cuentas: “es un rosario griego”, nos contestó cuando le preguntamos.

—Creo que sé quién es el muerto— nos dice Josué esa noche en la pizzería—: Es un francés famoso y estoy seguro de que ese cuadro lo robaron en Francia y vino a parar aquí para que el Rata lo ayudara a esconderlo hasta que pasara un tiempo. Seguro que “mejicaneó” a sus compinches. Por eso la libreta estaba en francés y el plano seguro que era de dónde robaron el cuadro, de algún museo; seguro. Y lo seguía la policía y por eso fue a lo del Rata a dejarle el cuadro. Creo que es el famoso “francés Francois”. Que se escapó varias veces de las cárceles argentinas y estaba escapado en Francia. Estoy seguro. Dicen que estaba muerto, hace años, pero el tipo era tan hábil que por ahí se hizo pasar por otro. Y creo que estuvo preso con el Rata. Seguro.

Viene Analía. Igual que la otra noche, no estamos con ánimo pero nadie se anima a decirle que no a su ritual: pizza al roquefort.

Ahora teníamos al Rata enfermo, un cuadro famoso robado, que para mejor dicen que está embrujado, un muerto que dicen que es un delincuente francés famoso, y la policía que estaría detrás del francés y que ahora estaría detrás nuestro.

Josué nos convenció del exorcismo. Se había leído casi todo lo que se publicó de ese cuadro. Y nos dijo que ya había hablado con un cura exorcista y que nos esperaba. Que lleváramos el cuadro. Fuimos con el auto de Pedro, tomamos un rato largo la avenida Hipólito Irigoyen y luego nos dirigimos al barrio Luis Gillón, nos internamos en un barrio de casas bajas que pronto se van convirtiendo en casitas muy humildes; hay un gran bañado en el costado derecho del camino. El agua llega casi hasta la calle que es mitad de tierra y mitad con un mejorado con piedras. La iglesia se ve a lo lejos, está en una lomada. Más que una iglesia es una ermita, tiene el revoque a la vista, como si estuviera sin terminar. En un momento me parece que fuera la iglesia del cuadro que tanto dolor de cabeza nos está dando.

—¡Este cuadro está poseído, como me dijo Josué! —nos dice mientras mira detenidamente el cuadro el cura especialista en exorcismo; y que conocía también mucho de pintura. Habíamos llevado al Rata pero lo dejamos en el auto. Queríamos que esté cerca pero que no esté presente. Pensábamos que el exorcismo era para el cuadro y que si se lograba exorcizar al cuadro de rebote lo curábamos al Rata. El cura está todo de blanco solo con una gran cruz de madera oscura en el pecho. Mira de nuevo el cuadro que le habíamos llevado: “Van Gogh pintó una Iglesia abandonada, ¿alguien vio alguna vez una Iglesia abandonada?”, nos dice. “Y fíjense que está en una loma y con las ventanas cerradas; pero lo más diabólico es el azul, el azul del cielo y las ventanas, que también son de un azul diabólico. Y si le sumamos que Van Gogh lo pintó pocos meses antes de su muerte, cuando ya estaba entre la locura y la normalidad, ese cuadro estaba inspirado por el diablo. He leído mucho sobre este cuadro.

—Fíjese también padre que Van Gogh dijo que él “querría hacer retratos que, para las personas de los siglos venideros, sean apariciones” —dice Josué—: ¡Apariciones!...Hummm. Y también —continúa Josué ya totalmente embebido en el rol de ayudante de exorcismo— que antes de morir se mudó a Auvers-sur-Oise y allí hizo 60 lienzos en 70 días. Hasta que se suicidó. Y la iglesia le negó un funeral católico al suicida Van Gogh.

El cura no dice nada más, mira el cuadro, mira a Josué, le hace un gesto de confirmación por lo que había dicho, y camina hacia una piecita que está a unos diez metros de la iglesia; la abre con llave; lo seguimos; hay muchas imágenes de santos y profetas, una mesa en el medio; prende un saumerio y agita el incensario lo que mezcla el humo del saumerio con el del incienso. Nos indica que pongamos el cuadro arriba de la mesa, boca abajo, y que nos sentemos en unas sillas bajas que están bajo la ventana cerrada y oscurecida con un cortinado. Él se sienta junto a nosotros. Hace silencio, baja un poco la cabeza, pone las manos sobre sus rodillas, pasa un tiempo largo en el silencio más absoluto en la habitación. Luego murmura unas palabras. Se levanta, se persigna y comienza el exorcismo. Acomoda el cuadro en el centro de la mesa. Lo mira fijamente por varios minutos. Esparce incienso de nuevo caminando alrededor de la mesa. Nosotros sufrimos, a ver si este arruina el cuadro, es lo único que nos falta, pienso.

Me da un libro. El cura sigue con el incensario; alcanzo a leer: “Manual del exorcista, técnica de la vía cardíaca” y me pide que lea en voz baja mientras él recita de memoria. Me señala la página 104; él comienza con voz muy fuerte: “En el nombre del padre, del hijo, del espíritu santo, amén. Lectura del Santo Evangelio según Mateo, capítulo 10... ‘curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojar demonios y dad gratis aquello que recibisteis gratis’. Te exorciso, criatura aromática del incienso y de los aromas, en nombre del Dios viviente (+), del Dios Verdadero (+), en nombre del Arcángel San Gabriel (+), te conjuro y te exorciso,

criatura aromática”. Prosigue recitando el exorcismo de memoria pero yo ya me perdí en la lectura y solo atino a mover los labios y murmurar algo para que parezca que acompaño al sacerdote.

El sacerdote se sienta de nuevo y luego de un silencio prolongado se levanta, esparce incienso otra vez, sale y sin saludar se dirige a la sacristía. Lo seguimos. Se arrodilla y se queda orando mientras nosotros salimos muy despacio con el cuadro y vamos a donde está el Rata. ¡El Rata está mejor! La comisura de los labios parece mejorar y el brazo lo mueve más libre. Aunque la comisura de la boca sigue levemente torcida y con eso de “Baanhooó me cahhó”.

De vuelta estamos llegando a la pizzería. Desde lejos vemos tres policías en la puerta y Analía hablando con ellos. Ella levanta la vista y reconoce nuestro auto a lo lejos. Se dirige a los policías y vemos que hace un gesto como de no saber. Creo que el gesto está dirigido a nosotros para que no estacionemos. Y no estacionamos. Seguimos hacia la casa del Rata que era de la de todos nosotros la que menos se conocía. Nos acostamos a dormir un poco. Nos acomodamos como podemos.

Ya no podíamos ir a la pizzería ni a nuestras casas, ni a la oficina de Pedro; “seguro encontraron al muerto y el sobrino del Rata nos delató, y por eso está la policía”, concluimos.

Al otro día vamos de nuevo al cura exorcista, nos había dicho que eran por lo menos dos sesiones de exorcismo. De nuevo el Manual. Ahora me señala la pág. 31 y me pide que lo siga con la lectura: ... “así pues desapareced de aquí, Demonios, Enemigos declarados de los Hombres. Puesto que yo os conjuro a vosotros, Demonios infernales, Espíritus del Mal, quienquiera que seáis, presentes o ausentes...”, y al igual que la primera vez me pierdo en la lectura y de ahí en adelante solo muevo los labios. Me pide que de vuelta el cuadro y le arroja agua bendita murmurando unas palabras. Nos vamos con el cuadro.

Cuando abrimos la puerta del auto ¡el Rata está normal! Ya no tiene la comisura torcida y mueve la pierna y el brazo izquierdo para demostrarnos que está curado.

Dejamos al Rata en su casa con el cuadro exorcizado. Decidimos separarnos por un tiempo. Pasaron varios meses. Yo me fui a Brasil para hacerle un reportaje al hijo de Garrincha y la cantante Elsa Soares. Pedro metió un recurso de Amparo ante un Juez amigo para determinar si había captura o alguna causa penal contra todos nosotros por robo del cuadro o el francés muerto. Salió negativo, no había ningún pedido de captura ni rastro del caso así que volvimos todos a la vida normal. No queríamos saber nada ni acordarnos del cuadro ni del francés muerto, ni nada, solo queríamos volver a la rutina de Boca, la pizzería, Analía y los amigos. Cuando vuelvo de Brasil voy a la pizzería, pido el diario.

Leo en el diario Clarín: “El Museo Quai de Orsay celebra la devolución del cuadro “la Iglesia de Auvers-sur-Oise”, de Vincent Van Gogh, que había sido sustraído por unos traficantes franceses y según ha trascendido habría sido llevado a la Argentina(...) La persona que recuperó el cuadro contó que tuvo que enfrentarse a una banda y que lo tenían secuestrado y que pudo huir con el cuadro embarcándose inmediatamente para Francia para devolverlo al Museo antes de ser encontrado por los maleantes. Uno de ellos el famoso francés Francois fue hallado muerto en un operativo policial. En el día de mañana se le hará entrega al valiente argentino de la recompensa que el museo había fijado de 500.000 euros”. Y veo la foto del Rata de traje y corbata, con las manos atrás, la cabeza levemente levantada y en actitud ceremoniosa frente al cuadro de Van Gogh.

VODKA RUSSO

Soy ruso, vivo en Madrid, a donde emigró mi hija menor en 1995, y tengo una edad de aquellas que ya no dan revancha: si te equivocas a esta edad, sueñas. Sé que me equivoqué en algo. Pero no sé bien en qué. Me explico; creo que esto que leí fue el origen de esta desazón: hace un tiempo salió un artículo en el ABC de Madrid y ahora otro de El País. Primero me entusiasmé: un artículo sobre mi país, me dije. “El nuevo look de los zares” y hablaban de los “rusos multimillonarios” actuales que compran las casas más caras del mundo, clubes de fútbol, yates, etc. Sentí un poco de orgullo, lo reconozco, estamos tan golpeados los rusos últimamente. Y empecé a leer la lista: aparece el banquero Alexander Lebedev, que se hizo rico con Yeltsin y Gorbachov. En la foto aparece este joven ruso con pantalones tejanos, gafas ultramodernas, zapatillas sin cordones...y lo primero que me puse a pensar fue en los cordones que nos sacaba la policía cuando entrábamos en la cárcel y ahora éste, también sin cordones, igual que nosotros...pero millonario; no sé si habrá sido el recuerdo de aquella época lo que desató una tristeza que me iba subiendo al leer más; me acordé enseguida de aquel día en que casi nos deportan a Siberia, y que me salvó Iván, que era el delegado de la fábrica dónde trabajábamos, y que salió en mi defensa; me acusaban por un comentario que yo había hecho en el comité de juventud, un comentario idiota, hoy lo reconozco, ¡tenía 20 años!, era sobre la discusión del comunismo en las fábricas, discusión que era

obligatoria, y yo sostenía que había que dejar también opinar a las mujeres y a todas las razas y el delegado de fábrica que no, que no tenían “formación revolucionaria”, decía, y el delegado del Partido que había en cada fábrica también que no, y así me hicieron un juicio al que llamaban algo así como, “correctivos por la desviación ideológica en la segunda juventud basados en las enseñanzas del camarada Rostov”. Pero sigo leyendo. Los artículos de los periódicos (ya no estoy muy contento) hablan de Roustam Tariko (en la foto con una jovencita rubia en un lugar espectacular, lleno de luces y ambos con vodka en la mano vodka ruso ¡cómo lo extraño!, por ahora me arreglo aquí con *Alquira*), y dice la noticia que este tal Tariko controla el multimillonario imperio del alcohol y las tarjetas de crédito, y que se gastó –siguen diciendo los periódicos– dos millones setecientos mil dólares en su última fiesta de cumpleaños celebrada en un palacio de Venecia, (¿Cuántos rublos serán?). Luego siguen los artículos relatando las andanzas de otro ruso famoso, Román Abramovich, que tiene 40 años, el dueño del equipo de fútbol Chelsea, que dicen que tiene 12.000 millones de euros (¿Cuántos rublos serán?), y que le regaló a su novia una parcela de cuarenta hectáreas en la Luna. ¡Las noches heladas que nos habremos pasado mirando al cielo cuando fue lo del cohete a la Luna que enviamos los rusos en 1960 con Yuri Gagarín adentro! ¡Lo que habremos brindado con vodka –en parte para combatir el frío– por la perrita Laika que andaba por la Luna! ¡Cuánta esperanza! ¡Íbamos ganando la pelea a los imperialistas! Había nacido mi segunda hija, me acuerdo, la otra hija, la que se quedó en Moscú, y le puse Laika aprovechando que mi difunta esposa estaba todavía en el hospital. ¡La bronca que me echó por el nombre! Pero luego ella también estaba entusiasmada y me perdonó. Y nos fuimos con los “brigadistas del deporte y de la cultura proletaria” de Moscú a la RDA por quince días. Miles de rusos y alemanes desfilaron juntos por todas partes. Rusos y alemanes que se habían masacrado en la segunda guerra ahora

augurábamos juntos “La nueva era del proletariado”, como decía el Partido. Quizá fue una esperanza fugaz. Fue en ese momento cuando los rusos sentimos que la dictadura del proletariado y que lo de una sola clase de hombres, “los que trabajan”, que el Nuevo Hombre (así con mayúsculas lo escribíamos en la fábrica), que todo eso estaba ya al caer. Al alcance de la mano. Pero vuelvo a la realidad y sigo leyendo: cuentan de Alhiser Usmanov dueño de la metalurgia Metalloinvest y dueño del Arsenal de Inglaterra (¿ninguno de estos se compra un equipo ucraniano?, digo), entre los más ricos de Forbes, y Oleg Deripasko, el magnate del aluminio, al que parece que quisieron matarlo con un lanzagranadas (cosa de mafias, seguro), y que se salvó y se quedó con toda la producción rusa del metal, dice el artículo; ¡pero si mi fábrica era de producción de metal! Así que estos dos Usmanov y Oleg se han quedado con la fábrica nuestra, ¡cuántas asambleas al aire libre con 10° bajo cero, para no parar la producción!, cuantas reuniones de delegados...que si la producción bajó...que si la fábrica del pueblo vecino de Lyubertsy produce más que nosotros...que hay que aplicar los incentivos morales socialistas como dice el Che, que...y que hoy, éste Oleg tenga la fábrica mía y la del pueblo vecino de Lyubertsy, que eran nuestros adversarios, y las de toda Rusia. Y dice la nota que éste Oleg tendría, además, ¡una fortuna de 22.800 millones de euros! ¿Cuántos rublos serán esos? ¿Y qué habrá sido del pobre Iván? ¿Seguirá trabajando para este tipo? ¿En qué me equivoqué cuando creímos durante tantos años que podríamos...? ¿En qué nos equivocamos todos?, me pregunto. Si hasta los intelectuales del mundo, los mejores, nos apoyaban, discutían sobre cada palabra de Marx, Hegel, Lenin, que si la toma del palacio de invierno, que si Trozky, en fin, entonces éramos una potencia; y estábamos avalados por los mejores intelectuales del mundo, qué más podíamos hacer, qué joder (lo dije en español). Pero sigo leyendo: Shalva Chigirinsky tiene inmobiliaria y, y dicen 1.090 millones de euros (¿por qué no hablarán en rublos)

y este otro Mikhail Prokhorov amigo de Putin vive cuando le apetece en la casa más cara del mundo, pagó por ella ¡300 millones de euros! Y pensar yo esperé quince años en Moscú –con tres hijos- la vivienda oficial. No debí leer este artículo. Por suerte mi esposa Olga no vio lo de Berlín del 89, ni vio esto; habría sufrido mucho, ella que era una militante tan fanática y tan buena. Murió creyendo que el comunismo era posible. Por suerte no vio esto, digo. Aunque todos pensábamos que era posible. ¡Cuántos años, cuántos esfuerzos! Cuántas ilusiones perdidas. Al final, cada vez que me acuerdo, termino siempre igual: tomando este vodka español de porquería y lagrimeando sólo como un idiota. Bah, sólo no, brindo por el recuerdo de Iván y de mi Olga. Por vosotros, camaradas. Por las ilusiones que tuvimos.

EL CONTADOR DE FINALES

Esta es una historia de libros. Todo comenzó con el primero de ellos hallado por mí en una vieja librería de la calle Mesón de Paredes de Madrid. Me llamó la atención el título, *Casablanca... después*, y también el dibujo de la primera página: un hombre de espaldas, parado, vestido con una gabardina blanca similar a la que llevaba Humphrey Bogart en el filme del mismo nombre y a lo lejos una pareja, ella, con la cabeza entre las manos, llorando o lamentándose; y más atrás un avión pronto a despegar. Las figuras recordaban notoriamente a las del filme. ¿Y esto?, pensé. Qué raro, será el libro de la película, murmuré. Empecé a hojearlo, No, no era el libro de la famosa película de Humphrey Bogart. ¡El libro empezaba donde había terminado la película! El extraño libro comenzaba así: “Ilse (Ingrid Bergman en la película) saludó desde la escalerilla del avión a Rick (Bogart en la película); su esposo Víctor también saludó a Rick que se queda en Casablanca. Los esposos saludan desde el avión y así comienza la verdadera historia”, empezaba el libro que estaba hojeando yo en esa vieja librería de la calle Mesón de Paredes de Madrid.

Qué más podía esperar mi afición por los libros para comprarlo, llevarlo a mi casa y empezar a leerlo, a devorarlo casi; sentí primero rabia, luego curiosidad hacia el autor (un loco, pensé), y más luego y una vez acabada la lectura, viró mi estado de ánimo hacia una gran intriga. O mejor hacia un desasosiego, una inquietud como cuando uno percibe que algo no está colocado

en su sitio. Y efectivamente: había algo que no encajaba. ¿Cuál era el objetivo del autor?, ¿para qué esto de continuar un libro desde dónde terminaba la famosa película? Lo terminé de leer en una hora o dos, no recuerdo. Quedé sin respiración, bueno es un decir, era en realidad una respiración molesta, entrecortada, que suele darnos señales aéreas de que algo no anda bien. Y no andaba bien. El extraño libro que tenía en mis manos continuaba la historia que la película había dado por terminada con aquella inmortal última escena. Y narraba, con una prosa limpia y precisa, las vicisitudes de la pareja una vez que llegaban a América. Contaba que Víctor e Ilse se habían instalado en Nueva York y que él había comenzado su trabajo de médico. Que ella se quedaba en casa. Y narraba también que pasado un tiempo empezaron los problemas de pareja. Los desencuentros y las discusiones fueron en aumento. Y que ella pasaba de la agresividad hacia un mutismo que exasperaba a su esposo. Hasta que el esposo llegaba a una conclusión: ¡Ella quería volver con Rick! ¡Quería volverse a Casablanca! Y el libro relataba luego que no habían podido iniciar una nueva vida sino que el alma se les había quedado en Casablanca. Al menos a ella. Seguía narrando la vuelta de ella a Casablanca a buscar a Rick—Humphrey Bogart que para entonces le había comprado el bar a aquel gordo contrabandista de la película. Y que cuando ella se apareció de nuevo en Casablanca él, Rick, la abrazo y sin hablarse van caminando hasta el piano Y que Sam, el pianista, sin esperar, empieza a tocar la canción favorita de ellos que había inmortalizado la película: *ta, taan, ta, ta,...* Proseguía relatando que ella se instala de nuevo en Casablanca y que en realidad él, Rick—Humphrey, para salvar su vida de los nazis se había hecho colaboracionista de los alemanes y ella no lo sabía. El libro relataba luego la trama de intriga que se monta entre el colaboracionismo de él y el patriotismo de ella que lo quiere denunciar a él, a Rick—Humphrey, al amor de su vida, a los aliados.

Y así.

Me quedé mirando el libro que tenía entre las manos y que había terminado de leer; miré hacia el techo, luego hacia la ventana y más luego hacia el libro de nuevo. El libro le daba otro desarrollo y un final distinto al de la película famosa. ¡Increíble! Volví mentalmente a la misma sensación primera: ¡este autor está loco! Y la continuación lógica de este razonamiento de la locura del tipo me llevaba a pensar también: ¡a este tipo lo van a matar! O lo van a meter preso. ¡No puede hacer eso! No puede apropiarse de una película famosa y continuarla desde dónde el autor le puso fin. Pero también pensaba que el tipo no está copiando el libro original: ¡hace otro distinto! Los personajes de la película son públicos y además con una pequeña deformación de nombres y de facciones y de escenas no podría imputársele robo de la propiedad intelectual. ¡Genial!, pensé. No es un atentado a la propiedad intelectual, es un robo intelectual, es la obra de un parásito intelectual. De un chupóptero de ideas ajenas. Aprovecha el tirón de la película y hace otro libro distinto. Pero así le arruina la película, pensé más todavía; y en ese momento empecé a vislumbrar la maniobra. O a sospechar la trama.

—Buenos días —saludo al entrar a la librería.

—Dígame —me inquiere el viejo que estaba sentado detrás de un mostrador abarrotado de libros, casi en la misma postura que el primer día cuando me había llevado *Casablanca*. Me parece conocerlo pero tiene una bufanda y un sombrero que le cubren parte del rostro con barba. Miro hacia los costados donde están las estanterías repletas de viejos libros, todos prolijamente encuadernados en verdes y marrones con las letras en dorado, y me llama la atención una cosa: casi todos los estantes están cerrados con vidrios y en casi todos hay pequeños candados que los cierran. Una librería del libro antiguo y costoso, me dije, pero ya no tengo tiempo para ver ni pensar en otra cosa. El viejo está delante de mí:

—Perdone, el otro día llevé un libro de acá...

—Si ya sé lo que se llevó —me contesta con seguridad.

—¡...?

—Y lo esperaba —continúa el viejo—, ese que usted llevó era un ejemplar único. Nadie que se lleva un libro de esos no vuelve. Tome, tenga—: Y me entrega otro libro de igual forma y colores y con la misma edición que *Casablanca*. Leo el título: *Ladrón de bicicletas*, y vuelvo a mirar al viejo. Me mira fijo, sin decir nada. Tiene un rostro serio, anguloso, con unas gafas redondas que le caen un poco sobre la nariz; pero no parece agresivo ni inamistoso, solamente preocupado, o mejor, reconcentrado. O, ahora que lo recuerdo, enigmático. Quiero pagar el libro. Me para con un gesto amistoso y una mueca de complicidad en los labios. Mueve apenas la cabeza. “Vaya”, parece decirme. Y me voy.

Igual que *Casablanca*: donde terminaba la inolvidable película de De Sica este libro inventaba nuevas situaciones con los personajes en el mismo estilo seco, sin florituras pero atractivo al lector que en este caso (yo) estaba avisado por el primer libro y no estaba tan azorado como al principio. Igual me intrigaba, y mucho, esto de continuar las historias donde las había terminado el famoso filme.

De nuevo la pregunta: ¿Adónde quiere ir a parar este tipo? Y empezó a rondarme en la cabeza la figura del librero: ¿ése es el que escribe estos libros!, me excitaba. Pero ¿para qué? O mejor: ¿para quién? Volví a la librería, ya estaba metido de cabeza en el embrollo. Ese día no estaba el viejo librero, me atendió su ayudante, a quien yo había visto de lejos el primer día: “El señor dejó esto para usted”, me dijo entregándome otro libro del mismo tamaño y la misma encuadernación que los dos anteriores. Sentí un poco de miedo, ahora la librería estaba entrecerrada, casi como si me habrían estado esperando y cuando me fuera la cerrarían. Este último libro era *La dulce vita*, ¡nada menos! ¡Otra vez el enigma de empezar la historia donde terminaba la obra maestra! Todos recuerdan cómo termina *La dulce vita*: Marcelo Mastroiani queriendo hablar con una jovencita hermosa pero ella que no lo oía:

el ruido del mar y las risotadas de sus compañeros de juega le impedían esa nueva vida que Marcelo necesitaba a toda costa y que pensaba que podía iniciar con la joven. Bueno, pues el libro narraba, a partir de ese final memorable, la historia de la vida de Marcelo con esa jovencita e inventaba todo tipo de incidencias de la pareja de Marcelo y la joven que poco o nada tenían que ver con la obra maestra de Fellini.

Nada nuevo. Sólo que en la última página venía escrita una dirección:

Helguera 28 — 1er. Piso. Nada más. Bueno, nada más no, había también una cita escrita a mano que no alcancé a comprender: “La dolorosa maravilla que nos procura cada relectura de los grandes trágicos es que sus héroes, que podrían haber escapado de un destino atroz, por debilidad o ceguera no entienden a qué salen al encuentro, y caen en el abismo que han cavado con sus propias manos. La función de los relatos *inmodificables* es precisamente ésta: contra cualquier deseo nuestro de cambiar el destino, nos hacen tocar con nuestras propias manos la imposibilidad de cambiarlo”. En esa cita estaba la clave de este misterio pero ¿por qué a mí? ¿A qué venían las entregas de los libros?

Pensé en el librero. Ahora me interesaba más él que sus libros. Vuelvo a la librería al día siguiente; pero no llego; desde la esquina veo nerviosos movimientos: son dos policías y dos o tres personas más vestidas de civil pero evidentemente relacionados con el procedimiento. Veo salir al ayudante del librero esposado, suben a un auto estacionado en la puerta y parten. Un policía de uniforme queda en la puerta de la librería. Estoy desconcertado. Me acuerdo de la dirección que traía el último libro: Helguera 28, 1er. Piso.

La calle Helguera es lúgubre de por sí. No necesita añadidos. Pero el primer piso de la calle Helguera 28, es más lúgubre aún.

La puerta parece que tuviera llave pero luego de un golpe seco se abre. Hay libros por todas partes: en viejos anaqueles, tirados en el piso, en los sillones y hasta en la cocina... No hay suciedad, apenas descuido. Y polvo y humedad por todos lados. Habrá unos quinientos libros, calculo al boleo. De lejos hojeo algunos (la vieja costumbre del que ama los libros, aunque sean su perdición...) y veo la versión que había leído de *Casablanca*, *Estado de sitio* y de todas las películas que uno pueda imaginar. Me intriga *A la hora señalada*, pero no llego a tocarlo:

—Deje todo como está y no toque nada— me ordenan con voz policial los que entraban al piso en ese momento.

—Yo no hice nada —es la estúpida respuesta que uno no debe dar y siempre da en estos casos.

—Eso se lo dirá al Juez —dice inmutable la voz policial. Y así podríamos haber seguido toda la tarde con ese diálogo culpabilidad—inocencia.

—Al menos explíqueme de que me acusan —me parece que lo sorprendo con la pregunta.

—¿De verdad no lo sabe? —dice y no sé si creerle ahora a su tono de sorpresa.

—De verdad que no lo sé.

—Esta es una secta, “la secta de los libreros” parece que se hacen llamar; y van incorporando gente que luego, cada uno que incorporan, tiene que escribir un libro que desvirtúe a una película famosa. De esa manera rompen el encanto del filme, ¿se da cuenta? Le rompen la última imagen, la que queda en la imagen colectiva. La que la historia recuerda— se exalta—: Estábamos tras ustedes (me incluye en la banda) desde hace un año. Tienen librerías secretas por todo el mundo. En fin, que era la ruina de la industria cinematográfica y también de los libros clásicos. Ya tenemos al ayudante detenido. Lo veníamos siguiendo desde su última librería en Ámsterdam. Estamos tras el librero jefe, no tardará mucho en caer. ¿Lo conoce?, me pregunta mostrándome

me una foto. Es el librero que me atendía en Mesón de Paredes. Aunque... ¡se parece también a un escritor conocido!, ¿quién?, me pregunto, ¡pero no puede ser!, sí, me digo es él. ¡Umberto Eco! Era suya la cita escrita a mano en el último libro: tiene razón, pienso: ¡los relatos clásicos son inmodificables! Pero ya no digo nada más. No me conviene.

En ese momento comprendí que mi amor a los libros me había perdido.

UN PARTIDO INVOLVIDABLE

Me afilié al Partido siendo muy joven. Pasaron muchos años. Y muchas historias. Persecuciones, gases lacrimógenos por reuniones no autorizadas por el gobierno militar de turno, perros bravos de policía brava, prohibición de nuestro Partido, exilios y ausencias. Pero allí estaba para fraguar la esperanza, *el día de la Gran Marcha hacia el futuro*. Ese día comenzaríamos a forjar *el Hombre Nuevo*. Así lo escribíamos en los panfletos del Partido. Eran slogans, lo sé, pero con el tiempo el slogan se va haciendo carne, forma parte de ti y te renueva las ganas juveniles y tiernitas de los primeros tiempos de nuestra cruzada (en algún momento no sentimos como verdaderos cruzados).

Y me preparé para ese día no vaya a pensarse que todo lo dejé al azar. Leí, de los fundadores de mi partido, todo lo publicado y por supuesto la vida y obra de los grandes líderes revolucionarios latinoamericanos. Vibrábamos con los Camilos (Torres y Cienfuegos), con Martí, con Nicolás Guillén, con Bolívar y San Martín.

Esta historia que cuento empezó cuando el responsable de Distrito, el Negro Viola, me dijo a la salida de la fábrica “porqué no te venís el viernes a la casaquinta del Jefe”. Ese viernes se reunía la plana mayor del Partido en la enorme quinta de fin de semana de nuestro líder para decidir la postura del Partido ante las elecciones próximas. Ser invitado era ya una forma de participar en el poder. Y más, antes de la reunión plenaria, para las elecciones del domingo.

Los encargados de la sección Deporte y Recreación del Partido organizaban siempre un partido de fútbol previo a las reuniones. Está bien, pensé, viene bien para relajar al jefe. También fui invitado a jugar el partido: “ah y traéte los botines”, me había dicho el Negro ese día.

El encuentro de fútbol era un pretexto para distraer al Candidato de sus ocupaciones. Y acepté la invitación; yo juego todavía (enfrente de nuestro local partidario hay una canchita de fútbol donde jugamos al salir de la fábrica y los sábados y domingos) y pese a mis años y, previendo esa posibilidad, no descuidé tampoco el prepararme físicamente haciendo unas treinta flexiones diarias.

Yo y mi grupo de compañeros de la circunscripción tercera, encuadramiento A, zona provincial 1 -así nos demarcaban en el Partido- habíamos discutido largamente el asunto. Fue una semana de excitación y algo de orgullo de mis compañeros que sentían que “uno de los suyos” iba a estar en la cúpula del poder. Habíamos estimado (para ese día) que lo mejor era: ¡abstención revolucionaria de nuestro Partido! Esa postura principista nos había servido muchas veces para templarnos en la lucha, alejados de las alfombras del poder que suelen adormecer a los luchadores y a los progresistas. Poder que suele transformar, como dice un escritor español, que también leí, a verdaderos progresistas en simples “progres”. Escribí, excitado, lo que, en nombre de mis compañeros iba a decir frente al Candidato presidencial, sus ministros y la conducción de mi Partido. Cuál iba a ser nuestra posición.

El encuentro de fútbol, previo al plenario, comenzó con ritmo nervioso, quizá porque todos sabíamos que después venía realmente lo importante. Ex funcionarios nacionales y provinciales, ex diputados, futuros candidatos a cargos (si se decidía ir a elecciones) todos alrededor de la cancha iluminada, mientras el encuentro se desarrollaba con el Candidato como estrella principal y otras figuras partidarias, también notorias, en ambos equipos. Era ése el día soñado, lo presentía. Nunca había estado haciendo

pases y gambetas con gente tan importante dentro y fuera de la cancha.

Mi participación en el juego fue digna aunque mi mente estuviera fijada, como dije, en el *después* del partido. Y si ese día sería *el Gran Día*. Faltando pocos minutos para terminar el encuentro el juego se puso tenso. Tantos años de fútbol, casi tantos como de político, te fijan un tono competitivo. Una pelota que viene dividida, me concentro, amago para un lado, pasa de largo un rival (un diputado nacional), una corta carrera y otro que queda atrás (el posible ministro de economía si luego, en el debate, decidíamos ir a elecciones), enfrento al arquero (ex director de la Cancillería), y con otro amague lo dejo en el suelo, me voy hacia el arco vacío, la empujo despacito y la pelota que entra. Gol. Me llega un murmullo primero, luego escucho aplausos del funcionario que está fuera de la cancha, vivando mi nombre; me felicitan los compañeros de equipo y hasta el Candidato -que jugaba en el equipo contrario- hace un gesto de aprobación. Estoy feliz, realmente contento. El gran día empezaba bien, aunque fuera con el aperitivo, o sea, el partido de fútbol.

Termina el encuentro. La flor y nata del Partido se va en sus autos rápidamente, con sus telefonitos encendidos y sus secretarios/as revoloteando alrededor de gente tan importante. El salón donde se iba a realizar la reunión cumbre apaga sus luces; el gran salón de reuniones está a oscuras. El candidato se va en helicóptero. Estoy confundido. Me voy yendo despacio, el último. Mientras acomodo las botas de fútbol en la parte de atrás de mi camioneta, se cae al suelo el discurso que tenía preparado. *El gran día* había pasado. Nunca olvidaré aquel Partido.

EL DUELO, PERÓN VS. TONY BLAIR

Número 10 de Downing Street, Londres, 9 y 30 de la mañana. Los guardias de la vieja casona, sede del gobierno británico, se miran asombrados, como interrogándose. El hombre, anciano e imponente, camina hacia ellos. El uniforme de General del Ejército argentino le sienta aún bien. Las botas largas casi hasta las rodillas, negras y lustrosas, resaltan del conjunto. La gorra con una insignia dorada cuelga apretada entre el brazo y la cintura. Dos o tres medallas se destacan en el pecho. Hay un aire de dignidad en ese hombre que ya está casi junto a ellos.

—Buenos días.

—...

—Tengo una entrevista con el Señor Primer Ministro —dice el viejo General mientras entrega a los guardias la tarjeta con su nombre.

La tarjetita pasa de mano en mano recorriendo, como en una visita guiada, los distintos despachos del antiguo palacio. Pasa por el imponente Hall de entrada de mármol negro y blanco, atraviesa el Salón de las columnas, pasa a la Secretaría General, y luego a Protocolo y Audiencias, y de allí directamente a la Secretaría Privada. El Secretario Privado abre la puerta del despacho y entrega la tarjetita. En la calle, mientras tanto, el viejo General se aleja unos pasos de los guardias y espera la respuesta mirando las plantas que sobresalen entre las rejas de puntas doradas. Acaricia

una de ellas. Parece complacido estudiando el tipo de plantas del jardín, seguido siempre de la curiosidad de los dos guardias.

—¿Qué es esto? —pregunta el Secretario Privado del Primer Ministro al portador de la tarjetita.

—Yo no lo sé —contesta el portador—; él dice que tiene una audiencia acordada con el Señor Primer Ministro. Y que la audiencia la gestionó lord Begts.

Confirmada la entrevista se autoriza la entrada al extraño personaje. La orden viaja ahora en sentido inverso al que llevó la tarjetita: del despacho del Primer Ministro hasta la puerta de entrada.

—Puede usted pasar —autorizan los guardias.

El viejo General agradece con una sonrisa y se dispone al corto trayecto desde las rejas hasta la puerta de entrada a la residencia del gobierno. Mira la pequeña calle, que parece una calle más de Londres pero que no lo es, y se dispone a entrar.

—Por favor venga por aquí —indica el acompañante.

El Secretario Privado del Primer Ministro y un Edecán militar —cuya presencia está indicada por el protocolo según la graduación del visitante— le acompañan por pasillos de pisos muy lustrosos e impecables. Hay algo de satisfacción en el gesto del visitante, sobre todo cuando atraviesan el impecable mármol blanco y negro del hall de entrada. Parece íntimamente complacido con el orden y la limpieza del lugar. Y el silencio. Toda la vida del visitante había estado signada por la política. Y muchos coincidían en que, tanto en el ejercicio del gobierno como en el destierro, había sido el hombre más importante de la política de su país durante casi cincuenta años. Pero la vieja vocación militar de los años mozos quizá se le hubiera quedado adherida en esa preferencia suya por el orden, la limpieza y el silencio como los que había en el lugar.

Entran en una de las salas de recepción del Primer Ministro. Los acompañantes le ofrecen tomar algo. “Un mate cocido”, fue

lo primero en que pensó el visitante, habituado a la típica infusión argentina. Desechó la idea.

—Sólo un café negro, y cargado, por favor —pide.

—En un momento, señor.

Tony Blair viste cuidadosamente informal. La mirada es franca y directa. El cabello, un poco revuelto, le da un aire joven. Parece un joven londinense común. Sólo un pequeño rictus de desdén, apenas perceptible para los no avisados (que no era el caso del viejo General), delata en él la presencia de *el Poder*. Sus asesores de imagen le habían advertido repetidas veces acerca del riesgo que implicaba esa comisura de los labios en el lado izquierdo de su boca que esbozaba una mueca de superioridad o de desdén; y le habían dicho, también repetidas veces, que en una persona como él, expuesta a la multiplicación infinita de su imagen, cualquier gesto inconsciente, por nimio que parezca, puede generar un rechazo no querido en la gente, o en el electorado que era lo que al final importaba. Fue inútil. “Si quito la comisura, quito algo mío, y quizá a la gente no le disguste que mi imagen sea esa que dicen ustedes: *el Poder*”, había dicho; con lo cual dio por terminada la discusión con sus asesores de imagen.

—Gusto en conocerle, señor, por favor —indica un asiento el Primer Ministro a su visitante—. Me ha pedido esta audiencia mi amigo, lord Begts. Creo recordar que me habló de algo como de una cuestión de estado. ¿Es esto así?

—Así es, señor Primer Ministro. Soy el general Juan Domingo Perón, tres veces presidente de la República Argentina y General del Ejército de mi país.

—Usted dirá —dice el Primer Ministro picado por la curiosidad.

—Le advierto, señor Primer Ministro, que es un asunto desagradable.

—Si es un asunto de estado, los ingleses no ponemos grado de satisfacción en ello, señor.

—Veamos. Haré un poco de historia para luego ir al punto. Le ruego que tenga un poquito de paciencia —dice el visitante mientras se dispone al relato—: En 1950 pronuncié el discurso de cierre del primer Congreso de Filosofía que se hizo en Mendoza, una provincia de mi país, país que yo gobernaba desde 1946 a través de elecciones libres y que había ganado en buena ley, ¿ve usted esta condecoración? —y se señala una de las medallas del pecho con la cruz de Malta—, bueno, esta condecoración ¿sabe usted quién me la dio?, pues la reina Isabel en persona y en ocasión de la compra de los ferrocarriles británicos que les hicimos, obligados por la inconvertibilidad de la libra esterlina que su país había decretado después de la guerra.

El primer ministro empezaba a impacientarse pero había algo en el visitante que le impedía tratarlo despectivamente. O despedirlo sin más. Esa condecoración de la Gran Cruz de la Orden de la Reina Victoria que le había entregado la Reina madre, a quién sabía bastante agarrada con las condecoraciones, ese país sudamericano que había sido una potencia cuando Inglaterra estaba destruida por la guerra y ese hombre, alto e imponente, que había sido tres veces presidente de su país. No, no debía impacientarse y dar por terminada la reunión, como algo en su interior le había insinuado al principio de la conversación.

—Pues bien, como le decía —continúa el visitante, instalado en el tiempo, en éste y en el otro, en el que está contando—, en aquel importante Congreso de Filosofía, donde estaban los más importantes filósofos de la época, bien, en ese congreso, señor, mi gobierno fijó, por supuesto que con mi autoría intelectual, *la tercera posición*.

—¿...?

—Sí, señor, la *tercera posición*.

—¿...?

—La *tercera posición*, señor, fue inventada por mí en 1950, en ese Congreso de Filosofía, y refleja no sólo, como se quiere

hacer creer ahora, una posición intermedia política sino que es más abarcadora. Es también filosófica. Y de ahí que lo que usted y su inspirador el profesor Giddens dicen de *la tercera vía*, sea no solamente una idea prestada, sino que la han copiado mal.

—¿...? —con el ceño fruncido y la boca un poco abierta.

—Sí señor, la *tercera posición* era una creación genuina y la ofensa que se nos hace, al país que represento y a mí, como inventor de esa teoría, es que no sólo no se cita el antecedente sino que la han copiado mal. Y lo más grave, porque al fin y al cabo si se hubieran apropiado de la idea y la desarrollaran sería un orgullo para mí, lo más grave, señor, es que están desvirtuando una de las creaciones más dramáticas y originales de la posguerra.

—Pero, señor General —ya había algo de respeto y preocupación en el trato del Primer Ministro—, nosotros ignorábamos eso y aunque lo hubiésemos conocido no tiene nada que ver una situación con la otra. Han pasado cincuenta años, había dos potencias mundiales que emergían de la guerra, en fin, discúlpeme, pero no veo relación alguna entre la *tercera vía*, concepto que me pertenece, a mí y a mis asesores, y en especial al Dr. Antony Giddens, con eso que usted dice llamarse la *tercera posición*.

—Permítame señor que le diga que en nombre de esa *tercera posición* hubo mucho *jaleo*, como dicen los españoles: más de setenta países se reunieron, en nombre de la *tercera posición*, en Bandung en 1955, en El Cairo en 1964, en Argel en 1973 ¿De dónde cree que sacaron el nombre de *Tercer Mundo*, si no de mi *tercera posición*? Y, ¿le suenan estos nombres?: Charles De Gaulle, Nasser, Getulio Vargas, Salvador Allende, ¿y estos países: Francia, Egipto, Brasil, Chile?; pues bien, señor, todos ellos hablaron de la *tercera posición* que yo había creado, y se llamaron a sí mismos en aquel momento decisivo de la historia, *países no alineados*. ¿Y no alineados con respecto a quienes, a usted que le parece? A los EEUU y Rusia, señor. Le he traído alguna documentación —termina el viejo General, entusiasmado por el recuerdo de aquellos

tiempos, mientras le entrega al Primer Ministro algunos libros antiguos y recortes periodísticos de época.

—Mire, señor General —Blair no sabe como salir de esta situación y maldice por lo bajo a su amigo lord Begts—, derivaré este asunto a la División Exterior y Archivos del Reino y recomendaré que traten con usted este asunto. Yo no puedo hacer más, y si me disculpa...

—Sí, puede hacer algo más y espero que lo haga. Ya verá. —corta casi insolente el viejo General.

—Ahora si me disculpa... —y aparece de una lejana puerta el Secretario Privado, portando las famosas carpetas rojas de las reuniones ministeriales de Blair y anunciando otra entrevista. “El recurso de siempre, el jefe hace una seña imperceptible a sus alcahuetes para que me vaya”, piensa el viejo General cuando ve aparecer al Secretario en el preciso momento en que su jefe quería terminar la audiencia.

Cuando el personaje se ha ido, entran al despacho del Primer Ministro su Edecán y su Secretario Privado. Los dos esperan que hable su jefe. Por costumbre nunca hablan antes que él.

—Está medio *chiflado*, pobre —dice al fin, luego de un silencio, el Primer Ministro.

—¿Qué quería? —pregunta uno de ellos.

—No sé, un *copyright* de la *tercera vía*:—Todos ríen con el buen humor del jefe.

—¿Y eso? —dice de pronto el Edecán mirando por la ventana hacia la calle. Se arriman todos a la ventana y ven abajo un tumulto de cámaras de televisión, micrófonos y periodistas y, en medio de todos, el viejo General haciendo declaraciones.

—*Son of a bitch* —dice el primer Ministro en su lengua materna.

“Ex presidente de la Argentina tilda de ladrón a Señor Primer Ministro”; “Curiosa interpelación sobre la tercera vía”; “Blair: ¿Plagio?”, eran algunos de los titulares de los periódicos ingleses

del día siguiente. “Fuerza, macho”, “ Perón vuelve”, “Duro con los piratas”, algunos de los titulares argentinos.

—Llamen a ese tipo y que esté aquí mañana a la mañana — ordena de mal modo el primer Ministro, ahora al Secretario Privado.

—¿Qué es lo que usted quiere? —arranca el primer Ministro muy serio y contrariado por esta insólita situación, que se había hecho pública contra sus deseos.

—Mi reivindicación personal, y la reivindicación de la autoría intelectual de la *tercera vía* o *tercera posición*. Que me pertenece —responde el viejo General— ¡Tercera vía! — murmura el viejo y se pierde por un momento en el recuerdo de una época que llamaron *guerra fría* pero que él sabía que había sido caliente. Muy caliente.

—Pero ¿qué tiene que ver esto con el mundo actual?; por favor, es un disparate—termina con mal tono el Primer Ministro.

—Acá le he traído más documentación.

—No por favor, no me dé más cosas. Para no cortar este asunto como se merece, es decir, no dándole más importancia y olvidarlo, que es lo que debería hacer, y sólo por atención a lord Beggs le diré lo que he decidido: mañana nos reuniremos en el Salón de Terracotta de esta casa, el doctor Antony Giddens, coautor de la idea de la tercera vía, el profesor Jasenus de la Universidad de Cambridge y yo. Usted puede traer sus asesores, si quiere. Tendremos una última reunión y le probaremos en el debate que nada tiene que ver nuestra *tercera vía* con eso que usted llama *tercera posición*.

—Muy bien, así se hará —dice complacido el viejo General mientras se va retirando.

—¡Ah! —lo detiene con voz alta y firme el primer Ministro—, la audiencia se hace con la presencia de periodistas invitados. Esta vez no se moleste en llamarlos...Ya lo he hecho yo.

II

El Salón de Terracotta había sido preparado para el debate. Estaba precioso el salón. El Primer Ministro se había sentado en la cabecera del salón y a los costados se habían preparado sendos escritorios, separados por una decena de metros, donde estaban: el profesor Giddens y el profesor Jasenus, por un lado y el viejo General con sus asesores: el profesor Arturo Sampay y el doctor José M. Figuerola, por el otro. El primer Ministro tenía su propio sillón cercano a los profesores Giddens y Jasenus, pero sin estar juntos, como reservándose el papel de árbitro (parcial, si se quiere, ya que también él había sido imputado).

—He convocado esta reunión —comienza el primer Ministro— para satisfacer un curioso (levanta la vista para que *curioso* quede suspendido en el aire) reclamo de un expresidente de la República Argentina referido a un concepto, a una propuesta que hemos acuñado con el profesor Giddens y el profesor Jasenus. Este señor me ha interpelado, y lo ha hecho públicamente ante los medios de difusión, mediante un procedimiento que no apruebo, sobre su autoría de la *tercera vía* política que como ustedes saben nos pertenece:—Dirige la mirada a la veintena de periodistas invitados especiales, en su mayoría ingleses. El resto, cuatro o cinco, éramos corresponsales latinoamericanos, entre los cuales estaba yo, por entonces un joven periodista panameño y corresponsal en Londres. Mi padre había sido gran amigo del viejo General cuando estuvo exiliado en mi país. No sé si habrá sido por eso que me contó cómo empezó esta historia y me eligió para llamar a mis colegas aquella mañana, cuando salió de la primera entrevista con Tony Blair. Y luego también, tal vez por ese antiguo afecto con mi padre, me relevó de aquel juramento a que nos

obligaron... Lo cierto es que me eligió a mí. Quizá sabía, el viejo zorro, que yo terminaría contando esta historia, cuando aquella mañana me dijo en latín: "Amicus Plato sed magis amica veritas".

—Doctrina ésta —continúa Blair—, la de la *tercera vía*, que como ustedes saben y lo sabe todo el mundo, nos pertenece. Hoy, y para terminar con este entuerto, demostraremos con argumentos teóricos que el reclamo es inverosímil, además de inusual, por no decir otras cosas. Doy la palabra al profesor Giddens. Y luego escucharemos a los visitantes.

—En mi libro *The third way*, Editorial Taurus en español (nunca supimos por qué citó la editorial española), he puesto un subtítulo que creo que aclarará este equívoco —comienza el profesor Giddens—, y dejará tranquilo a los visitantes: *La renovación de la socialdemocracia*. Nosotros estamos hablando de Europa y de la respuesta a la globalización económica que debería dar la socialdemocracia moderna y apuntamos a una renovada propuesta política para oponernos a dicha globalización o, lo que es lo mismo, a la preeminencia absoluta de los Estados Unidos.

—¿Y qué otra cosa le parece que era nuestra *tercera posición*? —interrumpe el viejo General.

—Le ruego me deje continuar —dice el profesor, un poco incómodo.

—Perdone usted.

El profesor Giddens termina su prolija exposición:

—Es una tercera vía en cuanto que es un intento por trascender tanto la socialdemocracia a la antigua como el neoliberalismo. Nuestra *tercera vía* nada tiene que ver con la situación de los países periféricos de posguerra —concluye mirando hacia el sector de los periodistas europeos, que asentían en su gran mayoría.

Ante esta última afirmación el viejo General vuelve a menear la cabeza. Pero, como era su turno de exponer (y el de sus asesores), la contrariedad que le causa lo que está oyendo se disimula con los preparativos para decir lo suyo. Presenta a sus acompañantes:

a la derecha el profesor Arturo Sampay, “relator de la Constitución Argentina de 1949, el primer texto legal que introdujo los principios de la *tercera posición* y la *justicia social* en el derecho positivo argentino. Y quizá en el mundo”, dice. Y a la izquierda al profesor José Figuerola, un catalán emigrado, que había cumplido funciones en su país de origen durante el gobierno de Miguel Primo de Rivera, hombre importante en la elaboración de los textos iniciales de la primera presidencia de Perón, en 1946.

El viejo General arranca diciendo que la primera coincidencia entre su *tercera posición* y la *tercera vía* es que, tanto antes como ahora, se reconocen dos polos de poder que atentan contra la igualdad y la libertad de los pueblos. —Aunque los dos eran materialistas, no lo olviden— remarca—: Aunque ahora han cambiado de nombre —continúa socarronamente—: Ustedes los llaman el fundamentalismo de mercado por un lado y la vieja socialdemocracia vinculada al comunismo derrotado, por el otro. El mismo perro con distinto collar —dice guiñando un ojo y pide sonriendo, a uno de sus asesores que traduzca la humorada al idioma inglés que quedó así: “*can’t teach an old dog new tricks*”. Después de la ocurrencia (que distiende un poco la solemnidad del momento y que fue festejada —especialmente por nosotros, los corresponsales latinoamericanos—), retoma su exposición el viejo General atacando duramente el *copyright* (lo dice en inglés para nuevo regocijo de los latinoamericanos, ya de su parte) de la *tercera vía*.

¿Dónde estaba la socialdemocracia europea que buscaba la tercera vía en 1945?, si entonces lo único que había era una Europa destruida y hambreada por la guerra y que necesitaba el plan Marshall y nuestros granos y nuestra carne para sobrevivir y dejar de comerse los gatos?, ¡perdonen eh!, pero esto de los gatos me lo han contado los sobrevivientes de la guerra que se vinieron en bandada a vivir a la Argentina; ¡si no había otra cosa que comer, que iban a hacer los pobres!

Se hace silencio. El viejo General enciende un cigarrillo negro. Mira hacia abajo, meneando de nuevo su cabeza vieja, exhala el humo y se apresta a continuar. Parece entristecido por tanto recuerdo... y tanto olvido.

—Esto dicho por quién era presidente, o sea, yo, de una de las naciones más pujantes y ricas de ese momento de posguerra: la República Argentina —interviene el viejo General.

—...

—Y en pleno auge del poderío de quienes se habían repartido el mundo en Yalta y Postdam: los EEUU y Rusia —termina, ya agrandado, el viejo General y con un antiguo vozarrón que resuena en el salón y que nadie pudo explicarse todavía de donde le salió, habida cuenta de su avanzada edad.

En el estrado donde se encuentra el Primer Ministro hay movimientos. Blair se va, mientras el profesor Jansenus anuncia que la audiencia proseguirá el día siguiente a la misma hora. El General Perón y sus acompañantes son rodeados por los periodistas ansiosos. Complace a casi todos con declaraciones y anécdotas y referencias a la historia de cada uno de los países de los corresponsales. Está contento, como un jubilado que es llamado a su viejo trabajo pero sin las obligaciones de antaño. En un momento me lleva hacia un costado. “Apague el grabador, pero haga como que me está entrevistando”, me indica. Y luego, previo advertirme para que tenga cuidado (sin decirme de qué), me habla por lo bajo: “Me malicio que esto va a terminar mal, pero, sea lo que sea, quiero un testigo vivo de lo que ocurra. Y he pensado en usted, por la memoria de su padre y por la amistad que nos unió. Estese alerta”.

“Anacrónico debate histórico”, “Curiosa reclamación”, “Países subdesarrollados”, eran algunos de los titulares de los periódicos europeos. “Valiente postura histórica”, “Basta de robos”, “¡Colonialismo!”, “Viva Perón, carajo”, publicaban los diarios de América Latina. Llovían los pedidos de acreditación para nuevos

medios que no se habían enterado del debate, pero ya nadie se pudo acreditar. Estábamos los que éramos el primer día.

El segundo y último día de la controversia fue todo distinto. No estaba previsto un segundo debate, pero creo que Blair quiso aprovechar la repercusión que había tenido el hecho y admitió una segunda parte. Y se equivocó. El viejo General y sus acompañantes se esforzaron en mantener la línea de argumentación del primer día pero la controversia fue derivando hacia una situación límite. No habrán sido más de quince o veinte minutos de áspera discusión. Estas son algunas de las cosas que se dijeron aquella mañana:

“Incluimos la justicia social y la *tercera posición* en la Constitución argentina de 1949, de la cual fui relator”. (profesor Sampay).

“Hoy en día hemos de encontrar un nuevo equilibrio entre responsabilidades individuales y colectivas” (Giddens leyendo su libro).

“Eso está dicho, cincuenta años atrás, en mi libro *La comunidad organizada*”.

“Y la embajadora de los EEUU, Jeane Kirkpatrick, también ve en ustedes una especie de fascismo, fascismo de izquierdas si se quiere, pero fascismo al fin. Así que, ¿qué quiere que le diga...?” (Blair).

“Perdone usted, señor Primer Ministro —dijo Figuerola—, pero si cita estos dos autores debe citar, de la misma publicación sobre la literatura anglosajona y el peronismo de la cual sacó esa cita, el testimonio de un compatriota vuestro, el famoso historiador Eric Hobsbawm, que dice: *Nosotros cometimos un grave error sobre el peronismo. No lo reconocimos como un movimiento genuinamente popular*”.

Perón había mirado afectuosamente a su colaborador hispano—emigrado, notoriamente complacido por el comentario.

“Me permito leer textualmente un párrafo del libro del General Perón—”Nooo, basta, basta, estamos hartos de esos libros” —habían gritado casi al unísono los periodistas europeos (ingleses en su mayoría) y el profesor Jasenus—. Otra vez le pidió el viejo

General a su colaborador que tradujera al inglés otra humorada criolla que dice: El pescado empieza a pudrirse por la cabeza: “*A fish always rot from the head down*”, *same as in a political empire*. Risas latinoamericanas.

“Y, todas estas cosas que dice tan bien, ¿las aplicó a sus adversarios o los persiguió hasta exterminarlos y cerrar todos los diarios opositores, como dicen las crónicas de época?” (Blair).

Yo creo que a partir de tan dura afirmación de Blair se fue complicando todo, hasta terminar como terminó.

“América latina fue gobernada por gobernantes populistas, cuando no demagógicos, que lo único que lograron fue atrasar la evolución de los pueblos” (Jasenus).

“América latina fue expoliada por el imperialismo yanqui con la complicidad de ustedes, sus abuelos” (Figueroa).

“Mire, General, la política internacional no es para los ex líderes de pueblos periféricos y menos para quienes estuvieron impuntados de fascistas o dictadores” (Blair).

Se hizo un silencio pesado, molesto, en el salón y en todos los que estábamos allí. El viejo General acomodó sus papeles despaciosamente, levantó la vista y dejó pasar unos segundos, que parecieron interminables, y mirando fijamente a Blair, dijo:

—Quien ha sido elegido presidente de su país por tres veces y con el voto libre de su pueblo sólo puede ser llamado dictador y fascista por un ignorante o por un energúmeno. Ya sabrá de mí.

La reunión estaba fulminada. Esta vez no hubo arremolinamiento de los periodistas, ni ante Perón ni ante Balir. Cada uno se retiró por su lado, con sus asesores, lentamente y en silencio.

Los periódicos del día siguiente recogieron con distinta voz lo ocurrido: “Tiempo perdido”, “Blair resistió”, “A qué sirve esto”; los diarios ingleses. “Viva el león herbívoro”, “Invadamos Inglaterra ya”, “Revancha histórica”, dijeron algunos de los periódicos latinoamericanos. Y así terminó la historia de aquel curioso debate.

III

Al día siguiente estaba yo en mi hotel de Kensington Park (al lado de la casa que había sido del humorista Benny Hill), preparando mi equipaje. Me había llamado el director de mi periódico y debía regresar a Panamá para escribir una serie de artículos de la tan extraña discusión entre Perón y Blair sobre la *tercera vía*. Serían las tres de la tarde, más o menos, cuando recibí aquella llamada del conserje del hotel. Me puso al teléfono “con unas personas que le están esperando acá abajo”, me dijo. “Qué raro, si yo no espero a nadie”, contesté. Me pusieron por la línea interna con quienes me esperaban abajo: “Señor Baltierrez, somos del gobierno de Su Majestad, baje urgente, por favor, que tenemos un mensaje para usted”. Bajé con lo puesto; las dos personas, que se identificaron como funcionarios del gobierno, me pidieron que los acompañara, “por orden de la Secretaría Privada del Señor Primer Ministro” y, casi por la fuerza aunque muy respetuosamente (y por eso los dejé hacer), me dijeron también que no temiera nada, que estaba bajo la protección de gobierno de Su Majestad; me llevaron hasta un auto oficial, negro, esos de estilo antiguo pero que son último modelo, con chofer uniformado; y partimos. Me explicaron que se trata de un asunto tan grave como reservado, y que lamentaban la forma (“tan poco inglesa”, me habían dicho), pero que ellos sólo cumplían una orden, y que había sido muy precisa.

Afortunadamente llevaba un abrigo corto ya que a esa primera hora de la tarde se había puesto fresco. No pude llevar nada más. Ahora me doy cuenta de que no querían que llevara nada: ni cámaras fotográficas, ni papel, ni lápiz, ni grabador, sólo querían que fuera. Pero ¿adónde? Miedo no sentía (era un corresponsal de un medio extranjero) aunque sí mucha curiosidad. Intenté ha-

blar dos o tres veces con mis acompañantes (¿custodios, funcionarios?), pero me di cuenta de que no sólo no querían responder, sino que tampoco sabían demasiado qué estaba pasando. Estaban cumpliendo órdenes, era evidente, pero ¿de quién?

El auto iba a una velocidad moderada aunque lo justo de rápido como para disuadir a cualquiera de intentar alguna locura, como tirarse, locura que yo no pensaba hacer. Pasamos por Victoria Street, luego Parliament Street y cuando nos acercamos a Downing Street, el chófer uniformado redujo la marcha del coche. Pensé que volvíamos a la sede del gobierno, era justo en esa dirección, pero no, una vez encima de Downing Street y cuando ya pensaba que iba a entrar, seguimos de largo, siempre despacio, y una vez sobrepasada la entrada de la sede del gobierno (los tres, el chófer y mis dos acompañantes estaban expectantes y creo que recibieron alguna señal preestablecida), el auto aceleró de nuevo y enfiló por Whitehall, y cruzó uno de los puentes del Támesis (creo que era el de Waterloo) y de allí hacia las afueras de Londres.

Nos íbamos alejando del centro. Pasamos Edmonton y de ahí empezaban a verse casas salpicadas de campiña. Hasta que llegamos (creo que era el condado de Enfield) a una mansión rodeada de increíbles campos verdes muy bien cuidados. La casona no llegaba a ser un castillo parecía un poco descuidada, pero los parques que la rodeaban estaban impecables. Se veían a lo lejos sólo árboles y arroyos pequeños, con vallas y puentes. Pensé en la caza del zorro o en posibles cabalgatas de algún funcionario. Sí, eso debía ser: alguna residencia oficial de verano. Frente a la casona vi tres autos aparcados, similares al que me traía, y una camioneta cerrada que parecía una ambulancia. No tuve más tiempo de mirar nada. El auto se detuvo y me introdujeron a la casona sin decirme una palabra. Me recibió una persona, muy seria, que me hizo pasar a un reservado y me indicó que me sentara. Creí reconocerlo y efectivamente recordé que era uno de los que colaboraban con el bando inglés en la sala del debate.

—Señor —me dijo muy serio el funcionario—, perdone antes que nada la forma en que lo hice traer (“poco inglesa”, me repitió y recordé haber escuchado eso mismo cuando me sacaron del hotel), pero su nombre fue indicado por el señor Perón para presenciar lo que va a presenciar. Deberá prestar un juramento, por las leyes inglesas y que ya han prestado las personas que, como usted, serán testigos; un juramento de reserva absoluta de lo que verá y oirá. Y firmará el acta que se va a confeccionar del duelo; este juramento, le recuerdo, lo obligará legalmente, y por las leyes inglesas, a la reserva absoluta. Las penas son muy severas para quién divulga secretos de estado. Si acepta, proceda a firmar el acta y luego lo trasladaremos al lugar que tiene asignado.

En una sala contigua estaban las dos personas que habían secundado a Perón en el debate (Figuerola y Sampay). Los miré, interrogándolos con un gesto, para que me dieran alguna pista de lo que estaba sucediendo. Se acercó uno de ellos, el Dr. Arturo Sampay, un conocido profesor de Derecho Constitucional de su país, y se dispuso a contarme:

—Mire, Baltierrez, sé quién es usted porque me lo ha contado el General, esto es muy grave, pero el General lo quiso así. Cuando oyó lo que le dijo Blair de fascista y dictador, se fue a su habitación del hotel donde nos hospedamos los tres, con el Dr. Figuerola, y habrán pasado un par de horas, cuando nos llamó a los dos a su habitación, y nos dijo: “Mis queridos y viejos colaboradores: he venido de muy lejos para defender una de las creaciones más originales y nobles de mi vida política. Los he molestado a ustedes que, quizá, estaban también descansando de la vida azarosa que nos tocó vivir, para que me acompañaran hasta aquí a cumplir esta misión. Les estoy inmensamente agradecido. Pero ahora les pido un último favor. Harán lo que yo les indique sin temor ninguno y sin preguntar. Cuando las razones son negadas de tal manera, a los hombres públicos sólo nos queda un camino: el hecho extraordinario. El Primer Ministro tendrá que

retirar públicamente lo que me ha dicho “dictador y fascista”, y reconocer la autoría intelectual y moral de nuestra *tercera posición* o se someterá a las reglas del honor. Y esto les servirá a muchos que dicen o repiten boludeces para que, o sostienen lo que dicen con argumentos racionales o se sometan a otras reglas de juego”.

—Y así —siguió el doctor Sampay—, nos envió como padrinos a verlo al Primer Ministro Blair. ¿Se imagina cuando el Primer Ministro oyó esto? No lo podía creer. Pero en la nota que le dejamos el General le decía también que, en caso de no aceptar el duelo, se haría pública su negativa a defender la ofensa que le había hecho. Y que no sólo quedaría ante la opinión pública como un estafador de ideas sino también como un cobarde. Aceptó con una sola condición: el secreto absoluto de lo que pase. Bueno, firme usted Baltiérrez —me dijo— ese papel que le ponen a firmar. El General Perón lo puso a usted como único testigo vivo, como condición inexcusable. Yo no sé lo que él le ha dicho a usted, pero él sabrá porque lo ha incluido a usted en esto.

Y firmé. Me hicieron pasar a una amplia sala con un ventanal hasta el suelo desde donde se veía todo el inmenso parque que rodeaba a la finca. En el salón había una sola silla. Me sentaron allí, en esa única silla, y me dijeron (mejor: me ordenaron) que no me moviera y que sólo mirara. Tampoco tuve más tiempo para otra cosa que mirar lo que ya estaba ocurriendo. Vi salir al parque, bordeado por inmensos pinos y abetos que impedían la vista desde otro lugar que no fuera desde la casa, por una puerta al viejo General, acompañado de sus padrinos, el Dr. Sampay y el Dr. Figuerola, y por la otra al Primer Ministro y sus padrinos, los mismos que le habían secundado en el debate: el Dr. Giddens y el Dr. Jasenus. Y al secretario Privado, al que según parece le habían designado como árbitro. Nadie más. Se acercaron ambos contendientes (pantalón negro y despojados de ropa de la cintura para arriba, parece que ésas son las reglas del duelo), los padrinos hablaron brevemente y muy serios entre ellos; los contendientes

no se hablaron, y parecía como que dejaban que Blair eligiera el lugar desde donde se batiría. Retiraron ambos duelistas una pistola. Me pareció muy grande y moderna; luego me contaron que el viejo General había dejado que su contendiente elija las armas, alegando las reglas del duelo italiano (recuérdese que él había vivido muchos años en Italia), que prescriben que el retado elige las armas. El viejo General había sido campeón de esgrima, entre otras cosas, y conocía todo tipo de armas, y por supuesto la que más le hubiera convenido, pero, según supe luego, el viejo General se sometió a la elección de su contrario, de unas armas muy modernas y *a repetición* y que no se habían conocido en su época. “Vengo de muy lejos y lo que vengo a cumplir está más allá de las armas”, dicen que dijo, y no puso objeción a ninguna condición que solicitara su contrario, como si el duelo no fuera para él más que un apéndice del debate.

La escena era increíble (me parecía estar soñando o viendo una película). Me contagié de la gravedad de la situación y me quedé inmóvil viendo lo que pasaba en el prado. Los adversarios retiraron cada uno su arma de un almohadón rojo que les presentó el árbitro: cada uno caminó para un lado distinto (conté, sin darme cuenta, unos veinte o veinticinco pasos que dan los duelistas); el árbitro del duelo —el secretario Privado—, se alejó del ángulo de tiro. Los duelistas se dieron vuelta, se miraron; mantuvieron unos segundos los brazos doblados paralelos a la sien y las pistolas apuntando al cielo. A la orden del árbitro, convenida por los padrinos, las pistolas bajarían junto con el brazo, ahora extendido, y como una continuación del movimiento del brazo, dispararían. Vi moverse los labios del árbitro (¿habrá dicho *fuego*?) y dar una palmada. Evidentemente era la señal. Escuché muy apagado los disparos, pero los oí. Fueron muchos disparos, seguramente por el arma *a repetición*. Luego de un momento, como en las películas, uno de los duelistas cayó al suelo. Era el viejo General. Los padrinos y el árbitro, se acercaron al caído. Uno de ellos se inclinó hacia el cuerpo y dijo

algo a los otros. Hicieron señas hacia la furgoneta cerrada para que se acerque. Subieron el cuerpo del viejo General a la furgoneta, firmaron los cuatro padrinos y el árbitro un papel (luego supe que era el acta del duelo) se metieron también los padrinos Sampay y Figuerola en la parte de atrás de la camioneta y partieron hacia la salida. El Primer Ministro se retiró con sus padrinos y el árbitro. Me quedé pegado a la silla, solo y sin saber qué hacer. El sol mortecino del atardecer entraba por los vidrios. No podía creer lo que había visto. Pasados unos minutos se acercó el chofer uniformado que me había traído, me indicó que lo siga y me llevó, también con el mismo auto, hasta mi hotel.

Al otro día partí para mi país. Pasó mucho tiempo de aquello. Dejé de trabajar en el diario, para no romper el juramento que había contraído. Pero muchas noches en vela tuvieron que pasar para que las imágenes de aquello dejaran de revolotearme y se me asentaran. Me alejé de mi familia ante el temor de que les pudiera pasar algo malo. ¿Por qué él me habrá elegido a mí para presenciar ese duelo? Lo cierto es que me eligió. Cientos, miles de veces reconstruí lo que me dijo aquel día en el salón del debate el viejo General. Pero hay una frase, una, que me decidió a contarlo todo, aun sabiendo que es lo último que vaya a hacer en mi vida. Esa frase... *“Amicus Plato sed magis amica veritas”*, fue lo que me decidió. Y me acuerdo, me acordé tantas veces estos años, cuando me la tradujo al español, mirándome fijamente a los ojos con una sonrisa socarrona: “Como dijo Aristóteles: Soy amigo de Platón, pero soy más amigo de la verdad” .

UN CAMELLO EN EL CORTE INGLÉS

A Elenita y a todos mis bebus

—Buenos días.

—Sí...

—Perdone, ¿es aquí donde están reunidos los organizadores de las fiestas navideñas?

Quien había recibido al visitante entorna la puerta, le hace un gesto de espera al hombre que se había presentado y se dirige al interior de la casa, pasmado por lo que había visto.

—¿Quién es? —preguntan los que estaban reunidos.

Allí estaban: Klaus, el jefe de la organización de todas las fiestas navideñas, que para esa fecha se repetían en la ciudad desde muchísimos años atrás, y que él conducía con mano firme y piadosa pulcritud. Teresa, la del festejo de la nochevieja, siempre dueña de ese momento del emocionante cruce del año viejo con el año nuevo, una celebración que ella había logrado institucionalizar en la plaza Mayor de Madrid, y por tal mérito era convocada a la reunión preparatoria de las fiestas en la casa de Klaus (una casa rodeada de pinos nevados y calor de leño encendido). Y estaba también el gordo Lotería, otro que se había posicionado como fijo en la organización de los festejos. Y estaba también aquel que con los años se había incorporado al grupo organizador: el Inglés del tajo en la cara, dueño de todas las tiendas del lugar y que, con los años, se había hecho un hueco en el festejo de la gente. Y el dueño de casa y jefe organizador, Klaus, vestido

siempre de terciopelo rojo con mangas y barbas blancas; y largas botas hasta la rodilla.

—¿Qué te pasa hombre, quién está afuera? —preguntan los que estaban reunidos, casi superponiéndose, ante la cara desencajada del atribulado Lotería.

—Es un árabe negro, con una barba enorme, con vestidos de seda y piedras. Parece un príncipe, o algo así.

—Bueno, ¡pues hazle pasar hombre! —dice, imperativo, el jefe Klaus.

—¿Y al camello, también lo hago pasar? —les pregunta Lotería, dirigiéndose a todos y disfrutando con la cara de sorpresa que se les estaba poniendo a ellos también cuando les describe al hombre y su camello.

—Pase señor, por favor, le indica Lotería al extraño visitante.

Luego de saludar ceremoniosamente a cada uno de los allí reunidos con una inclinación de cabeza y mirándoles fijamente a los ojos, se dirige a Klaus:

—Usted debe ser el jefe Klaus ¿no es así?, nos conocemos de hace tantos años, aunque nunca coincidiéramos en las fiestas; nosotros venimos después de ustedes. Mi nombre es Baltasar y soy uno de los reyes magos —dice el visitante—. He tenido un grave problema, me he perdido de mis compadres, Melchor y Gaspar, usted sabe que venimos de lejos, de Persia —aclara—, y no sé cómo fue que me les he adelantado y he llegado antes. Este camello mío está viejito y se me pierde con facilidad.

—Pero bueno... —atina a decir Klaus.

—Y el problema —continúa el árabe visiblemente preocupado— es que ya no puedo volverme para retornar en la fecha que nos corresponde, que es el 5 de enero por la noche, y el 6 por supuesto, nuestro día. No tendría tiempo de ir a Persia y volver. Y tampoco puedo quedarme aquí, que me vean los niños antes de mi fecha, imagínense el escándalo: “uno de los reyes magos se perdió y adelantó su fecha”, se reirían todos. Imagínense el dolor

de los niños. Imposible. ¿Qué hago ahora?, ¡y con este pobrecito camello mío a cuestras!

—Pero bueno...—repite Klaus, mientras sus compañeros de festejos iban abriendo lentamente los ojos y la boca sin creerse todavía lo que estaban viendo y oyendo.

—Vamos a ver —se anima Teresauva viendo al árabe entristecido y con la cabeza entre las manos—, a mí no me molestaría que Baltasar, en nochevieja, esté conmigo en la plaza, hay tanta gente, y algunos tan “alegres”, que ni se notará. Eso —termina convencida—, la nochevieja Baltasar la pasa conmigo.

—A mí tampoco me molestará que se venga a nuestra tienda, le puedo montar una planta para él solito—dijo frotándose las manos el Inglés del corte.

—Y yo me lo llevo también el día de mi sorteo —dijo Lotería. Lo pongo en la entrada. Eso sí deberás quedarte quietito Baltasar. Y no hablar.

—Si es así ¡te quedas! —dictaminó Klaus—. Te quedas con nosotros, eso sí, un poco disimulado para evitar el escándalo y luego, en la fecha de siempre, el 6 de enero, haces tus festejos con tus compañeros.

Y así, aquel año, se festejaron unas fiestas navideñas muy particulares: con el verdadero Baltasar mezclado entre la gente, gozando las doce campanadas de nochevieja, que nunca había oído, y en el sorteo con el gordo Lotería; y en las grandes tiendas del Inglés del corte y, por supuesto, en el gran pesebre de nochebuena con el viejo Klaus. Y hubo también un camello pastando en la Casa de Campo, que nadie pudo imaginar siquiera a quién pertenecía.

SIN PLATA NO SE PUEDE HACER POLÍTICA

El amigo estaba acodado en la barra de aquel bar de la vía Condotti en Milán. Nos vimos y nos saludamos con cierta cordialidad, hacía mucho tiempo que no nos encontrábamos. Una de las últimas, creo, fue cuando él pasó por Italia (donde vivo desde hace muchos años) como privatizador de una empresa pública argentina, creo que era la de electricidad. Ahora que lo pienso, las veces que nos vimos siempre mi amigo traía un cargo distinto y con distintos gobiernos. Primero fue alto funcionario de un ministerio, luego diputado nacional, luego fue director nacional de un ente privatizado, y así; en fin, lo que se dice un hombre de la política, un hombre útil para todos los gobiernos desde la reinstalada democracia en 1983.

Pero ahora se lo veía cansado, agobiado diría; y tenía ganas de conversar aunque no imaginé lo que me iba a contar. Se ve que tenía ganas de contarlo.

—Qué hacés por acá —le pregunté.

—Acá estoy, pienso quedarme un tiempo largo. Mi hija se vino a estudiar a la Bocconi y vine para acompañarla. Sabés que me separé de mi mujer, ¿no?

—Si, sabía algo por Alfredo que pasa seguido por aquí (mejor no le digo que Alfredo me había contado que se había ido con la secretaria). Pero, y la política, ¿no seguís siendo funcionario?—le pregunto.

—No, hace un tiempo largué todo, necesitaba reflexionar, y por eso este viaje me viene muy bien —veo que tiene ganas de seguir contando. Tampoco le digo que Alfredo me había contado que tuvo problemas con un proceso penal por una compra de biberones para un hospital de niños. Y que el abogado le había aconsejado “borrarse” un tiempo.

—Te hartaste —aventuro.

—Hartarse es poco, Pipo, estoy gastado, vacío por dentro; me equivoqué, viejo, y nos equivocamos todos los que estuvimos en el poder, bah, en el poder... hacíamos como que teníamos el poder y nos dejamos llevar.

—¿Y eso?

—Es así, Pipo —me dice— “que si no tenés plata no se puede hacer política”, “que cada campaña para ser diputado cuesta tanto”, “que hay que hacer negocios, que esto y lo otro”. Nos mintieron y nos mentimos —el tipo parece sincero ahora—: Y empezamos a hacer cosas que no sabemos: negocios, cualquier cosa que hicieras o pidieras, todo valía dinero. Te ofrecían y ofrecías. Nos monetizamos, Pipo, y empezamos a arruinarlo todo. Y nos arruinamos nosotros. Vos sabés, me conocés hace muchos años, vos sabés que no sabía ni hacer un cheque, que no tenía ni tarjeta de crédito, que no sabía nada de hacer dinero y que lo que me gustaba era hacer política—¿Y a todos los que estuvieron en el poder les pasó lo mismo? —le pregunto.

—Lo mismo. Es una telaraña que te va envolviendo sin darte cuenta, y cuando te avivás ya es tarde. Empezás con un puesto, un puesto cualquiera, en el municipio o en la legislatura o en una empresa del estado, da lo mismo, y el tema dominante y casi obsesivo es el dinero. ¿Sabés cómo es el mecanismo? —quiero pensar que de verdad está arrepentido, si no, no me contaría—: Uno de los funcionarios superiores del organismo, pongamos el director de Compras del hospital *mengueche*. Todos los proveedores de las compras del hospital tienen que hablar con él. Nadie

del equipo de dirección puede hablar por su cuenta —*ni cortarse sólo*, me agrega guiñando un ojo—. Sólo él. Él recauda, promedio de un 20 a un 30 por ciento de la factura a pagar por el hospital, y semanalmente lo reparte entre el grupo. Vos sólo tenés que ir a retirar tu cuotaparte. Esto llega hasta jefe de Departamento —me aclara con conocimiento de causa. De ahí para abajo cada cual se la arregla sólo.

—¿Todos los organismos públicos hacen lo mismo?

—Nacionales, provinciales y municipales —me abrevia.

—Pero ¿en las elecciones internas de los Partidos también se monetizaron? ¿Y los militantes de barrio? —pregunto con la esperanza de que me diga lo contrario.

—Ahí está uno de los problemas: como los de abajo ven que los funcionarios manotean *guita*, ellos no se mueven si no les das algo, casi siempre dinero. ¿Sabés cómo? —ya me intriga, ¿el militante de barrio también estará “monetizado” como dice este tipo?— y se dispone a contarme, es evidente que conoce de lo que habla: cómo se hace política en la Argentina.

—La cosa funciona así —arranca; a esta altura estoy azorado más que indignado. Hace 20 años que falto de mi país. Por más que intuyera lo que estaba pasando este tipo me estaba dando una clase...de la picaresca nacional—: los militantes de barrio se organizan alrededor de algún militante avispado y forman una Agrupación. Esa Agrupación necesita algunos cargos en el municipio o en la gobernación o en algún ministerio. Aunque para ser justos esos “operadores” de barrio consiguen cosas para la gente del barrio: carnets, de conducir, jubilaciones, etc. Esa es la parte buena, digamos, pero hay una *manganeta* (traduzco: una maniobra: pero él me lo dice en lunfardo). Todos trabajan para la elección interna de nuestro partido y luego para la elección nacional. El día de la elección interna del partido o elección nacional, hay jefes de Agrupación que esperan hasta último momento, digamos a las cinco de la tarde si el comicio cierra a las seis, con los

miembros de la Agrupación preparados para salir en coche o en ómnibus a votar. Hablan a las apuradas con los dos o tres candidatos que se disputan la diputación o el municipio y que saben si la elección viene reñida: “tengo 50 votos (o cien o doscientos) preparados para venir a votar, vale tanto. Y los llevan a votar en ómnibus.

Ya estoy aturdido el tipo se da cuenta de que me está subiendo la rabia.

—¿Y en todos los partidos ocurre lo mismo? —pregunto con la esperanza de que alguno se salve.

—Lo mismo —me dice secamente.

—Pero ¿al menos hiciste dinero?

—Ese es el problema. Como la mayoría de nosotros no sabía de negocios, ¿qué hicimos? Todos se traían a uno que “supiera de negocios”, no sé, un contador o un empresario amigo, o uno que supiera de números y le daban la facultad de hacer los negocios. ¿Cómo terminó? Que la mayor parte de la guita se la llevaron esos supuestos “entendidos” en negocios y a los políticos le daban las sobras. Se enriquecieron un montón de tipos así. ¿Te acordás de Carlos Carpetti, ese inútil que había fundido su empresa y nos vino a ver en el 83 con el cuento que quería ayudar en la campaña? Bueno, este tipo se le metió bajo el ala al Toto Fabiolo, que fue diputado y ministro, y el tipo era el encargado de los negocios del Toto y de varios más. Lo vieras, entraba a las reuniones con los jefes del Partido antes que cualquier político. El tipo hablaba de los negocios y de guita todo el tiempo. Para él la política era eso: negocios aprovechando el poder; qué sabía este hijo de puta de las dictaduras militares, ni del pueblo, ni de mayo del 68 o desaparecidos. Se llenó de guita. Ahora se abrió, puso una cadena de lavanderías y se dedica de nuevo a sus cosas, y si te he visto no me acuerdo. Y así todo.

—¿Y ahora?

—Ahora nada Pipo, al quedarnos sin política nos quedamos vacíos. Sin nada. Sin plata y sin política.

—¡...?

—A propósito, Pipo, cómo es esto de la mafia acá en Italia, ¿es cierto que manejan toda la obra pública?, ¿serán tan jodidos esos tipos como dicen?..., no sé, la gente habla boludeces...no tenés algún amigo que...

EL INVENTOR

No recuerdo bien cómo me enteré. Creo que fue por un amigo mío, Josué, un inventor medio loco con el que compartimos mesa de amigos en la pizzería “Borello” de la Boca: “Pero hay uno más loco que yo”, me dijo ese día; sabía el desgraciado que así despertaba mi curiosidad por los raros y los perdedores. Personajes habituales de mis cuentos y de mis reportajes para la revista en la cual trabajo, revista que dirige un Gordo granuja y que me publica algunos de esos artículos y me paga una miseria que apenas me alcanzan para mis viajes a Brasil. “Vive por Alejandro Korn”, me dijo Josué y a cuentagotas me fue dando el lugar dónde vivía El Inventor que según mi amigo era más raro, más inteligente y más loco que él; y me había remarcado dos veces: “y tiene un invento...;qué invento, por Dios!”. No necesitaba más.

Me bajé en la estación de trenes de Alejandro Korn, caminé tres cuadras a la izquierda, por la primera (como me había dicho Josué), y ahí empecé a buscar la casa. En realidad era mucho más lejos de cómo me había descripto mi amigo. Y casi a campo abierto.

La casa está rodeada de árboles altos; álamos que avisan con el sonido de sus hojas una mañana de viento fuerte. El viento en las hojas, el frío tempranero de abril y la loma interminable que se extiende más allá de la casa irradian una leve melancolía. Las paredes de la casa están pintadas de blanco; creo recordar que ese blanco de las paredes es el adobe blanqueado con cal que se usaba en el campo para ahuyentar los bichos. Un aljibe con el balde en

alto es lo primero que se ve. La casa está rodeada por un cerco de alambre con una puerta también de alambre. Y una campanita colgando. Y un patio de tierra que separa el cerco de la puerta principal. Llamo con la campanita. Sale un hombre con un mameluco gris, camisa blanca y corbata oscura, y zapatos negros lustrosos. Es alto y flaco. Tiene bastante cabello para su edad, unos cincuenta años, calculo. La cara es angulosa; pero los pómulos y la nariz son los que atraen la mirada. Son fuertes; como metálicos. Los ojos son de un azul oscuro, extraño y profundo que completan ese primer vistazo.

“Me imaginé que vendría”, me dice a modo de saludo. Ante mi intriga me explica que hace tiempo Josué, también inventor, le había hablado de mí y de mi revista. Y de mi afición “por los raros”; me lo dice con una media sonrisa. No pensé en ese momento en algo más simple: que Josué le hubiera adelantado que yo vendría a verle.

Me hace pasar a un amplio salón que sirve tanto de cocina como de dormitorio; en un rincón está su cama. Otro rincón de la amplia estancia está lleno de cubos con polvos: *metano*, *amoníaco*, *polvo mariácido*, alcanzo a leer en los grandes frascos. Hay un par de máquinas estrafalarias con cadenas que suben y bajan. Y también una prensa. Y hay una especie de banco de pruebas de madera dura con herramientas y con un asiento alto. En otro rincón se ve una cortina que separa, seguramente, la entrada a otra pieza. Aquí debe trabajar este loco, pienso. Y le comento que estoy haciendo reportajes para la revista (le doy el nombre pero noto que no le interesa demasiado), reportajes a inventores, innovadores, etc. No le digo lo de los raros y los perdedores. Pero no sé por qué siento que lo sabe. “Le preparo un té”, me dice. Acepto y él se va para el rincón donde está la cocina. Luego va hacia donde están los cubos con polvos y saca de unos cajoncitos apilados algunas hojas de malva. Luego de otro cajón saca un paquete que dice *casuarina* y otro que alcanzo a leer *ortiga blanca*. Y saca de un

frasco pequeño una pizca de polvo grisáceo que no alcanzo a leer qué es. Luego pone el agua a hervir. No me dice nada. El agua hierve rápidamente y lo vuelca sobre un gran colador que contiene las hojas y el polvo. Lo escurre meticulosamente y me lo sirve. No le pone azúcar. El gusto es agradable. Como si se juntaran diversas frutas. Pero el gusto final es un poco amargo. Luego se retira y me pide que lo espere “un momento”. Siento que me sube la temperatura a medida que tomo el té. Pienso que le ha puesto algo más de las hojas que yo había visto. Pasan unos minutos que me parecen interminables. Tengo la vista un poco nublada pero siento una buena energía. Me levanto y voy hacia unos estantes que hacen de biblioteca y que contienen gran cantidad de libros. Hojeo algunos y saco tres: *El judío en el misterio de la historia*, de Julio Meinvielle, *Psicomagia* de Alejandro Jodorovsky y *Una realidad aparte* de Carlos Castaneda. ¿Éste no me habrá puesto peyote en el té?, me pregunto al ver este libro de Castaneda que habla todo el tiempo de este alucinógeno. Levanto la vista, hay un movimiento imperceptible entre los libros, me parece que desde uno de los anaqueles El Inventor me estaba espiando.

“Ya sabía yo que iba a agarrar esos libros”, me dice mientras da la vuelta a la estantería, me toma del brazo y me invita a dar un paseo por el fondo de la casa que es de tierra apisonada. Nos detenemos ante un gallinero bastante grande donde hay varias gallinas y un gallo, se ve también un conejo blanco y unos patos. Seguimos caminando. Entre los árboles frutales hay un par de árboles más altos que el resto, creo que son paraísos y en lo alto de uno de ellos una casita de madera, pequeña pero lo suficientemente grande como para que quepa alguien. Me invita a subir por una escalera de madera, larga, y que llega hasta la casita del árbol. Entramos. Hay sólo dos pequeños bancos de madera contra la pared y una ventana sin vidrios en la cual a través de las ramas se ve la gran lomada exterior. No digo nada. Ya estaba *apichonado*. Él dominaba totalmente la situación. “Mire, ¿cómo era

su nombre?”...”Jorge, le digo”, “mire usted Jorge cómo a través de los árboles y suspendido en el aire se siente otra dimensión, la dimensión del aire, de mercurio, del dios griego Hermes, que es mercurio”, me aclara, “y es el mejor lugar para la meditación, yo me paso horas aquí y si llueve, no le cuento”. Murmuro que la casita en el árbol me recuerda una película italiana con un personaje raro que no quería bajar del árbol y repetía: “voglio una donna”, “¿qué dijo?”, me pregunta el Inventor, “nada, nada”, digo. Él sigue, como una letanía, como si estuviera hablando para él: “Y acá estoy más cerca de los muertos”. Me mira de soslayo. Ahora sí que estoy no sólo apichonado, estoy intrigado. Sigue: “Nunca se preguntó a dónde van los muertos, bah, los espíritus de los muertos, claro que esto que le voy a decir funciona si usted es cristiano y cree en la resurrección de Cristo o Budista o Hinduista y cree en la reencarnación”. Me imagino que estoy con la boca abierta, no puedo mover un músculo. “Hay un único lugar en el cual pueden estar los espíritus de los muertos: en las hojas de los árboles. Un solo árbol puede albergar decenas, centenares de ánimas. Hace años que estoy desarrollando esta teoría”, me dice y comienza a bajar del árbol dando por terminada la conversación.

De vuelta camino a la casa siento como que El Inventor me ha manejado a su antojo: primero me hizo tomar un té extraño, que me provocó euforia, luego me dejó sólo en la biblioteca seguramente para probar mis preferencias, mientras me espiaba por un hueco en los anaqueles. Luego esto de subir a una casita en los árboles y hablarme de la reencarnación de los muertos. “Mire, yo me tengo que ir, por qué no empezamos con el reportaje”, le digo un poco de mala manera cuando bajamos del árbol. No me contesta. Cuando entramos en el gran salón vamos hacia el rincón que hace de laboratorio, me muestra algunos de sus inventos -casi todos con sensores- en los cuales está trabajando. Y me cuenta la historia de cada uno de ellos mientras yo tomo nota. Por ejemplo unas zapatillas que según se las programe caminan solas, el hom-

bre lleva un mando y programa cómo quiere caminar, “como esas cintas de los gimnasios”, me dice. O un sensor que avisa cuando una persona está más nerviosa que de costumbre, como los sensores de la marcha atrás de los autos modernos que avisan cuando uno va a chocar con algo, en este caso para las personas.

—Josué, su amigo —le digo cuando veo que otra vez me va a dar largas en la entrevista— me habló de un invento, algo así como “un invento extraordinario” —le remarco— según me dijo.

Me mira fijamente. Por primera vez lo miro a los ojos azules oscuros. No puedo adivinar en ellos tristeza ni alegría, ni entusiasmo, ni emoción alguna. Quizá su mirada irradie simplemente paz, pienso. Corre la cortina que, efectivamente y como había pensado antes, daba a otra habitación más chica. Sin decirme nada se detiene al lado de una máquina de un par de metros de alto que tiene un asiento de madera con dos antebrazos de metal y dos muñequeras y dos tobilleras; de la máquina sale un brazo de un metro más o menos de largo que parece como si fuera de madera de ébano o algo así (lo seguro es que no es de metal), del cual cuelga en la punta una especie de casco, este sí de metal. Un grueso cable recorre la máquina por el brazo de ébano junto con otros cables más delgados que terminan en el casco. El Inventor corre despaciosamente otra cortina pequeña que está al lado de la máquina y aparece una pantalla pegada a la pared y un teclado de computadora y una silla alta también idéntica a la del salón. Yo anoto como puedo la disposición de las partes de la máquina y de la pantalla y el teclado desde donde él dirige la máquina. Me había prohibido expresamente sacar fotos. Pero ya no tengo dudas: era el invento extraordinario del cual me había hablado con entusiasmo Josué.

Se sienta en la silla alta, prende la pantalla desde el teclado, y en la máquina se encienden algunas luces pequeñas y de colores en el casco y en los antebrazos del sillón. Hay un ruido ronco, como de un mecanismo que se enciende. El silencio es absoluto, luego se oye otro zumbido más que emana de la máquina. Y luego

otra vez el silencio. En la pantalla se dibuja la máquina con una serie de coordenadas que se entrecruzan. El Inventor deja por un momento el teclado y me mira. “¿Qué cree que es?”, me pregunta a bocajarro al cabo de un momento. “Ni idea”, respondo rápidamente, ya más cerca del miedo que de la curiosidad. “Siéntese en ella, por favor”, me pide con firme cortesía mientras me señala el asiento de la máquina, “no haré nada que usted no me autorice”, me tranquiliza, seguramente advertido de mi incomodidad. Mueve el brazo de madera con el casco en la punta y lo deja a unos centímetros de mi cabeza. No me calza el casco ni cierra las abrazaderas de las muñecas y los tobillos. Luego recoge la silla alta que estaba frente a la pantalla y el teclado, pega la vuelta y se sienta frente a mí. Pone una pierna a medio alzar apoyada en la silla y la otra apoyada en el suelo. Ahora tiene una actitud relajada, con las manos entrecruzadas sobre una de las rodillas, me dice: “Esto es una pre-prueba y le pido por favor que me conteste con toda sinceridad y luego le contaré en qué consiste el invento”. Ahí está la trampa, pensé, si no me avengo a lo que me pide este loco no hay reportaje, ni honorarios del Gordo que dirige la revista, ni el pago de los alquileres de mi departamento en la Boca que le debo al gallego...y menos Brasil; “tiene que pensar en algún hecho de su vida que le traiga malos recuerdos, que le duela, aunque haya sucedido en su infancia y contármelo”.

Cada vez entiendo menos. Se me mezclan el miedo a este tipo, la curiosidad por saber cómo termina esta historia y el alquiler de los dos meses impagos. Pero también una euforia que me va envolviendo. Ese té de mierda, pienso.

Le cuento un hecho de mi adolescencia que me dolió mucho en su momento y que la memoria se empecina en traerme una y otra vez. Fue con la muerte de mi padre. Yo tenía un hermano que andaba por mal camino. Drogas. Mi padre, que estaba muy enfermo, me pidió que lo localizara (hacía un año que no sabíamos de él); quería despedirse. Yo no me di cuenta de que estaba

tan enfermo, creí que aguantaría y me demoré unas semanas en localizar a mi hermano y traerlo. Cuando llegamos había muerto. Y no habíamos estado junto a mi padre ni mi hermano ni yo. Dicen que en el último momento preguntó por nosotros. No le cuento más. Se me corta la voz; ahora que lo cuento en voz alta me suena más doloroso aún.

“Y usted quisiera borrarlo”, me pregunta. “Ya no puedo hacer más nada, lo mejor sería olvidarlo. Pero tampoco puedo, la escena de mi padre muerto viene una y otra vez a mi mente”. Hace un silencio que indica que está decidido a contarme su invento: “De eso se trata esta máquina....ella le ayudará a olvidar definitivamente ese hecho doloroso...que por otra parte no tiene remedio”, agrega.

Ahora estoy excitado. Éste me metió algo en el té, seguro, pienso. Empiezo a imaginar el reportaje con este tipo. Y me dejo tentar con la posibilidad de un reportaje estrella. Imagino por un instante que me contratan de un periódico nacional. Y ya que estoy le compro el departamento al gallego que me lo alquila. Y...”Dígame qué quiere hacer”, me vuelve a la realidad el Inventor mientras me mira fijamente a través del azul oscuro de sus ojos: “¿Se anima?”.

Estoy conmocionado. El extraño té, los libros, el paseo, la casa arriba de los árboles, los muertos en las hojas, y ahora ¡la máquina de borrar recuerdos dolorosos!... Era demasiado. “Perdone, no me siento bien, me tengo que ir”, fue la excusa mitad verdad y mitad mentira. “Quédese tranquilo, piénselo y mañana vuelva”, y casi me ordena, “ah, y mañana venga con Josué, y traiga una foto de su casa paterna”, y me agrega: “ah, y tráigame un foto de su hermano y su padre”.

No necesité contarle a Josué demasiado. Aceptó de inmediato ir al día siguiente conmigo a lo del Inventor. Otra vez la misma ceremonia: el té de hojas (ahora estoy seguro: este tipo le pone una pizca de ese alucinógeno peyote), los libros, el paseo a la casa

de los árboles, la vuelta a la casa y el Inventor que se sienta frente al tablero desde donde dirige la máquina. Tengo la impresión de que a Josué ya se lo habría hecho alguna vez. El inventor le pide que relate algún hecho doloroso de su pasado. Josué cuenta algo sobre un niño. Saca la foto del niño. Se le entrecorta la voz. Lagrimea. Cuenta que era un sobrino suyo y que su hermano lo había dejado un tiempo a su cargo y que una noche para castigarlo lo había dejado fuera de la casa. Que había pensado sólo en dejarlo diez o quince minutos. Pero se quedó dormido y cuando fue a buscarlo a las 6 de la mañana estaba aterido de frío, temblaba, y con una consecuencia atroz: el niño quedó tartamudo por unos años. Tartamudez que también pasó a Josué cargado de culpa. El Inventor, con movimientos pausados y en absoluto silencio, le ata las abrazaderas de las muñecas, luego baja el brazo de ébano hasta que el casco se acomoda a la cabeza de Josué, sin apretar, luego le coloca las otras abrazaderas a los tobillos y se dirige al teclado.

“Cierre los ojos, por favor, mientras yo enciendo la máquina”, le pide secamente cordial. Cuando repite Josué la historia y llega al final del relato suena dentro del casco un zumbido agudo, no muy fuerte, son segundos, nada más. “Ahora rece”, le ordena El Inventor, “cualquier cosa pero pida gracias a Dios tres veces y cuando termine abra los ojos”.

Se levanta Josué, el Inventor le ayuda tomándolo del brazo, salimos de la piecita donde está la máquina, y caminamos, primero hacia la estancia grande, le ordena sentarse y le prepara otro té, luego repetimos todo el camino que también a mí me hizo recorrer. “Por favor, no hablen hasta que volvamos a la casa”, nos ordena. Repite lo de la biblioteca y luego subimos a la casita del árbol; nos sentamos los tres. Apenas cabemos en los banquitos. Cuando volvemos a la casa nos sentamos. El Inventor entorna las ventanas y queda una tenue atmósfera en el ambiente. Luego le pide a Josué que saque la foto de su sobrino. El Inventor le pregunta por el niño de la foto y si recuerda algo. Josué no recuerda

nada, nos interroga con la mirada y luego nos pregunta al Inventor y a mí que quién es el niño. El Inventor me mira fijo.

Pone una música suave (música de relajación, me digo), y da comienzo a una charla sobre mi trabajo en la revista, me pide que le cuente los últimos reportajes (“a esos raros, marginales e inventores que tanto le gustan”, me dice) y así seguimos unos veinte minutos plácidamente sentados los tres. Cuando termino de contarle sobre los reportajes me pide que le cuente de nuevo lo de mi familia. Me pregunta si el recuerdo es doloroso y si vuelve siempre a mi mente y si quiero hacer la experiencia. Le pregunto si me dejará publicar todo esto en la revista y si me dejará tomar fotos. “Fotos, no”; me reitera lo que ya me había dicho, no necesité más para sentirme autorizado implícitamente a publicar el reportaje de todo lo que había visto. No sabía El Inventor que con mi teléfono móvil había tomado fotos de la máquina, fotos de Josué con el casco puesto, y también de la casita en el árbol. Estoy eufórico, quizá el té ese o quizá por pensar en la repercusión de este reportaje cuando lo publique. Me dan el Pulitzer o el Gordo chanta del director me mata a patadas, una de dos, pienso.

El Inventor no me da tiempo a pensar en nada más: muy serio me sienta en la silla, me abrocha las muñequeras y las tobilleras, me acerca el casco y lo acomoda en mi cabeza. “¿Trajo la foto?”, me pregunta, “cuénteme de nuevo la historia que quiere borrar”. Le cuento de nuevo la historia. Luego me pide que no hable y que cierre los ojos. Y que piense en el hecho de mi hermano y la muerte de mi padre. Oigo el mismo ruido que hizo la máquina cuando lo experimentó con Josué. Siento un calor suave dentro de mi cabeza. La imagen de mi padre y mi hermano se van diluyendo lentamente. Luego de unos minutos me desabrocha las muñecas y los tobillos, me quita el casco y me toma del brazo y hacemos el mismo recorrido que hizo con Josué. Cuando volvemos está de nuevo el salón en una leve penumbra y mientras sigue la misma música suave me muestra la foto de mi hermano y

mi padre juntos. Me pide que recuerde algo de cuando mi padre estaba enfermo. La verdad es que no recuerdo nada de lo que me pregunta. Me pide que recuerde desde que murió hasta un año para atrás. No le puedo contar demasiado. Me pregunta de mi hermano. Lo mismo. “Casi no lo vi más a mi hermano cuando nos separamos”, le comento. No recuerdo otra cosa.

II

Fui preparando meticulosamente el material: las fotos y el relato de lo que había visto y vivido. Estuve tres días organizando lo que le iba a presentar al Gordo. Me llamaba a cada rato para que vaya a trabajar, amenazándome con que me iba despedir; al final desconecté el teléfono. El día viernes me presento en la redacción de la revista. Están todos mis compañeros. Algo se maliciaban porque todos habían dejado de atender los llamados. Algunos me preguntan con señas mientras camino hacia la oficina del Gordo. El Gordo hace como que no me había visto. Golpeo el vidrio de la puerta. El Gordo hace como que se sobresalta, me hace pasar y me empieza a recriminar. Del otro lado del vidrio mis compañeros se ríen de la escena. Me siento frente al Gordo, hago un poco de teatro, lo miro un instante y le pido silencio con el dedo en la boca; le presento la carpeta con el material y las fotos. El Gordo lee y empieza a moverse inquieto en la silla. Levanta la vista. Transpira. Llama al ordenanza. “Traéme un café”, le pide, “vos querés algo”, me invita con voz muy seria. Le digo que no con la cabeza. “¿Y cómo pruebo yo que ni vos ni ese Josué me están mintiendo, y que ese Inventor no es un estafador!”. “Una de dos, o te sometés vos también a la máquina de borrar recuerdos dolorosos de la memoria o nos creés”, le digo con voz muy firme; siento que me cree.

Al otro día, el mejor día para las publicaciones de las revistas, el sábado, aparece en la tapa de la revista la foto de Josué con el casco y cuatro páginas más relatando todo lo que yo había vivido con el Inventor desde el día que lo busqué en Alejandro Korn. “La Máquina de matar recuerdos incómodos”, “¿Podemos dejar atrás los malos recuerdos”? “Increíble invento argentino, ¡Viva la patria!”, titulaban los diarios. El mundo estaba conmocionado. Vinieron periodistas de los diarios más sensacionalistas de Londres (The Sun) y EEUU (New Yorker). El Gordo chanta no para de dar entrevistas. Yo aproveché para pagarle al gallego un año de alquiler por adelantado.

Cientos de personas se agolpaban todas las mañanas en Alejandro Korn, se montaron locales precarios de choripán, y de venta de todo tipo de santería esotérica y hasta una clínica psiquiátrica al paso para los que no pudieran acceder al Inventor.

Un famoso actor gay entró llorando a la consulta del Inventor con la foto de su madre en la mano y salió sonriendo junto al Inventor que lo acompañaba hasta la puertita de alambre. La foto recorrió el mundo: “Actor gay olvida el motivo por el cual se hizo gay”.

Pero había algo que, pese a que me gustaba lo que estaba pasando, me daba miedo: El Inventor, Josué y yo mismo estábamos dejando de ser raros, marginales, y lo peor estábamos dejando de ser perdedores. Pero fue un momento. Un recreo fugaz. El Gordo le había hecho firmar al Inventor (y nos obligó también a firmar a mí y Josué) la exclusividad para la revista. Pero el sinvergüenza había metido en letra chiquita que esa representatividad lo era también para todo tipo de actividad del Inventor y su máquina, con lo cual él daba citas a periódicos extranjeros, armaba visitas guiadas a la casita del árbol, a los patos, publicaba suplementos, convocaba en la revista a un seminario de inventores, en fin, cosas de un Gordo delincuencón.

III

Pero empezaron los problemas. El rol de perdedor no es fácil de cambiar. Ya verán. Una señora se quejó de que los recuerdos que el Inventor le había borrado con la máquina le volvían por la noche en forma de sueños y que el trabajo había sido incompleto ya que debía borrar de la memoria los hechos dolorosos...pero también los sueños de esos hechos. Todo incluido en el precio que había pagado... que, decía, era muy caro. Es que el Gordo aprovechándose de su “exclusividad” había arancelado el borrado de recuerdos dolorosos. Los recuerdos familiares eran uno de los más caros. Otros como el borrado de errores que uno comete cuando es joven y que cambian toda su vida también muy caro. Los olvidos sexuales entraban en dos categorías: hombre o mujer; la mujer pagaba menos. Cortesía del Gordo.

Otra paciente acusó al Inventor de que, efectivamente, había olvidado lo que había venido a olvidar pero que las preguntas del Inventor le hicieron recordar otros acontecimientos de su vida que ya estaban olvidados y que por “remover lo que no tenía que remover” fue peor el remedio que la enfermedad. Hubo dos o tres periodistas que se apostaron las 24 horas delante de la casa del Inventor espíándolo “para descubrir la tramoya de este farsante” decían. Uno de ellos promocionó una denuncia ante el Colegio de Médicos alegando que el Inventor era un curandero. Y así.

Para mejor el tema la máquina de borrar recuerdos dolorosos pasó a los debates televisivos y a las tertulias de la tarde. Se montaron programas y concursos televisivos para saber quién tenía el recuerdo más doloroso. El tema se banalizó hasta en las Universidades: se incorporaron materias acerca de la memoria y el olvido. Y a nosotros, al Inventor, Josué y a mí, empezaron a venirnos los

problemas. Fuimos denunciados por ejercicio ilegal de la medicina. Secuestraron la máquina y detuvieron al Inventor por tres días, salió con una fianza que tuve que pagar yo en la que se me fueron casi todos los honorarios que había cobrado esos meses de vino y rosas.

Poco a poco el Inventor dejaba de interesar. Yo mismo volvía a otros reportajes. Me fui a Brasil dos meses. Lo bueno es que ya tenía firma en los reportajes. Y el Gordo me pagaba el doble que antes.

El Gordo siguió explotando un tiempo su exclusividad. Pero el tema se fue diluyendo hasta casi olvidarse; un día lo acompañamos al Inventor de nuevo a su casa que había sido clausurada durante el juicio. Ya no había gente en la puerta ni custodia. Todos se habían olvidado del Inventor.

Yo también entre mis viajes a Brasil y los nuevos reportajes casi me había olvidado del Inventor, de Josué y de la máquina cuando viene a verme Josué a la pizzería: “El Inventor quiere que vayamos a su casa”. ¡Otra vez el rito! El té, los libros, la visita a la casita del árbol, la música relax, el Inventor que nos toma del brazo y nos lleva a vieja salita donde estaba la máquina de borrar recuerdos dolorosos. Se sienta en el banquillo con la misma pantalla enfrente y el teclado. Aparece en la pantalla un pequeño aparato, muy pequeño, el Inventor acciona el teclado y aparece un rostro, con la lengua afuera. Y en un punto muy pequeño de la lengua un censor que casi no se ve. Me asalta el mismo miedo...y la misma euforia del primer día. Josué está como hipnotizado. El Inventor apaga la pantalla. Se da vuelta lentamente. “Este censor lo coloco en la lengua, lo programo y nos avisa cada vez que hablemos de más o decimos algo inconveniente”. Josué y yo no decimos nada; o mejor: no podemos decir nada. “Se programa el tiempo que queremos hablar (nada, poco y mucho) y los tonos: respetuoso, irónico, crítico, etc. y cuando pasa ese tiempo programado el censor le avisa con un pequeño temblor del labio inferior que

uno está hablando demás o equivocado o fuera de la cuestión”, continúa el Inventor otra vez eufórico, y mirándonos con sus ojos azulados penetrantes.

El Inventor lo agarra del brazo a Josué. Voy saliendo despacito de la casa del Inventor, creo que casi ni se dieron cuenta de que me iba retirando. Antes de salir me doy vuelta y veo al Inventor frente a su pantalla y a Josué sentado en la Máquina con la boca abierta y la lengua afuera.

EL PASAPORTE

“La paz obtenida en la punta de la espada
no es más que una tregua»
(Proudhon)

Jefatura de Policía de la ciudad de Buenos Aires. Diciembre de 1983

—Buenos días, para renovar el pasaporte por favor, ¿en dónde es?

—El último mostrador de la derecha.

—¿Para renovar el pasaporte?

—¿Es éste el pasaporte que quiere renovar?

—Sí, señor. Tome.

—Espere un momento.

El empleado se aleja por una puerta. Las ropas de paisano no alcanzan a disimularle su condición de policía. Tampoco Agustina puede disimular su desagrado por tener que hacer ese trámite en ese lugar que tanto había odiado. Al cabo de unos minutos -que a Agustina se le hacen interminables- el empleado reaparece con su pasaporte en la mano, se detiene un instante, la mira desde lejos y se dirige hacia el piso superior.

—Señorita, pase por acá —le dice, imperativo, el empleado— policía que la había atendido, luego de haberla hecho esperar un buen rato.

—Sí...

Suben las escaleras sin hablarse. Agustina siente que le pesan las piernas. Lo sigue, resignada, a una oficina del primer piso don-

de otro policía, este sí uniformado, la espera. Este es un oficial — piensa Agustina mirando las charreteras del uniformado—, qué carajo pasará.

—Buenos días, señorita. Usted es Agustina Larrañaga, ¿sí? Y éstos son sus datos, lugar de nacimiento y número de documento; y éste es su pasaporte, ¿sí? —le dice el uniformado, todo de corrido, imperativo, mientras le muestra su pasaporte.

—Sí, ésa soy yo —responde ella, con el tono más neutro posible— y esos son mis datos.

—Si es así, señorita, lamento comunicarle que usted no puede renovar este pasaporte, ni hacer ningún otro trámite oficial, ni nada.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —pregunta aturdida.

—Usted está... desaparecida —le dice el oficial mientras le deja el pasaporte y se aleja.

Agustina se recuerda entrando años atrás en el aula donde la esperaba el profesor titular de la cátedra. Eran los tiempos de profesora adjunta de Realidad Económica II, en la Facultad de Economía. Se ríen juntos, con una sonrisa joven, antes de empezar la clase. Los alumnos alborotados, como siempre; se le aparecen de nuevo las paredes de la facultad llenas de carteles y proclamas políticas y sindicales, de reiteradas movilizaciones y de asambleas casi diarias. Y las agrupaciones estudiantiles y políticas, de todo tipo y orientación: Partido Revolucionario de los Trabajadores; Partido del Trabajo y la Revolución; MLNS, Juventud Trabajadora Peronista. El recuerdo le trae algo de nostalgia de aquel tiempo vertiginoso y revolucionario, un tiempo de libertad y amor libre, un amor que ella inauguraba con el profesor titular. El tiempo era un tiempo joven. El futuro les pertenecía, a ellos y a nadie más y estaban seguros de que lo iban a llenar de justicia social, de solidaridad y revolución. Y de hijos si seguían cogiendo como lo hacían. Pero la utopía se topaba con la vida cotidiana. En los bolsillos de su abrigo convivían las proclamas revolucionarias del profesor titular, el comunicado de la agrupación de profesores, a la cual ella pasivamente pertenecía junto con la lista de comestibles que, en la mañana, su madre le había encargado que comprara. Y en otro rincón del bolsillo... la píldora anticonceptiva recién salida a la venta. La *píldora del amor libre* decía la publicidad y ellos asumían la libertad sexual como parte de la libertad política por la cual luchaban. Agustina no era una militante política típica, pero ¿quién lo era? O mejor: ¿quién no lo era entonces? Quizá fueron tres años (o cuatro, no más), de esa vida inquieta y libertaria. Pero, ¡qué tres años maravillosos!, evoca.

De aspecto triste, todo en ella parecía aletargado, un poco distante, salvo su pelo negro y lacio que relucía con el movimiento, y unos pechos quizá demasiado grandes y vivaces para una figura tristonía.

Tal vez fuera esa ilusión de felicidad colectiva lo que le había impedido comprender cabalmente aquello que le dijera, angustiado, el profesor titular esa tarde de invierno de 1975: “La situación empeora cada día”, y le había dicho, además, del “avance de la ultra derecha y de los riesgos cada vez mayores de la represión”.

No entendía; ¿o no quería entender? Y menos quería que terminara tan pronto aquel dulce vértigo. Pero un día el profesor titular dejaba de ir a la cátedra. En su casa tampoco se lo encontraba. Nadie sabía nada de él. Agustina sintió miedo. Y más cuando le llegó aquel papelito arrugado con un mensaje. Era del profesor titular, decía: “Cuidáte mucho, te quiero mucho”, sólo eso. Y por más que lo miraba y volvía obsesivamente sobre el pobre papel no podía arrancarle otra pista que ese: “Cuidáte mucho, te quiero mucho”. ¿Por qué habrá puesto *mucho*?, pensó. Y tuvo un presagio: *Vamos a sufrir mucho*. Sí, concluyó apesadumbrada, eso quería decirle el profesor titular: *Vamos a sufrir mucho*. Y nunca más supo de él.

—Buenos días, señorita, usted es Agustina Larrañaga ¿sí? Y éstos son sus datos, lugar de nacimiento y número de documento; y éste es su pasaporte ¿sí?, dice el uniformado todo de corrido mientras le muestra su pasaporte.

—Sí, ésa soy yo —responde ella en el tono más neutro posible—, y esos son mis datos.

—Si es así, señorita, lamento comunicarle que usted no puede renovar este pasaporte; ni hacer ningún otro trámite oficial; ni nada.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —pregunta aturrida.

—Usted está... desaparecida

—¿Qué..., pero qué disparate dice, oficial?

—Lo que oye, señorita. Acá no tiene nada más que hacer, vaya al Juzgado de turno.

El oficial uniformado y el policía de civil que la había atendido primero se retiran dando por terminada la dura entrevista. Agustina se queda con el pasaporte, que le habían devuelto, en la mano y los mira alejarse, con odio. El uniformado le pasa los papeles con los antecedentes del caso al otro policía: “Quedáte vos con todo esto, Orellana, por las dudas”. Orellana, de vuelta a su mostrador mira de soslayo a la mujer del incidente que se había quedado clavada en el lugar y musita algo. Se miran mal. Orellana siente un cimbronazo en su interior. Los papeles de esa mujer le tiemblan en la mano. No se da cuenta de que los está estrujando.

El sargento 1ro. Orellana estaba orgulloso de su pasado, un pasado violento que había comenzado con el servicio militar en Antofagasta, en el ejército. Recuerda que luego de terminar su servicio militar se quedó enganchado como efectivo: “Total, qué voy a hacer afuera, qué mejor que quedarme aquí, donde tengo algunos amigos y comida segura; total...”, se decía desganado.

Y así formó parte, algunos años, de aquel ejército inflamado de proclamas pseudo nacionalistas y golpes de estado, que Orellana, retacón y simple, no comprendía demasiado. Pasó unos años enganchado en la milicia hasta que, entreverado en el bando perdedor en uno de los periódicos *fragotes* militares de la época, debió abandonar el ejército en el año sesenta y siete. Se pasó unos años vegetando y viviendo de lo que podía. Por aquel tiempo se casó y se divorció, luego de un juicio penal por lesiones calificadas a su mujer.

Con el tiempo recaló en Rosario, donde se encontró con un viejo camarada de Antofagasta quien lo vinculó con un grupo de los que se estaban formando luego del golpe militar de 1976 “para combatir la subversión”, le dijeron; grupos que, aún de manera marginal y clandestina, eran parte del nuevo gobierno militar. *Grupo de tareas*, era el eufemismo que le dijeron que debía decir. Eran todos como él y eso lo ponía contento: retirados o expulsados de las fuerzas militares, confidentes de los servicios de inteligencia y aventureros varios. Tenían algo de disciplina militar, mucha violencia y sobre todo amaban la acción.

Evoca con orgullo el día en que los componentes de ese grupo, sus compañeros de célula, se juramentaron secreto y hermandad. La ceremonia conmovió a Orellana quien se sintió, desde entonces, miembro de una secta religiosa, o de una organización secreta o algo

así, pero, de “altos fines patrióticos”, como finalizaba la arenga un comisario retirado que ejercía de jefe. Tenían armas de todos los calibres. La casona desde donde operaban era un aquelarre de gente que entraba y salía a cualquier hora y donde los prisioneros se mezclaban con televisores, lavarropas, heladeras, y toda cosa de valor que encontraban en las casas de las que secuestraban gente. Sus jefes y compañeros hablaban todo el tiempo de sus enemigos: los *bolches* (por bolcheviques), los *montos* (por Montoneros), los *zurdos* (por izquierdistas, comunistas, trozkistas, sacerdotes del tercer mundo, sociólogos y psicólogos) y también esos *judíos de mierda* “Pará viejo, yo conozco a un judío, el rusito Moisés, que es mi amigo de chico y no tiene nada que ver con esos *judíos de mierda* que dicen ustedes”, se animó un día Orellana. Orellana no entendía demasiado de política ni le preocupaba entender; a él le gustaba la acción, salir armado a cualquier hora (“y a los pedos”, decía) con un Ford Falcon.

Al fin tenía casa y amigos; y era importante. Hasta la vieja casona de las afueras de Rosario le parecía familiar; y el nombre que le habían puesto con sus compinches (*El Suspiro*), le sonaba gracioso y jodón: “Acá todos suspiran, ¡jál, que *piola* está el nombre”, vociferaba. Sentía que estaba peleando por algo, aunque no supiera bien qué era. Él, que siempre había tomado vino blanco, y con soda, se había pasado al whisky, “para no desentonar con los jefes”. Su formidable fuerza física, los días sin dormir, de patear puertas, de entrar por ventanas y comer siempre pizza y beber mucho whisky lo potenciaban, lo hacían sentir vivo y poderoso. Gozaba con el miedo de las víctimas. Por primera vez lo respetaban, (“¡que me respeten, qué carajo!”), se entusiasmaba). No tenía un lugar destacado en el grupo —su carácter hosco y hermético lo predisponían para un segundo plano—, pero su fuerza física y la entrega en la acción, le habían dado una cierta consideración en la célula. “No debe quedar ni rastro de éstos”, era la consigna. Y arrasaban con todo lo que iban a buscar: hombres, mujeres y niños, televisores (“lo primero que hay que llevarse, los televisores”, le habían dicho), radios, camas; todo lo arrasaban.

Apretando todavía el pasaporte, Agustina rememora que, después del golpe militar de 1976, ya no sólo había perdido su cátedra, sino que los interrogatorios a que la sometía periódicamente el coronel interventor de la Facultad indagando sobre su ideología, su familia y, sobre todo, de su relación con el profesor titular de Realidad Económica II, la habían instalado en el terror.

Su militancia política había sido de superficie, tangencial, casi una consecuencia de la relación afectiva y profesional con el profesor titular; y por eso tenía poco o nada que contar en esos brutales interrogatorios. Pero se sentía acusada, sospechada y aterrada. El último interrogatorio había sido el más violento. Los golpes en el vientre le dolieron toda la noche. Me voy del país, se dijo. “Andate del país”, le dijeron. Se fue hacia Brasil, cruzando por uno de los tantos pasos fronterizos, mitad a pie y mitad en bote y ayudada por una tía que vivía en la zona. Nunca olvidaría esa salida nocturna, subrepticia, casi delincuencia:

Nochebuena, diez de la noche, es el 24 de diciembre de 1976 en Clorinda, Formosa. En el bote va mi tía, mi inolvidable tía Porota que quizá se está jugando más por su hermano menor, mi padre, que por mí, pero se está arriesgando la tranquilidad, la libertad y algo más. Y el botero, que rema delicadamente, parado en el bote, un botero que cruza dos o tres veces al día hacia Paraguay llevando y trayendo personas o paquetes que envían de un lado para otro las familias que viven en ambos lados de la frontera, y de paso llevan también algún contrabando menor que comparten con los guardias de la garita gris que un poco avanzada en el agua se ve a unos cien metros de donde están cruzando, en la parte donde más se angosta el río. El bote se

bambolea levemente. El botero va en silencio, parece adivinar que esa noche la Porota, su amiga, lleva algo más valioso que un lechón adobado. Soy yo, la única hija de su hermano menor “que se metió en un lío”. No hacen falta muchas más explicaciones. “Ahora agáchese, señorita”, dice el botero al tiempo de remar. Me agacho y el botero me pone una lona encima. “A dónde vas a esta hora, vos”, le grita el suboficial de guardia de la Prefectura desde la garita, cuando el bote se acerca a un vado. “Me voy con la Porota a comer un lechón enfrente”, grita el botero levantando la bandeja con el lechón adobado. No respiro. Se hace un silencio. Un silencio que puede volcarse para cualquier lado. Un silencio que lo aterroriza a uno, y a cualquiera que vaya debajo de una lona y escapando a través de una frontera en Nochebuena con solo el ruido del remo entrando rítmicamente en el agua. Como si cada remada coincidiera con cada latido del corazón de uno. “Traete un cuarto trasero y los riñones cuando volvés”, le grita el guardia a modo de autorización para seguir. “A qué hora volvés”, “A las doce y media”, contesta el botero. Y si no hay lechón adobado habrá algo de dinero para el guardia, el dinero que mandó a la tía mi padre. El remo sigue paleando el agua. En un momento deja de oírse el chapoteo; solo el silencio. El bote sigue avanzando un trecho, resbalando en el agua hasta que choca suavemente con la tierra. “Bajemos”, dice el botero mientras me saca la lona. Me acarician la cara unos sauces llorones, como despidiéndome. Salto a tierra ayudada por el botero y mi tía que son baqueanos en el río. No puedo detener un sollozo. Mi tía me abraza mientras le paga al botero.

A los pocos meses la despachaban para Holanda, ayudada por una organización de amnistía internacional con estatus de refugiada política.

Agustina hablaba inglés, lo que le hizo menos duro el transplante. Pero, como a tantos otros la desazón y el desconcierto

le marcaron los primeros tiempos del exilio. No entendía todavía qué había pasado, ni el cómo ni el porqué. Si parecía que la utopía estaba tan cerca. Ignoraba que esos miles de jóvenes iban hacia “un lugar que no existe”. Se despertaba, muchas mañanas, angustiada, sin saber dónde se encontraba; tardaba un rato en reconocer los objetos que la rodeaban, objetos que le eran extraños. Como quien se despierta en un hotel. De golpe lo había perdido todo: su casa, su madre, sus plantas, su cátedra; y al profesor titular, a quién ni siquiera podía imaginarlo muerto. ¡Desaparecido! Y ahora en este país cordial pero extraño, extranjero, frío por fuera y por dentro. Ni siquiera escribir a los suyos podía; sabía que los ponía en peligro. Quiso evitar el *ghetto* de los refugiados políticos latinoamericanos asistiendo diariamente a los cursos gratuitos de idioma que daba el municipio; pero fue inútil; al poco tiempo terminó reuniéndose con uruguayos, chilenos, y por supuesto argentinos. Recuerda con cariño a los pocos amigos holandeses; algunos intentaron relacionarse con ella pero su ánimo no aguantaba más que para una o dos salidas que terminaban, inexorablemente, con los holandeses borrachos, hablando de los pechos de Agustina y con ella cada vez más sola.

Orellana estaba desorientado cuando, a mediados de 1983, debió dejar *El Suspiro* y meterse en una pensión de la calle Cochabamba de la Capital Federal, acatando la orden del jefe del grupo de tareas de disolver (“momentáneamente”, les había mentido su jefe) la célula. “Qué mierda pasará ahora”, se preguntaba, deambulando, en aquellos días preelectorales del retorno de la democracia; días plenos de actos callejeros, pintadas en las paredes y políticos que lo aturdían a toda hora anunciando *el fin de la dictadura militar*. Le pagaban regularmente los sueldos. Pero eso no lo resarcía de la bronca que sentía contra “toda esa politiquería de mierda”. Al poco tiempo recibía una notita que venía en el sobre con su sueldo: *Presentarse a partir de la fecha a prestar servicios en el Departamento Central de Policía, Documentación personal, órdenes Comisario Trillini*. Su nueva tarea, visado de datos para la renovación de pasaportes, era burocrática pero, al menos, ponía a Orellana otra vez en contacto con una fuerza de seguridad.

Agustina sentía que cuando volviera al país, luego de casi ocho años de exilio, debía empezar una vida nueva o, al menos, distinta de la que tantas veces imaginó en las tardes frías de Holanda. Y estaba dispuesta, si ésa era la condición para no terminar en un nuevo exilio. Tengo que ser más simple y *bancarme* lo que venga, aprender muchas cosas desde cero, se consolaba en el vuelo de Lufthansa hacia Buenos Aires. Lo primero: poner orden en mis papeles, se dijo (casi no tenía documentos), si quiero retomar mi cátedra.

Poco o nada encontró de los viejos compañeros y amigos de la facultad. Casi nada de la vieja efervescencia juvenil, de las movilizaciones masivas, de aquellas ganas de años atrás. Se sentía una extraña, casi como cuando llegó exiliada a Holanda. Le sorprendía que en tan pocos meses de democracia hubiera acaecido el milagro de la reconciliación de los viejos enemigos. Esa Jefatura de Policía donde estaba ahora, por caso, antes tan repudiada por todos los que, como ella, veían allí un reducto de la represión y la tortura. Y ahora le parecía, mientras hacía la fila, como que todos fingían una habitualidad democrática, de ex perseguidos y perseguidores, algo así como: *aquí no ha pasado nada*; cuando ella sabía que sí había pasado; ¡y mucho!

—Buenos días, señorita, usted es Agustina Larrañaga ¿sí? Y éstos son sus datos, lugar de nacimiento y número de documento; y éste es su pasaporte ¿sí?, dice el uniformado todo de corrido mientras le muestra su pasaporte.

—Sí, ésa soy yo —responde ella en el tono más neutro posible—, y esos son mis datos.

—Si es así, señorita, lamento comunicarle que usted no puede renovar este pasaporte; ni hacer ningún otro trámite oficial, ni nada.

—Por qué? ¿Qué pasa? —pregunta aturdida.

—Usted está... desaparecida

—¿Qué..., pero qué disparate dice, oficial?

—Lo que oye, señorita. Acá no tiene nada más que hacer, vaya al Juzgado de turno

—Fui al Juzgado de turno antes de venir aquí, o cree que soy boluda.

—Y...

—Dicen que usted está obligado a renovarme el pasaporte.

—Yo no le renuevo nada, porque usted figura en nuestros archivos como le dije ¿o es que no me entiende?; en los registros nuestros usted está **desaparecida**, señorita, **d e s a p a r e c i d a** —deletrea en voz alta el oficial.

—Ustedes son siempre iguales, la misma mierda —dice Agustina a los gritos—; y no van a cambiar más. No tienen arreglo. La misma mierda de siempre.

—Estos son lo que se hacían pasar por desaparecidos y se daban la gran vida en el exterior mientras nosotros nos rompíamos el culo para arreglar este país —dice el oficial uniformado también a los gritos y dirigiéndose a unos silentes y momificados testigos que hacían la fila para sus trámites. Y que miraban para otro lado.

Orellana siente un golpe en su interior al conjuro de esa palabra, temida y odiada: *desaparecida*. Él sabe que no hay desaparecidos, lo sabía personalmente. “Desaparecida”, “no dejen rastros”, “muerte”, asocia y recuerda Orellana al escuchar el final del violento diálogo entre su jefe y la señorita del pasaporte.

Va al baño, transpirando, y apenas si puede contener el vómito. Abre el agua para que caiga bien fuerte y pone la cabeza debajo de la canilla un buen rato; no para de repetir: “hija de puta”, “hija de puta”, “desaparecida de mierda”. No quiere mirarse en el espejo. Espera para salir a que se le seque un poco la ropa. Luego se queda sentado en su escritorio y aguarda la salida de todos sus compañeros. El oficial se había retirado antes, molesto por el incidente con la mujer. Busca el legajo de la mujer: “Agustina Larrañaga, argentina, docente, 38 años, domiciliada actualmente en White 62, Banfield...”, y no se interesa por otra cosa más que por el sello de tinta azul que cruza, bien grande, la parte de arriba del legajo: DESAPARECIDA. Y otra vez no puede contener el rosario de palabras encadenadas: “hija de puta”, “desaparecida de mierda”.

Luego de un fugaz paso por su casa, Orellana sube al tren de las 19 y 45 hacia Banfield, ubica la casa y espera, con los viejos reflejos del seguimiento de la presa. Vuelve al otro día; y al otro.

Agustina siente que la están siguiendo; lo siente en el aire y en la piel, con el antiguo instinto de la perseguida. No quiere quebrarse, pero le viene repetida a la boca un lamento: “Es todo al pedo, en este país siempre será lo mismo”, resume pensando en el profesor titular y aquel pobre papelito arrugado: “Agustina, cuidáte mucho”. Y murmura, sin darse cuenta: “Sufriremos mucho”.

Orellana sabe que está jugado, le había llegado el momento del derrumbe cuando menos lo esperaba; su pobre orden interior se le deshilachaba a la primera de cambio. Debía volver atrás y lo asumía.

Agustina no quería retroceder, aunque cada uno, a su modo, estaba preso de aquel antiguo tiempo del horror que les había llevado el alma. El resto, apenas si había sido un simulacro del olvido.

Epílogo: Leo en el diario Clarín del día de la fecha: “El sargento 1ro. del Ejército (RE) Luis Orellana, a quien las organizaciones de derechos humanos sindicaron en su oportunidad como vinculado a la represión ilegal en Rosario, fue encontrado muerto en su habitación de la calle Cochabamba de esta capital, quitándose la vida por medio de su arma reglamentaria la cual fue hallada a su lado. El arma presentaba signos de haber sido disparada recientemente en cuatro oportunidades, constituyendo un enigma para los investigadores, ya que la muerte de Orellana fue producida por un solo proyectil cuya cápsula fue hallada al lado del cuerpo inerte. Se está investigando contra qué o contra quién fueron disparados los proyectiles restantes”.

Parte de esta historia es real y fue contada al autor por una exiliada de vuelta al país. El resto y el final son (afortunadamente) ficción (N. del A.)

PALOMAS EN LA PLAZA

Al padre de José Celaya Mas

Caminar, caminar sin parar ni mirar, me dijeron esta mañana en la oficina de las Madres. No me sueltes, Rosita, por favor, a ver si todavía me caigo aquí, en medio de la plaza frente a estos asesinos... ay cómo nos miran, con qué odio, y esas armas... ay Señor, por qué me enviaste esto. Caminar, caminar, sin parar ni mirar; y con lo que me duelen los pies. Al fin terminamos la ronda por hoy. Me siento un ratito.

—Oíme, Rosita, qué ómnibus tomás para tu casa.

—El 86, Juana, me deja en la esquina de casa, da un poco de vueltas pero me deja en la esquina.

—Qué lástima, Rosita, que no vamos juntas, yo debo tomar el 28, me voy a la casa de mi hija. Oíme, Rosita, el pañuelo lo sigo teniendo en la cabeza o me lo saco.

—No, dejálo alrededor del cuello, así, así, al menos si ven el pañuelo blanco no nos matarán tan fácilmente. Bueno, Juana, me voy; hasta el jueves.

—Hasta el jueves, Rosita, cuidáte.

LA FAMILIA TIPO

Carlitos es un cuidador de autos de mi zona, flaco, casi alto, de cara angulosa y una comisura de labios finos apretada hacia arriba lo cual suele dar una falsa imagen de contento permanente.

Cuando lo conocí vestía decorosamente pese a la precariedad de sus ropas; era atento con los vecinos del centro de ese barrio residencial de las afueras de Buenos Aires en donde ejercía el único trabajo que había conseguido en esos años difíciles: cuidar los autos de la cuadra y lavarlos si el propietario se lo pedía. Tenía la liviana cortesía que dan y reciben cotidianamente esa variedad de prestadores de pequeños servicios como el vendedor ambulante de café (hincha fanático de Colegiales) o la florista gorda que legalizaba su presencia en la calle principal en un tira y afloje diario con los inspectores municipales. La fauna de la cotidianeidad. El saludo diario, una conversación a ninguna parte, un comentario sobre fútbol, una pregunta genérica sobre la familia, en suma, encuentros afectuosos y breves destinados a no pasar de allí.

A Carlitos se lo veía entusiasmado con su trabajo. Y también con su familia. Una familia tipo, diríamos: un padre, una madre, una niña, un niño. Vivía, de años, en una casita sencilla pero digna, que le alquilaba a un gallego y pagaba como podía, aunque pagaba; un alquiler irrisorio amparado por las viejas leyes de protección al inquilino que venían prorrogándose desde la época de Perón. Tenía una esposa menuda, un poco encorvada, aunque de ojos y movimientos vivaces. Completaba la familia tipo un casal

integrado por un chico varón de aproximadamente doce años y una chica un par de años mayor que su hermano. La madre solía traerlos al caer la tarde y juntos esperaban la salida de los últimos autos que cuidaba el padre para volverse, cariñosamente unidos, a la casita alquilada.

Siempre me ha conmovido ver cómo la familia, cualquier familia, aún las más expuestas, se aferran a esos retazos de normalidad que da la vida cotidiana. Y más las familias tipo...

Sin embargo, pasado un tiempo, Carlitos empezó a verse desmejorado y dio comienzo otra historia; las ropas humildes ya no estaban limpias, la cara más oscurecida, el gesto duro. Me contó que lo habían desalojado. Un nuevo gobierno había derogado las leyes de protección y que el coruñés le había sacado la casita ("con la policía," me dijo), y que no tenía adonde ir con su familia. Y que el dinero de las propinas no le alcanzaba para nada, menos para pagar otro alquiler. Estaba angustiado. Quizá la casita donde había vivido tanto tiempo con su familia había sido el pivote que sostenía al grupo y ellos no lo hubieran sabido. Como fuera, la realidad le demostraba lo vulnerable que era. Un viento fuerte, una zozobra y el andamiaje cotidiano se va al traste. Pocas cosas debe haber tan desesperantes para un padre cuando esa misma realidad le hace saber, implacable, que no puede dar a los suyos las cosas más elementales. Pero la angustia de los marginales es una especie de *crónica de una muerte anunciada*, como si estuvieran esperando que les pasara algo malo: "Vieron que yo sabía, que es todo al pedo"; y nácate, un ginebrazo.

La cortesía diaria se fue esfumando: cada encuentro en la calle -ahora su lugar de vida y trabajo- era un seguro pedido de dinero mientras deambulaba entre el alcohol y la nada.

Al tiempo de dormir en cualquier lado, con su familia tipo a cuestas me cuenta que se había construido una casucha de chapas y maderas en una zona aislada junto a las aguas del río y junto a

otras aguas; no me lo dijo pero yo sabía que eran aguas servidas de podredumbre y desperdicios. Yo conocía la zona.

La pobreza digna de los primeros tiempos, fue reemplazada por la marginalidad; y por los efectos de las bebidas de todo tipo. Se le acentuaron el encorvamiento y la mugre; la comisura de los labios era ahora una mueca que se le estiraba según la graduación alcohólica del día. Pasados unos meses lo sacaron de la calle principal y lo mandaron a cuidar autos a otra calle, lateral y menos importante pero cerca de los Tribunales, donde obligadamente debía pasar yo todos los días.

Pero en esta historia, quizá no demasiado original, empezaron a producirse algunos hechos que despertaron mi curiosidad y me intrigaban cada mañana que pasaba por allí. El hecho nuevo era que la esposa y el hijo varón, que había crecido desmesuradamente en poco tiempo, y se asemejaba a una foca rubia, le hacían guardia a Carlitos, lo controlaban con un pretendido disimulo. La situación era grotesca. A fin de evitar que se bebiere las propinas habían decidido hacerle guardia corta. Apenas Carlitos cobraba unas monedas se le venían encima, la madre (también ya deteriorada y sucia) y el grandulón, tratando de quitárselas. Discutían, peleaban, se cacheteaban, volvían a discutir, se reían; todo en secuencias sucesivas. Los tres estaban alejados de todo: eran un sistema enigmáticamente cerrado. Control, escamoteo de algunas monedas para el vino, grandote palmoteando a la madre, decadencia...infortunio. Cuando Carlitos no resistía más al vino se quedaba tirado en la vereda y la esposa y la foca corrían entusiasmados a pedir ellos las monedas a los dueños de los coches. El espectáculo era tan irreal, tan extraño, que no podía sustraerme; me atraía y los miraba, por supuesto que haciendo como que no los veía. Por el *mangazo*.

Mi curiosidad por esta nueva situación de la familia tipo fue cambiando hacia un extraño temor. Había algo en la historia que no me gustaba. ¿Qué era? ¿Acaso la rotura de aquella imagen fa-

miliar que yo había seguido paso a paso, en esos años de crisis económica y cuyas primeras víctimas suelen ser estos *carlitos*?, me preguntaba; ¿las humillaciones y la destrucción de la vida cotidiana estarían también contenidas en las estadísticas del organismo oficial? Si la familia tipo (según esas prolijas y estúpidas estadísticas) estaba formada por un padre y una madre y dos hijos de distinto sexo, pues bien, esto era una familia tipo. Pero yo sabía que no, que no lo eran; había sido un testigo calificado de la destrucción, de la decadencia y de la íntima desintegración del grupo familiar. Pero no. No era eso lo que me intrigaba. Demasiado intelectual, me dije. Entonces, ¿qué era?

Una tarde nuevamente los había visto a los tres luego de terminar el trabajo del día, trabajo conjunto podría decirse, ya que ahora uno cuidaba autos y los otros dos lo cuidaban a él para que no se emborrachase; rumbeaban para la casilla del río y no pude evitar el seguirlos unas cuadras. Me daba un poco de vergüenza reconocerlo, pero me atraían. La madre, ya jorobada y andrajosa, comía un gran pedazo de pan por la calle y la foca fronteriza del hijo varón le pedía convite aleteando torpemente los brazos. Carlitos ajeno a todo, oscilaba, notoriamente alcoholizado.

Mientras los seguía a distancia me di cuenta de la pieza que me faltaba, y me justifiqué interiormente por haber prestado atención a un asunto que en apariencia no lo merecía. La historia social de la familia tipo dejaba paso a la historia individual. No sé si mi profesión de abogado criminalista me habrá predisposto a investigar. Lo cierto es que, por fin, llegué a la conclusión de qué era lo que se escondía en ese sistema tripartito y marginal: ¡faltaba la chical! Hace casi un año que no la veo, pensé convulsionado. Y recordé, con mayor precisión, que no la veía desde el traslado de Carlitos a la calle lateral. ¡Éstos la mataron o la tienen encerrada en la casilla del río o algo malo le han hecho!, concluí sin dudar.

Me vino la imagen de la niña cuando la conocí, casi adolescente y me la imaginaba queriendo entremezclarse en la vida como

cualquier chica de esa edad: pintarse los labios, preguntar, prepararse para ser grande, y no podía dejar de pensar en que algo desagradable le había pasado. A lo mejor la tienen en un colegio, internada, trataba de consolarme, posibilidad rápidamente desechada. No, están demasiado hechos mierda como para hacer algo coherente. Y concluía, excitado: Hay que pensar desde la ruindad para acertar con lo que pasó; la tienen encerrada, encerrada en la casilla del río... capaz que le hacen ejercer la prostitución... y cuando pensaba en el destino de la adolescente, me daba cuenta de que todos los finales eran posibles con esta gente.

La decisión estaba tomada. Como las decisiones de cada una de nuestras pobres vidas, ésta también nacía del instinto, de la corazonada y, en mi caso, quizá de una deformación profesional que me había acostumbrado a mezclar la vida cotidiana con el delito. A veces me atravesaba un rayito de racionalidad que me sugería no seguir adelante: ¿Por qué no cambiás de calle para venir a Tribunales y no los ves más, y te dejás de joder?, propuesta que era rápidamente desechada desde las profundidades.

Debía disimular mis intenciones de averiguar el destino de la chica. Algunas veces demoraba mi entrada a los Tribunales para iniciar una pequeña conversación con Carlitos, siempre vigilado por los deformes, y ya no me importaba que él se aprovechara para pedirme cualquier cosa desde cigarrillos hasta un nuevo permiso municipal de cuidacoches. Estaba decidido a soportarlo todo (vahos alcohólicos, rodeos, caricias a la foca juguetona), todo en función de la determinación tomada, una de las más claras y precisas que había tomado en los últimos años. Y que me hacía sentir vivo.

A veces hacía como que compraba masas para mí y los convidaba. Era repulsivo ver como se arremolinaban ante el paquete abierto de masas.

¡Ir a la casilla del río!, ahí estaba la clave. Me conmovía el sólo pensar en esa casilla. La imaginaba en el único y sórdido lugar

que este idiota pudo conseguir, alejada de todo. Yo conozco la zona; por allí estaba el caño de desagües cloacales, cruzando la vía muerta del ferrocarril que Frondizi había clausurado cuando era Presidente, en 1958, y desde entonces todo aquello había quedado abandonado, rodeado de juncos y suciedad.

Las dos veces que, al pasar, les había preguntado si la chica se quedaba en casa, sentí que los tres se apretujaban en una complicidad irracional que sólo había visto antes en los cirujas que comparten un puente o en los animales cuando se les amenaza con sacarles la comida; lo que aumentaba más aún mi intriga. Y, quizá, la certeza del desenlace terrible de la chica.

Recuerdo que inventé cualquier pretexto (“les tengo que llevar algunas ropas”, les dije) para ir a la casilla de una vez y terminar con esta historia. Tiene que ser un sábado a la tarde que ellos no cuidan autos, pensé. “Quiero que estén todos”, les remarqué. El primer sábado que convinimos fue postergado por Carlitos alegando no sé qué cosa, y así el segundo y el tercero. Empezaba a confirmarse mi presagio. El cuarto sábado, hoy, era el indicado. Decidí ir solo y de improviso. No tenía más sentido avisarle a Carlitos de mi visita.

La casilla de chapas, cartones y maderas cruzadas tiene un aspecto peor del que yo había imaginado, aunque el lugar, sí, es tan sórdido como lo había intuido: mugre y olor por todos lados. Me extraña mucho no ver perros ni gatos por las inmediaciones. Sólo silencio y mal olor, y el ruido del agua chapoteando en los juncos con la marea alta del río.

Estaciono el auto, bordeo la vía abandonada y me les presento de golpe, avanzando hacia el desenlace. Los apuro, en tono desembozado y agrio, a que digan donde está la chica. Carlitos se bambolea, en borrachera permanente pero más oscuro que de costumbre. Balbucea algo que nunca terminé de entender, una especie de mensaje ininteligible. Quiere decir algo más pero se le inclina la cabeza sobre el pecho por la borrachera. Su mujer sigue

comiendo pedazos de pan viejo, y a su lado el grandulón que me mira fijo y extrañamente inmóvil por primera vez desde que lo conocí. Les ordeno caminar. Los voy cercando hacia la orilla de la lagunita que se había formado con las aguas servidas y las crecidas del río. Los tres están de espaldas oteando fijamente la lagunita podrida, sin mirarme y sin contestarme. Siento que nos acercamos al final. Les hablo a los gritos exigiendo una respuesta. Yo estoy de espaldas a la casilla. De golpe se dan vuelta los tres, extrañamente calmos, y se aprestan a darme la respuesta. Por primera vez en años los miro a los ojos y veo odio, mucho odio; me entra miedo, pero ya es tarde. Siento un golpe seco, quemante, sorpresivo, arriba de la cintura, y se me mezclan el odio de esos ojos marginales, el miedo y un vacío que empieza en el costado derecho de la espalda y me afloja las piernas. Sé que llegué al final cuando el gusto a podrido y el olor fétido se me meten en la boca y me hundo sin remedio y sin fuerzas en el charco.

Con el último esfuerzo puedo ver a la familia tipo, que tanto busqué reunir, otra vez juntos. A Carlitos, que sonreía estúpida-mente, a su mujer comiendo pan de nuevo, despreocupada, y al fronterizo cargoseando de nuevo a la madre. Y a la chica con grandes ojos desorbitados, desgredada y sucia, con un enorme cuchillo ensangrentado en la mano.

OTRAS VIDAS

Esto del doble siempre me ha perturbado. Basta con pasar por un barrio desconocido de la gran ciudad donde vivo, mirar un pequeño piso de altos, con un balcón sucio y una ropa tendida, un almacén enfrente y un bar abajo, para invadirme una curiosidad insistente sobre quién viviría allí. En las cuadras siguientes -es frecuente que esto me ocurra cuando voy en auto- empiezan a fundirse en mi interior la imagen del ocupante imaginario de aquella casa con mi propia persona. Y sigo imaginando: otros amigos, otra familia, o quizá ninguna familia, un hombre solo. O mejor aún: yo con otra familia, yo en otra casa, o yo solo. Y el uso del tiempo: ¿como sería? Y el trabajo: ¿dónde trabajaría?

Me vienen a la memoria algunos cuentos de Borges o Cortázar, que fantasearon bastante con esto del doble y ya no veo el color de los semáforos ni quién está a mi lado. Por unos minutos soy ese otro y me invade una inquietud placentera y desdoblada. Pero quiero aclarar que no pienso en un otro-otro, ni tampoco en mí pero en una vida distinta. No. ¡Soy por un momento éste y el otro! O, quizá, una sola alma en dos lugares a la vez. ¿Un tiempo contemporáneo para los dos? ¿Que no puede ser? Pruebe usted a pasar con su auto por un barrio en el cual nunca imaginó vivir. Tiene que ser, eso sí, no demasiado marginal, simplemente pobre. Ubique luego una ventana pequeña de un primer piso, con un balconcito de hierro un poco oxidado, y unas ropas tendidas. Imagínesse ahora subiendo las escaleras de hierro (con algún es-

calón semihundido), fumando un cigarrillo negro (fuerte), y con un diario popular bajo el brazo; y después me cuenta.

“Papá, la Mary me pegóoo”. “Te pasaste un semáforo rojo, estúpido”, presumo que son reclamos que vienen dirigidos a mí desde el interior del coche.

Y empiezo a leer tranquilamente un diario popular mientras fumo mi primer cigarrillo negro de la mañana sentado en un balconcito con vistas a mi viejo barrio. Veo abajo un auto que pasa lentamente llevando una familia. El hombre que conduce mira insistentemente hacia arriba. ¿Qué buscará?

LOS MELLIZOS CILDÁÑEZ

A Pichón y Niza

Dicen que aquel día don Juan Cildáñez, mi tío, entró al hospital “San José” de Pergamino y que, antes de ver a su esposa, enfiló hacia la sala de los recién nacidos. Sabía, por su cuñada, que habían sido mellizos varones. Contaba mi madre la impresión que tuvo al verlos, una impresión que ya no lo abandonaría por el resto de su vida: no podía distinguirse el uno del otro.

El primer problema de don Juan con los mellizos fue el nombre. Estaba decidido -por Don Juan naturalmente- que si era varón llevaría su nombre, pero ahora ante esto, rezongaba: “!no les puedo poner Juan a los dos, *che!*”. Salió del paso llamándolos Juan y Juancito luego de una violenta discusión con el encargado del Registro Civil, el *Coco* Pérez, su compañero de trucos y tutes cabreros en el bar del vasco Gonzaga, pero que se le había puesto en legalista objetando el nombre de Juancito. «Bueno, acabála de una vez, carajo», dicen que le gritó feo don Juan mostrando con disimulo el facón con mango de hueso blanco que siempre llevaba envainado y cruzado en la cintura dentro de una faja negra de tela ancha que usaba en lugar de cinturón y que deja, a propósito, el cabo del cuchillo un poco al aire. A los pocos minutos salía don Juan del Registro Civil con los documentos de los chicos rumbo al asado (“que este infeliz del *Coco* casi me hace pasar”), donde lo esperaban sus compañeros de trabajo *hombreabores* de bolsas, como él, en la playa de cargas del ferrocarril Belgrano.

Los mellizos crecieron plenos de situaciones inesperadas. Yo fui con ellos al colegio primario, un par de grados abajo, por mi menor edad. Y era su primo preferido; al que protegían; muchas veces con prepotencia precoz. Yo les admiraba la habilidad que tenían para sacar ventaja de la confusión de sus identidades. Y ellos sabían de mi admiración. Jugaban con su paralelismo engañando a maestros y celadores tanto para justificar ausencias a clase como para dar lecciones uno por el otro. Lecciones que ambos odiaban por igual. En la adolescencia el salir ambos con una misma chica era sólo cuestión de que se lo propusieran. Gozaban la confusión con desenfado y exacerbaban la natural curiosidad de ellas. Se ayudaban mucho y aprendieron a evitar la competencia fraterna, no tanto por complejos mecanismos psicológicos sino por la apreciación directa e inmediata de la utilidad que les significaba lo doble. La fusión mutua les iba generando, inadvertidamente, una tercera identidad: los mellizos. Eran *Juan y Juancito*, y también -y fundamentalmente- *los mellizos Cidáñez*. Los vi perder gradualmente el yo individual, y veo ahora, después de lo que les pasó, cómo se sometieron mansamente a ese sino.

Muchos de mi familia dijeron que la puerta de entrada de ellos al mundo del delito fue el traslado de la familia desde nuestra pequeña ciudad hacia Buenos Aires, más precisamente al barrio de Palermo bohemio y tanguero, sus pizzerías y *piringudines* abiertos toda la noche; aquel barrio cercano al hipódromo donde los cuidadores sacaban a los caballitos a pasear por las calles a la mañana temprano y a la tardecita. Puede ser. O, pudo ser, como suelen justificarse los familiares de la oveja perdida, que fuera por las “malas compañías”. Lo cierto es que por entonces los dejé de ver; ahora vivíamos en ciudades distintas.

De aquella primera época delictual se los recuerda vinculados al proxenetismo, a la explotación del juego clandestino y un acercamiento fugaz a las primeras drogas que circulaban por la gran ciudad. Sin embargo, recelaban de las drogas y el tiempo les dio

la razón; como se verá. Tampoco les gustaba mucho *ir de caño*, como le decían en su jerga al robo a mano armada. Preferían los delitos que exigían ingenio e impostura. Disfrutaban del ardid. De la maniobra que deja a la víctima inerte y a disposición del estafador. Eran estafadores natos. Y también ladrones.

El parecido era su fuerte, aunque, en ocasiones difíciles, sabían ser simpáticos y desenfadados: “Pero José, si vos arreglaste ese pago con mi hermano Juancito, te confundís, José, acordáte de cómo estaba vestido; era él...mi hermano...no yo; pero quedáte tranquilo José que te lo busco a ese *turro* y lo obligo a *garparte* lo que te debe”. A esa altura el pobre José -como tantos otros timados por los mellizos- estaba harto del embrollo y lo único que quería era poner distancia con esa pesadilla doble.

Don Juan, el padre de los mellizos, ya se había jubilado, por una gestión (una *gauchada*) que le habían hecho los compañeros del nuevo Sindicato de los Estibadores; y vivía solo en una casita de las afueras de Buenos Aires; no sabía demasiado de las andanzas de los mellizos y tampoco querría saber. Lo cierto es que no lo molestaban demasiado, salvo cuando lo llamaron para interceder ante el abogado que había defendido a Juan por una causa de contrabando y al cual no le habían pagado sus honorarios abusando, una vez más, de la confusión de identidades. Y allí iba don Juan a dar fe de una identidad que ya ni él podía descifrar.

O aquella otra vez, cuando llevaron a la casa del padre unos fajos de dinero de un *trabajo*, cuidadosamente envuelto en papel de diarios y lo pusieron en el congelador de la heladera eléctrica, recién comprada por don Juan, previo arrancarle un juramento (“por la madre muerta”, le pidieron) que comprometía al padre a no sacar cubitos ni abrir la cubetera de hielo hasta que ellos volvieran a sacar el paquete. Justo a don Juan le pedían ese sacrificio, que se enloquecía en verano por tomar vino blanco con hielo y limón, y mojarse el cuello con los cubitos en esas tardes de silla afuera y camiseta. “Pero todo sea por los mellizos”, se consolaba

mirando la heladerita cerrada durante los tres meses de verano que estuvo la plata en el congelador.

El apogeo de la fama llegó para los mellizos con un hecho insólito, que fue comentado por todo el ambiente y hasta publicado en las páginas policiales de los grandes diarios nacionales. Confieso que cuando vi la noticia en los diarios me vino un poco de aquel viejo orgullo que sentía en el *cole* por la audacia de mis primos. Antes quiero aclarar que estoy rememorando una época en la que aún había lugar para el asombro. Una delincuencia que se enfrentaba casi cuerpo a cuerpo con la policía, sin la intermediación de contadores, abogados, secretarías bilingües o telex al exterior de la delincuencia globalizada de hoy en día. ¿Es que hablo bien de unos *chorros* porque eran mis primos? No. Hablo mal de los delincuentes de hoy día, que no es igual. Y hablo como abogado penalista. Que lo soy. El de hoy es delito sin riesgo, sin astucia y sin sorpresa. Casi con el resultado puesto... Como en las carreras de caballos amañadas.

Uno de los hechos más comentados en el ambiente ocurrió así: Juancito Cildañez fue tentado por un viejo proxeneta amigo suyo para robar juntos un almacén mayorista de la calle Juan B. Justo. Debían quedarse escondidos en uno de los grandes galpones del depósito el sábado a la nochecita, cuando cerraban el negocio, y salir el domingo a la mañana con el botín. Al otro día, como lo habían planeado, saltan una pared pequeña, cargando con la plata (había bastante, era la recaudación de la semana) y la mercadería embolsada (jamones, quesos, frutas secas) y, ya en la calle y con las bolsas, se encuentran con centenares de policías. ¿Qué había pasado? Que el domingo elegido para salir con el botín era la conmemoración del día del policía y la ancha avenida donde estaba el almacén mayorista, era la del desfile de los uniformados. ¿Qué iban a saber ellos de ese día del policía! La detención de ambos delincuentes casi formó parte de los festejos policiales.

Por primera vez en tantos años de correrías se ve enfrentado Juancito a la posibilidad de una larga condena por robo, de cua-

tro a ocho años de prisión. Le aterraba la posibilidad cierta de un largo encierro de días iguales y monótonos. “Y todo esto por este *cafishio* de mierda”, se quejaba mirando al viejo proxeneta mientras se paseaba por el pabellón de la cárcel como un gorrión enjaulado.

Decidió llamar a su hermano Juan, a quién hacía tiempo no veía; su hermano se había establecido en Rosario explotando el juego clandestino y allá era un *señor*; un *señor delincuente*, por supuesto. Hacía tiempo que la forma de encarar el delito los separaba. Juan se había decantado por una delincuencia más sofisticada: el juego clandestino y el soborno político y policial.

Sin embargo, Juancito planificó muy bien la visita de su hermano. Y *lo otro*. Aunque hay quienes dicen que todo fue idea de su hermano, especialista en fugas. Hablando de fugas: todavía se recuerda cuando usaron un camión cisterna -vacío- y luego de un robo en Junín se largan a la ruta que va a Buenos Aires y con la policía tocándole los talones pero...desaparecieron, ¡se los tragó la tierra!, dijeron, asombrados, los policías. Ocurrió que el auto en que escapaban con el botín fue subido al camión cisterna por una plataforma que bajaba del camión vacío. Los policías se volvieron locos buscando el auto donde se fugaban. Sólo un camión cisterna por las intermediaciones. Así era Juan.

En el penal donde estaba Juancito los días jueves eran los días de visita a los reclusos. Decenas de familiares, abogados y amigos de los reclusos se juntaban en el penal ese día. El primer jueves, desde que se maquinara el plan, trajeron a una prostituta de “visita” a Juancito. Los carceleros amigos disfrutaron mucho, todo a costa de Juancito, de esa rubia presencia. El segundo jueves pidió (pedir es una forma de decir, en realidad *untó* al guardia de turno) uno de los pocos locutorios reservados para los encuentros. “Me vienen a ver la prostituta del otro día con un amigo”, les había dicho. Mientras los carceleros se divertían con la prostituta Juan se encerró con su “*amigo*” en el reservado, quién había llegado con

un impecable abrigo azul, traje gris de franela, con chaleco, y un sombrero aludo que le tapaba parcialmente la cara. “Un hombre importante, el amigo de Juancito” habrán pensado los guardias. La entrevista en el reservado no duró más de quince o veinte minutos. Cuando los últimos abogados y familiares y niños de los presos se fueron retirando, uno de los guardias encontró al recluso Juancito Cildañez -que no lo era- atado y amordazado en el reservado. El mellizo Juan, declara al juez de turno (que se había constituido urgente en el lugar) que su hermano, el recluso, aprovechó su visita para amenazarlo con un cuchillo y obligarlo a cambiarse las ropas. Le dijo también que su hermano, el ex preso, estaba desesperado porque el padre de ambos estaba muy grave y quería verlo antes de que se muriera. Nadie creyó en eso. Un escrito presentado el mismo día solicita la excarcelación de Juan imputado de un delito menor: colaboración en fuga. Juan sale de la cárcel acompañado por los aplausos y gritos de los presos. Eso sí que lo vi personalmente. Yo había ido a buscar a Juan a la cárcel. A la distancia, sí, creo que toda la planificación fue de Juan.

Juan se vuelve a Rosario. Hacía tiempo que los mellizos no congeniaban en su modo de actuar. Juan estaba para cosas grandes, delitos y *trabajos* bien planificados. Juancito se cortaba solo en compañía de delincuentes de vuelo bajo. Pero ese servicio era el último que le prestaría, hacía rato que no quería saber nada más de su hermano.

Juancito se quedó en el centro de Buenos Aires y se metió otra vez en el negocio de las drogas, negocio que había conocido en sus inicios delincuenciales. No estaba cómodo en esto de las drogas pero ya era demasiado tarde para volver atrás. Esos tipos de la droga movían sumas fabulosas con mucha facilidad; y también mataban con la misma facilidad. Empezó a sentir en falta a su hermano mellizo, su verdadero amuleto, su bastón de apoyo. Como si le faltara una parte de su cuerpo. Y de cerebro.

Para peor le *mejicana* un cargamento de drogas a un francés acriollado, un tal Benedicte, un tipo desalmado e implacable que, según las mentas, había narcotraficado en Marsella de donde tuvo que emigrar por una muerte. Juancito no tuvo idea de lo que le había rapiñado al francés hasta que le pagaron por la mercancía robada una suma fabulosa, en dólares, dólares que son cambiados rápidamente por Juancito. Se lamentaba por no poder disfrutar tal cantidad de plata. Estaba acosado por el francés. Cambios de hoteles, pensiones, lugares y fondas donde comer, se transformaron en la rutina de Juancito. Los mensajes de los viejos amigos no eran alentadores: “Pero, que hacés acá, *rajá* que te matan, boludo”; “Sos *boleta*, Juancito”. ¿Qué hacer? Devolver la plata no podía, la había gastado casi toda, *la merca* menos. Lo querían a él, con estos de la droga no se jode: “De vez en cuando hay que darle una *salsa* bien grande a uno de estos hijos de puta, para que escarmienten los demás”, era el lema elemental y efectivo de esta gente.

Juan, Juan me tiene que salvar, hacemos la *engañifa* otra vez y cuando pase el tiempo se arregla todo, como siempre, pensó ingenuamente Juancito. Don Juan Cildañez, mi tío, oía muy poco pero la sordera no le impidió esa mañana oír a Juancito que lo llamaba desesperado, preguntándole por su hermano Juan: “Pero cómo no vas a saber nada de él, papá, ¿dónde se metió este boludo”, “¿No andaba por Rosario?”, “Si, anda por Rosario”, alcanza a balbucear el viejo antes de que se cortara la comunicación. Al otro día, lo mismo. Y al otro. Juancito buscaba desesperadamente la dirección de su hermano. Al final toma una determinación extrema: abandona el escondite seguro de los últimos meses y se larga a Rosario. Tiene que encontrar a su hermano. Mientras viaja en el tren a Rosario se juramenta no alejarse más de su hermano, mientras recuerda las andanzas que habían hecho juntos, disfrutando de lo doble. Para él ahora lo doble es la vida. El francés lo sigue a Rosario. Mucho le han hablado al traficante de la habilidad de los mellizos Cildañez y sabe que otro engaño de Juancito,

otra jugarreta, lo dejaría en el ambiente en un ridículo definitivo. “A mí no me van a *jodeg* esos dos *hicos* de puta”.

Recuerdo que me llamó mi madre de urgencia, “tenés que acompañar al tío Juan, me parece que pasó algo jodido”; recuerdo que estoy entrando con mi tío Juan en la morgue de Rosario; y recuerdo que mi tío Juan no pudo reconocer cuál de los dos cadáveres era Juan y cuál era Juancito.

Hombreadores de bolsas: antiguos trabajadores a destajo que subían o bajaban a hombro mercadería de los trenes de carga.

Ir de caño: robo a mano armada.

Gauchada: favor o servicio por amistad.

Junar: Mirar, conocer.

Tordo: juego de palabras por: doctor.

Garpar: pagar.

Trabajo: dicho por robo u otro hecho ilícito.

Chorros: ladrón, malhechor.

Untar: dar dinero para comprar el silencio o voluntad de una persona, coima, soborno.

Mejicanear: robar alguna mercadería robada.

Mishidadura: Pobreza, indigencia, miseria.

Rajar: huir, correr.

Boleta, hacer la: matar, derrotar.

Merca: por mercadería, droga.

Engañifa: Engaño con ardid.

Cafishio, cafiolo: rufián, proxeneta, explotador de mujeres.

Piringundín: lugar de baile de gente baja, de dudosa moralidad.

Turro: mal amigo, granuja, maligno.

Gauchada: hacer un servicio, favor ocasional.

Salsa: castigo, paliza, zurra.

ONCE O NADA

—Está bien, vení, pero acordáte que no tenés que preguntarle mucho sobre aquello que pasó...

—Está bien, Pedro, quedáte tranquilo. Te voy a hacer quedar bien con tu amigo el *crack*. Mejor dicho, el *excrack*, o mejor aún, *el que nunca llegó a crack*.

—No jodás, yo sé porqué te lo digo; no le gusta mucho hablar de ese asunto.

Dejamos atrás la avenida Richieri y enfilamos hacia Fiorito. Casas pequeñas, bajas, con las persianas cerradas; todas cayendo a pique sobre la vereda. Algunas, las más modernas, con un jardin-cito adelante. Pero a todas las casas, viejas o nuevas, la inseguridad les había hecho aislarse de sus vecinos. Rejas, rejas, y alambres por todos lados; donde antes era como un hogar continuado y solidario (“Josefa, tenés una cebolla”, “te cuido los nenes”) ahora todo vallado. Desconfiado.

Estaba recorriendo *el barrio*, el hábitat natural de la especie más preciada y exportable de los últimos tiempos argentinos: el jugador de fútbol. Pasamos por un potrero y me digo mentalmente: “¿Acá habrá jugado Diego cuando era chico?”. Mejor no hacerle más preguntas a Pedro que me hizo *pata* para esta entrevista. “No lo jodás demasiado con eso del fracaso —me había recomendado— y con tus ironías sobre el triunfo y el fracaso, ¿cómo decís vos del triunfo y el fracaso: ¿esos dos estafadores? “El éxito y el fracaso, esos dos impostores, trátalos siempre como se merecen” ...Kipling”, lo corrijo sin estar muy seguro del autor de

la frase. “Bueno, te lo digo una vez más, no te hagás el intelectual con él, vos también fuiste jugador de fútbol, está bien que en la época del pedo, pero jugaste y sabés que por un *cachito* así de suerte la podés embocar o te vas al carajo, lo sabés, así que no te pongás en periodista incivi... (“incisivo”, le ayudo), eso, en boludo, no te pongás en boludo con mi amigo”.

Yo le había pedido verlo. Había sido el jugador de fútbol más prometedor de los últimos años. Lo sabían los que frecuentaban el ambiente de las divisiones inferiores, aquellos que se ven los partidos de tercera, de cuarta de quinta, de sexta. Diego apuntaba para crack. “Vení el sábado a ver un pibe de las inferiores de Argentino que la rompe”, era la consigna que se pasaban de boca en boca los delegados y “ojeadores” que van buscar futuros craks a los barrios (Pedro era uno de esos “ojeadores” cuando lo conoció al excrack). Y parece que había sido así nomás: de pibe, este que íbamos a ver, jugaba como los dioses al fútbol.

Llegamos a la Sociedad de Fomento de Villa Concepción, en Fiorito; bajamos; el pobre Pedro me hace la última recomendación: “no jodás con hacerte el intelectual”. No, yo no era un intelectual, era un ex—jugador de fútbol que se había metido a periodista y ahora estaba en un momento de su vida en que se le habían ido las certezas; eran todas dudas; de una duda saltaba a otra, de una *rama—duda a otra rama—duda*, como los pajaritos; sí, eso era yo en el fondo y quizá nunca había sido otra cosa: un pajarito en un jasmín del aire. Todo aire. Dos cosas me salvaban de un naufragio total: un cierto sentido irónico de la vida y la posibilidad de mandarlo todo a la mierda e irme a Brasil cuando se me antojara, como ya lo había hecho otras veces. Y esa libertad con ironía (¿o era la ironía lo que me daba libertad?) me acarrea-ba grandes enemigos —como el gordo chanta del jefe de redacción de la revista, que me temía, o mejor: temía a cualquiera que pudiera hacerle sombra— pero me procuraba también grandes amigos como este Pedro que iba a mi lado y que respetaba mis

peroratas teóricas y mi libertad. Y era un buen amigo. Mío y de quién íbamos a ver.

Sí, ese tipo (ya un poco gordo) debía de haber sido extraordinario cuando joven, pensé mientras mirábamos el partido de siete contra siete en la canchita de la sociedad de Fomento. Daba gusto verlo jugar, con el pecho paradito, las manos acompañando a la zurda (como acompañan las manos del director de orquesta a la varita así acompañaba éste a su pierna izquierda). Ella era la reina. Todo el ser: los pulmones, los ojos, el pie derecho, todos acompañando a la reina, su zurda. Sí, eso era este pobre tipo a quién yo iba a entrevistar para la revista “Voces”; un ejemplo de lo que pudo ser y no fue, como tantos otros que estuvieron allí, al borde de la gloria y no pasaron del umbral. Algunos quizá ni siquiera se animaron a tocar el timbre. Me interesaba el tema; ya tenía el reportaje de un cantor de tangos que se quedó afónico, de un jockey bulímico y de un tipo que había sido figura en la política en los 70, que estaba para presidente de la Nación y luego desapareció de la escena, como los otros dos; y ahora éste gordito, el que me faltaba para cerrar el artículo de “Promesas incumplidas” y entregarlo al imbécil del jefe de redacción y cobrar e irme a Brasil.

Yo sabía de fútbol; sabía verlo, lo había mamado de chico. Tenía razón Pedro. ¡Lo que habría jugado este tipo de joven! Me felicité de haber aceptado la invitación de Pedro para verlo jugar antes del asado que íbamos a comer en la casa del tipo. Pero ahora dudaba un poco si seguir con el reportaje o no; para no herirlo inútilmente, ¿no? Si le pregunto por qué no había llegado a triunfar en primera división estaba aceptando tácitamente que el tipo era un fracasado. Y quién era yo para decir qué es el triunfo y qué el fracaso. Y si esa vida que ahora llevaba en su casa humilde de Fiorito con su esposa (que conoció en el barrio cuando ambos eran adolescentes), y que se había construido en el fondo de la casa paterna; o ese taxi que trabajaba a medias con su hermano Toto, o esos picados de fútbol en la Sociedad de Fomento, con

asado después; o esos viajes a Olavarría a cazar perdices con sus amigos; ¿y si toda esa vida simple y cotidiana fuera el triunfo y la otra, la vida que, la que no fue, la del éxito y el dinero y la fama, hubiera sido la del fracaso? Otra vez las dudas, pero ya no tengo tiempo para pensar en las bifurcaciones de la vida.

—¿Así que vos sos el periodista amigo de Pedro? —me dice Diego mientras comemos el asado bajo un parral en el patio mitad de tierra y mitad de ladrillos que separa la casa de los padres de la suya —en el fondo— donde vive con su mujer y sus dos hijas.

—Sí, y te quería ver...

—Sí, ya sé para que me querías ver. Me lo dijo Pedro.

—Espero que no te enojés si te hago algunas preguntas.

—Dale boludo, si vos sabés lo que es el *fulbo*, vos también jugaste. Pero... ¿no comés achuras?, probálas, me las trae el *carniza* de la esquina, era hincha mío en Argentino.

—No gracias, Diego, decíme una cosa: que pasó que no seguiste en primera cuando todo pintaba para que te vayas para arriba.

—La cosa fue así: en la temporada de 1983 me subieron a primera y jugué los últimos cinco partidos del campeonato. Jugaba de diez que había sido mi puesto en todas las divisiones inferiores. Y metí cinco goles, cinco goles en cinco partidos. Me hicieron bambolla y la cosa venía bien. Fijáte...vieja...traé los recortes —le pide a la madre.

Doña Dominga trae una carpeta de recortes: “Divisiones inferiores de lujo con Diego M. a la cabeza”, “Las promesas del fútbol” (con una foto de Diego a todo color en “El Gráfico”), “Asoma un crack en Argentino” (Noticias Gráficas).

—Y, ¿qué pasó después?

—Bueno, ese campeonato terminó y después hubo un receso no sé si por *quilombo* político en el país o por qué historia, la cosa es que estuvimos parados cuatro meses. En ese tiempo hubo elecciones en el club y cambió el *presi*, que era amigo mío y de

mi familia, y el nuevo presidente cambió al técnico de la primera. Vino la *chancha* González de técnico...y ese me cagó la vida.

Se hace un silencio en la mesa. El padre de Diego mira para abajo moviendo la cabeza, Pedro me mira a mí. Diego continúa:

—Empezamos los entrenamientos de la pretemporada lo más bien. Yo ya entrenaba con la primera y eso que tenía edad de quinta. Me hicieron un contrato, eso lo arregló el viejo y, como te digo, venía todo fenómeno. Los hinchas estaban conmigo, bueno conmigo y otros dos pibes más que habíamos subido a la primera. Estaban con nosotros. Pero este hijo de puta de la *chancha* se había emperado en cambiarme de puesto.

—¿Y eso?

—Claro, él había traído de diez al *pescado* Anzegui uno que había jugado en un montón de clubes de primera y que ya estaba en las últimas pero que al técnico le servía para enfriar y *mañerear* los partidos. Entonces me llama antes del primer partido y me dice: “pibe vas a jugar de once con el *pescado* al lado que te va a ayudar, para que no te *quemés*, sabés”. “Pero, *profe* —nosotros le decíamos *profe* a todos aunque éste, en el *cole*, había repetido hasta el recreo— pero *profe*, le digo, cómo quiere que juegue de once si yo fui diez toda la vida”. Y el tipo se *chivó*: “Once o nada”, me apuró.

—¿Y qué hiciste?

—Jugar de once, de wing izquierdo, ¿qué querías que hiciera? A mí no me gustaba vos sabés que para jugar de wing hay que jugar bien abierto contra la raya, hay que tener velocidad, ser medio loco, qué sé yo, o no te acordás de los *wines*: Lostau, Corbata, Bernao, Houseman, todos medio *rayados*, geniales pero *rayados*; hay que ser especial para jugar ahí. No es como ahora que vos te podés ir al medio, antes tenías que jugar contra la raya y con el marcador que te respiraba en la nuca y el dos que te cruzaba si gambeteabas al cuatro. Bueno, el primer partido jugamos contra Rosario. Jugué todo el partido. Empatamos cero a cero. El segundo partido ya me sacó faltando media hora. Y el tercer partido salí

en el banco. Para mejor el *pescado* tiraba los penales, era vivo, jugaba para la tribuna y metió dos o tres penales, así que imagínate.

—Pero, no le pudiste decir al técnico que tu puesto era de diez— le pregunto.

—No podías hablar con el tipo. Siempre lo mismo: “Once o nada”. Y no se hablaba más. Para mejor en el tercer partido me barren el pie de apoyo, la derecha, y me hacen un esquinque de ligamentos. Dos meses parado. Yo tengo tendencia a engordar, así que imagináte, en un puesto que no era el mío y fuera de peso y de fútbol. Yo necesito jugar seguido y en la cancha necesito espacio, si me encerrás contra la raya yo doy la mitad (habla en presente). Y después seguí así, desanimado, hasta que terminó el campeonato. Después me hinché las pelotas de la *chancha*, del *pescado*, del club y de todo y me fuí a jugar a Olavarría; me pagaban bien. Me iba los domingos trempanitos con el taxi y ganaba unos buenos *mangos* y en la semana me prendía en los partidos en la Sociedad de Fomento que vos conociste.

—Pero Diego, vos ya eras un *crack* cuando eras pibe, te hubieras ido a otro club— le digo.

—No, el club me ponía trabas y yo ya estaba hinchado las pelotas. Me fui a jugar a Olavarría y la pasé bárbaro. Salimos campeones dos o tres veces, me regalaban lechones, pollos, embutidos, ¡contále viejo cómo nos atendían!

—Sí —dice el padre—, unos tipos de primera.

Era un cuadro de gente sencilla comiendo un asado en un patio de suburbio. Resignados y en silencio creo que todos, incluso yo, empezamos a soñar; es más, me pareció ver los sueños: Diego soñaba que ganaba un mundial de fútbol con la camiseta argentina y que hacía el gol más hermoso de la historia del fútbol. El padre soñaba que viajaba por el mundo, se veía en los mejores hoteles y orgulloso de su hijo el *crack*, reconocido en todo el mundo. Pedro soñaba que era el amigo y representante del *crack* y que lo acompañaba vestido con un extraño tapado de armiño blanco

(me sorprende esta parte exhibicionista de Pedro), haciéndole los contratos en los grandes equipos de Europa donde jugaba Diego. Y yo soñaba que les rompía la cara a la *chancha* González, al presidente del club y al *pescado* Anzegui. Por romper tantos *sueños del pibe*.

El sueño compartido duró hasta que llegó un taxi. Era *el Toto*, el hermano del *crack*, bah, del que pudo ser *el crack*:

—Dále, Diego, te toca a vos el turno. Metéle, agarrá el taxi que en Constitución hay un montón de pasajeros para levantar, me parece que hay huelga de ómnibus.

MINUTOS DE LA VIDA

Buenos Aires, bar de la calle Arroyo y Suipacha, 14 Hs.

—Dos cafés, por favor. ¿Usted que toma don Isaías?

—Otro café.

—Pero papá, no hace falta que entres con nosotros en la embajada, si con *Fede* nos arreglamos.

—No, yo vengo con ustedes, te acompaño a hacer el trámite del pasaporte y de paso saludo a mi amigo Simón que hace tiempo que no lo veo; desde el iom kipur. ¿Sabías que todos los años nos vemos con Simón y otros amigos para el año nuevo judío.

—Ya nos dijeron que hoy terminamos los trámites y la semana que viene nos dan los pasaportes. ¡Y en dos meses estamos en tu tierra, papá! ¿Te dijo algo mamá? Nos hablaron los chicos que están allá y parece que ya nos consiguieron casa. Eso sí, tenemos que ir casados.

—¿Qué tomás, Marcos?

—Una coca—cola y traéme un triple de Jamón y queso, José.

—Y mí un cortado, José.

—Qué laburo hay en la embajada. Todos se quieren ir, que barbaridad ¿no? Hoy despaché como veinte pasaportes nuevos. ¿Contra quién jugamos el domingo?

—Contra Lutetia, son buenos.

—¿Jugamos en Hacoaj?

—Sí, somos locales nosotros. Espero que el profe arme bien el equipo esta vez. El otro domingo nos comimos cuatro.

—Termino el sándwich y volvemos que el Cónsul va a tirarnos la bronca.

—Hola, sí, te escucho bien ahora, te estoy hablando desde la calle...pero papá no me cuesta nada, si tengo que pasar frente a la embajada, donde está el negocio que vende esos aparatos de ortopedia espectaculares...sí ya sé cómo los querés, lo compro y te lo regalo por tu cumple. Voy para allá.

**Buenos Aires, calle Arroyo, frente a la embajada de Israel
14,30 horas.**

—Sos, cabeza dura papá. ¿por qué no te volvés?

No, entremos.

—Che, se nos fue la mano con el café, entremos que se nos hizo tarde. ¡Mirá la gente que hay esperando!

—Hola papa, ya estoy en el negocio de enfrente a la embajada, ¿el aparato se llama, Octroplasmón?, sí bueno lo compro y voy para allá. Corto, chau.

**Homenaje a quienes soñaban con la vida minutos antes
del atentado terrorista que destruyó la embajada de Israel en
la Argentina el 17 de marzo de 1992 a las 14,45 horas con 29
muertos.**

EL NEGRO CASTAÑARES

El negro Castañares era el capitán del primer equipo de Tráficos de Pergamino (el nombre del club fue ocurrencia de aquellos ferroviarios ingleses fundadores de ese y tantos otros equipos de fútbol de principios de siglo: Racing Club, Douglas Haig, Trafico's Olds Boys, River Plate, Olds boys; y así).

Yo, junto con otros tres pibes (el Pirincho García, el lechón Saldías, y el inolvidable Pomelo) podíamos ascender a jugar en primera ese año. Teníamos entre 15 y 17 años y veníamos pidiendo pista desde las inferiores del club. Y qué mejor que probarnos (para ver cómo nos integrábamos al primer equipo) que aquel famoso *campeonato relámpago* de verano que se hacía en el pueblo de Cepeda, a unos 60 kilómetros de Pergamino. ¡Nos íbamos a mezclar en la primera división con el nuestros admirados Tachuela Cirielli, Fernando Díaz! Y con el Negro Castañares, el gran capitán. ¡Mi Dios!, si parecía el sueño del pibe. Aunque después nos faltase, en caso de triunfar, el salto al fútbol de Buenos Aires, pero ¿qué importaba? -el mundo, todo el mundo- era para nosotros nuestra pequeña ciudad. Íbamos a jugar en primera; aunque más no fuera en ese campeonato que empezaba y terminaba en el día luego de jugar -si ganabas todos- tres partidos. El Negro Castañares era *full back*, bah, ahora le dicen defensa central, pero para nosotros era el *full back*. El pivote de la defensa y te diría más, ese tipo de líder que se hace respetar dentro y fuera de la cancha. Castañares era alto, atlético, lustroso, de pelo ondulado también

negro; un negro pintón y elegante.

Dicen que por defender nuestra incorporación a la primera discutió feo con algunos de sus compañeros y un par de directivos. Pero impuso su criterio y jugaríamos de titulares.

Ese día de un febrero caluroso salimos de Pergamino temprano. Nosotros íbamos en el camión del padre del lechón Saldías, y atrás con la chatita que usaba para trabajar iban el Negro, su esposa Romilda, y los chicos. Romilda (la Romi para nosotros) nos lavaba las camisetas, nos mandaba mate cocido y pancitos para los entrenamientos, una buenaza; como él; los tres varones del Negro tenían entre 10 años, el mayor y el más chiquito cuatro. En el viaje nos hacían señas y morisquetas (nosotros íbamos atrás en la caja descubierta del camión). Cuando llegamos a Cepeda el Negro acomodó a su familia al lado de la cancha (acordáte que esas canchas no tenían tribuna apenas si un alambre bajito para que la pelota no se vaya muy lejos), debajo de los árboles junto a una parrilla; *la Romi* bajó de todo: comida, mate, empanadas y el carbón y la carne para el asado. “Yo hago el asado Negro, no te preocupés, vos andá y jugá”, le dijo y lo despidió con un beso para la cancha.

Empezamos bien. Ganamos el primer partido 4 a 2. Yo hice mi primer gol con la primera de Tráfico's. El Negro hizo uno de tiro libre. Y ganamos también el segundo partido. El tercero (la final) se nos puso difícil, estábamos cansados. Fuimos a los penales. Yo tiraba el primero. El segundo lo pateaba mi amigo y compañero de ala izquierda desde la sexta división, el lechón Saldías, que los pateaba fuerte y arriba, era zurdo neto, así que imagináte, rompía la red. El último era para el Negro. No fallaba nunca, los tiraba raso, bajito y al palo. Parecía como que mordía la pelota con la parte de adentro del botín derecho. Y podía cambiar de palo sobre la marcha, un segundo antes de entrarle a la pelota. Tres penales por equipo y si había empate otra ronda de tres. Esa era la regla del torneo.

Parecía que todo iría bien, pero había un detalle... cuando terminamos el último partido eran las cuatro de la tarde y la Romilda ya no sabía cómo parar a los chicos, tenían hambre, sed, corrían, se peleaban, se metían en la cancha. El referí había tenido que parar el partido a los diez minutos porque uno de ellos se había quedado colgado de la rama de un árbol. Nada grave pero estuvimos diez minutos parados los dos equipos y el referí y todos mirando como en Negro recomponía el entuerto familiar. Cuando terminó el partido rogábamos para que la Romi los tuviera a los indios un ratito más hasta que tiráramos los penales de nuestra primera gran final.

Yo tiro el primero, el arquero se pone del medio para su derecha, o sea a mi izquierda, seguro que me había visto tirar antes y sabía que los tiraba mejor hacia el lado que ahora este desgraciado me cubría. No tengo más remedio que tirarlo al otro lado, pensé. Pum, me sale un tiro alto y casi al ángulo. A cobrar. Ellos meten también, ¡qué bien le pegan los rosarinos a la pelota! El lechón mete el segundo penal. Pero ellos también. 2 a 2. Viene el Negro, el negro no falla pensamos todos. Camina hacia el punto del penal. Pone la pelota despacito; siempre la misma ceremonia. Mira al arquero a los ojos, como desafiándolo, vos sabés que muchos jugadores no quieren mirar al arquero antes de patear los penales, por cábala y para que el arquero no adivine hacia dónde lo va a tirar, ¿sabías?, bueno el Negro los miraba a los ojos antes de acomodar la pelota, casi cuando se agachaba y seguía mirando al arquero cuando retrocedía cinco pasos luego de acomodar delicadamente la pelota. El referí da la orden. Toma carrera, inclina el cuerpo (nosotros sabíamos que cuando él inclinaba el cuerpo lo tiraba a su derecha y en cambio cuando iba derechito a la pelota le pegaba fuerte y cruzado), y cuando ya tenía el pie en el aire, torcidito para darle con suavidad hacia el palo derecho, se oye un grito enorme:

-¡Negrooo, vení rápido por favor, que el nene se quemó de

nuevo!- era la Romi a grito pelado y a grito asustado y que ni se había fijado qué pasaba en la cancha; el del medio que lloraba y los otros dos peleándose. Un caos familiar.

Ya en carrera el Negro que quiere mirar hacia la Romi y entre sus dos amores (la pelota o la Romi) va triunfando ella y la cabeza y los ojos y la voluntad del Negro que se dividen justo cuando está llegando el pié a la bola. La pelota sale mordida, con vergüenza, como diciéndole “negro, vos no me podés hacer esto”, ni chicha ni limonada, y casi a saltitos inofensivos llega sin fuerza a las manos de ese arquero rosarino que era el Chucho Carmo- na, que había jugado en Ñuls. El gran capitán que se va despacio y avergonzado hacia donde está la Romi, le da un coscorrón al travieso, ¡que no fue nada, carajo, para qué gritás, mirá lo que me hiciste hacer!, y se sienta al lado del asado, mirando hacia abajo, con las manos agarrándose las rodillas. A esperar el milagro. Si ellos erraran el último penal por ahí ganamos en la otra tanda, pensamos todos. Pero no, no lo fallan y ellos saltan y se abrazan y no te diría que nos cargan, pero casi. Se llevan una copa como de un metro y medio de grande. Dicen que era de plata, yo no lo creo.

Hoy, treinta años después, cierro los ojos y me veo en un atardecer de ese domingo polvoriento volviendo a Pergamino apoyado en la baranda del camión y atrás viene la chatita del Negro Castañares. La veo a la Romi dormida con los tres diablitos también dormidos, y al Negro que cada tanto mira para los costados del camino y se seca los ojos.

(Parte de esto es ficción. Lo cierto es que el Negro Castañares fue el gran capitán del primer equipo que ganó varios campeonatos seguidos. Con varios chicos en el primer equipo).

EL PRIMER DÍA DE TRABAJO

Estaba todo dispuesto. Entonces se miraron. Piadosamente. Fueron segundos que fueron siglos. Y entonces se repartieron las tareas.

UNO estaría en el sol y en las estrellas, en cada brote y en cada pájaro, en el viento, en la lluvia y en el amanecer de cada día; y en el misterio de la vida y la muerte.

Y el OTRO estaría en aquellos que han hambre y sed de justicia

Y en cada hombre justo y manso

Y en cada pobre de espíritu

Y en cada enfermo que necesite consuelo

Y en cada dolor

Y en cada caricia a un niño que a él vaya.

Y cuando estuvo todo acordado le preguntó: ¿y el espíritu santo?

Y el UNO respondió: Estará siempre con nosotros. Fluirá con el sol y las estrellas y estará en cada brote nuevo

Y en los pájaros libres y en el viento y la lluvia y en cada amanecer, y andará también en los viejos y en los niños; y allí donde esté el Espíritu Santo estaremos nosotros dos. Y donde estamos nosotros también estará el Espíritu Santo.

Y así empezaron la tarea de salvación.

En aquel lugar se acordó la salvación del hombre.

No se repartieron el mundo, se repartieron las tareas angélicas

en el mundo. Alguien las tenía que hacer; del resto, de mantenerlos ocupados a los tres al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo nos ocuparíamos nosotros, los hombres.

No sabes las ganas que tengo de verte!
Aquí estoy varado, sin plata y sin fe...
¡Quién sabe una noche me encane la muerte
y, chau Buenos Aires, no te vuelva a ver!
(Anclao en París – Tango)

PEDACITOS DEL ALMA

El hombre juntó los pedacitos de alma que había ido encontrando todos esos días, los envolvió con cuidado y empezó a irse. Miró el televisor. Ya tenía el alma que había venido a buscar; o gran parte de ella. Fue trabajoso encontrar los pedazos sueltos, pensó. Él, al principio, cuando volvió a su país natal creyó que el alma, que se le había desacomodado y que había venido a buscar, estaría toda entera en algún lugar. Pero no, no la encontró toda entera y una. Se le habían quedado colgados trozos en dónde había transcurrido su vida hasta que ya maduro decidió irse del país, hacía unos cinco años. Ese desasosiego, esa intranquilidad que lo invadía en su nuevo país en los momentos y en los lugares más diversos. y cada vez más seguido; o esa nostalgia irrefrenable por el tiempo ido. Sí, seguro, pensó, se me fue alma del cuerpo. Como decían los viejos. El cuerpo estaba allá pero el alma se le había quedado aquí. Seguro, se repitió. Y se vino a buscarla.

La fue encontrando en algunas viejas calles y lugares que tanto había trajinado. Una difusa nostalgia lo envolvía cuando visitaba esos viejos sitios. Y no le desagradaba. Al contrario, pensó, la nostalgia es agríndice. El hallazgo de trozos de su alma le era

anunciado por una leve y aérea vibración, como un temblequito interno en la parte de adelante del pecho, casi llegando al corazón. Entre el ombligo y el esternón, para ser más precisos. La primera vez que sintió esa vibración, vibración alímica podría decirse, fue en el viejo Palermo del Puente Pacífico; recorriendo las viejas calles empedradas ubicó la vieja casa de los tíos y la panadería de la esquina. Empezó a oler el aire con cierto disimulo. Recordó el aroma a pan recién salido del horno. Y el aroma le trajo los recuerdos. En bandada. La mayoría se habían quedado sepultados. Seguro que por aquí hay un trozo, pensó. Otra vez fue en las aguas del río, en Vicente López, adonde iba con sus compañeros/as, aunque recuerda mejor a las compañeras, ¡cuánta testosterona adolescente, mi Dios! en aquellos días inolvidables en que se saltaban las clases de matemáticas. Y también encontró un trozo en La Lucila cuando se lo encontró a Hugo, el pescador amigo de su juventud, casi un personaje de novela, y charlando sin tiempo recordaron cómo era La Lucila hacía veinte años, y recordaron también a amigos que ya no estaban. Otro día fue hasta la estación del tren que tomaba todos los días para ir a la facultad. ¡Seguro!: allí se le había quedado colgado otro trozo. Se vio envuelto en un recuerdo de saco azul y pantalón gris, de primer año de facultad. Dejó pasar varios trenes sentado en el banco. Recordando. En fin, que así y de a poco, fue recuperando el alma. O partes olvidadas, por mejor decir.

A la nohecita, luego de esas excursiones, volvía a la casa materna con el cachito de alma encontrado, envuelto amorosamente en un papel; luego lo ponía en una mesa de madera de caoba negra, arriba de una gran felpa que había sido de su madre muerta y agregaba día a día el cachito encontrado. Como un rompecabezas la iba armando. Primero imitó la forma de un corazón, luego la de una flor, al fin decidió arrimar sin orden cada trocito nuevo que había encontrado y así dejaba que la forma se hiciera sola porque, se preguntaba, ¿qué forma tiene el alma? No es fácil

armarla. Cuando hubo juntado varios trozos y ya tuvo lo que parecía ser, si no toda al menos una parte importante de su vieja alma porteña, dio por concluida la tarea. Me vuelvo, se dijo, tengo que empezar a trabajar. Ya habría tiempo para ordenarla y pegarla bien cuando llegara a España.

Sintió que cumplida la tarea de recomposición alímica debía partir. Pero el alma, aun incompleta y desordenada, le jugó un último pase. Esa desgraciada media alma reconstituida le confirmaba que ya no volvería más a su tierra cuando, antes de apagar el televisor vio que estaban pasando el partido por las semifinales del mundial de fútbol sub 20 entre España y la Argentina, y se encontró, casi sin darse cuenta, haciendo fuerza por España. ¡Quería que ganara España! ¡Pero vos estás loca!, le recriminó al paquetito. Era demasiado. ¿Era demasiado? No, murmuró, ya nada es demasiado ni demasiado poco, es lo que es. Y no hay más, se dijo, recordando una precisión en el lenguaje que estaba, entre otras cosas, extrañando. Pusó la alarma en la vieja casona (“últimamente hay muchos robos”, le había dicho Alisa su vecina). Cerró con tres vueltas de llave. Y se fue con el paquetito del alma bajo el brazo. Dicen que lloró.

ÍNDICE:

CUYANITO SOY SEÑORES	9
EL EXORCISMO DE VAN GOGH.....	13
VODKA RUSO	25
EL CONTADOR DE FINALES	29
UN PARTIDO INOLVIDABLE	37
EL DUELO. PERON VS TONY BLAIR	41
UN CAMELLO EN EL CORTE INGLÉS	61
SIN PLATA NO SE PUEDE HACER POLÍTICA	65
EL INVENTOR.....	71
EL PASAPORTE	85
PALOMAS EN LA PLAZA	101
LA FAMILIA TIPO	103
OTRAS VIDAS	111
LOS MELLIZOS CILDÁÑEZ	113
ONCE O NADA.....	121
MINUTOS DE LA VIDA:	129
EL NEGRO CASTAÑARES	131
EL PRIMER DÍA DE TRABAJO	135
PEDACITOS DEL ALMA	137



Unos estrafalarios amigos que deben exorcizar un cuadro robado de Van Gogh; un abogado criminalista víctima de su curiosidad profesional; un jugador de fútbol que pudo ser como Maradona y cuenta por qué no lo fue; una secta de librereros de Madrid; una exiliada argentina que vuelve a su país pero se encuentra con que está desaparecida...son algunos de los veinte cuentos de este libro.



Círculo Rojo
EDITORIAL

